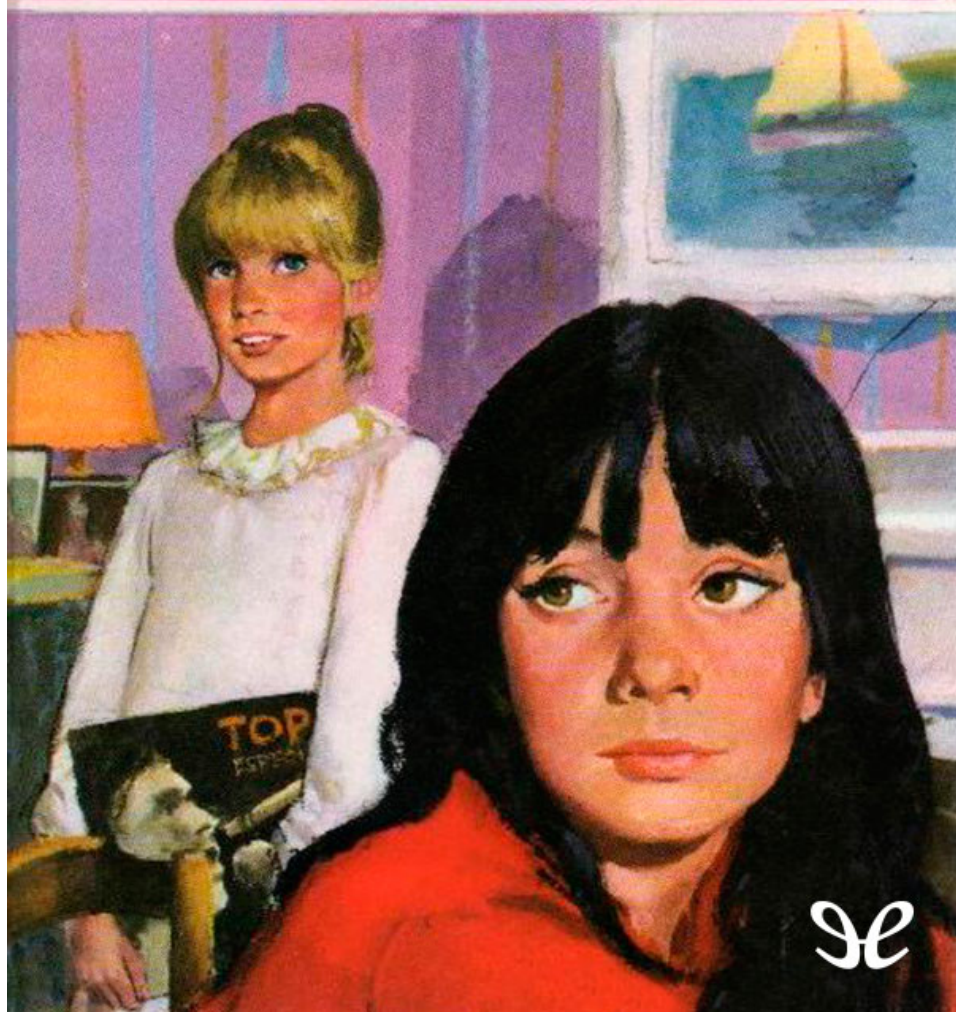


PUCK

TRIUNFA

Lisbeth Werner



se

Puck, la joven danesa que sabe divertirse con sus amigas y amigos..., y también sabe ayudarles cuando están en apuros. Puck, estudiante, deportista, capitana... y detective. Puck, cabecita loca... pero gran corazón.



Lisbeth Werner

Puck triunfa

Puck 02

ePub r1.0

Banshee 11.12.13

Título original: *Puk slår sig løs*

Lisbeth Werner, 1955

Traducción: Josefina Dalmau Casademont

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0





- I -

Entre! —dijo la enfermera.

—Gracias —respondió Puck.

Abrió la esmaltada puerta blanca y entró en la habitación. Muchos jarrones con flores se alineaban en los alféizares de las ventanas y otros muchos ramos adornaban las mesitas de noche.

De las cuatro camas, con cobertores rojos, solamente dos estaban ocupadas. En la que se hallaba a la derecha de la puerta, una anciana leía un libro. No había ningún enfermo en el lado izquierdo. Pero, a la derecha de la ventana, Puck vio una linda cabellera rojiza sobre una almohada blanca como la nieve.

Se acercó suavemente, sosteniendo en una mano un ramito de violetas y una tableta de chocolate.



La jovencita pelirroja parecía estar durmiendo.

Puck se sentó al lado de la cama. Con precauciones, colocó el ramito y el chocolate en la mesita de noche. Después se apoyó confortablemente contra el respaldo de la silla y miró hacia afuera, por la ventana, divisando las copas de los árboles. Dos gorriones volaron ante el cristal y se instalaron en una rama, donde fueron a reunírseles otros muchos. Finalmente, toda una hilera de pajarillos grises se posaron en la rama y parecieron presas de gran agitación, sin que fuera posible adivinar por qué causa. Puck no pudo evitar una sonrisa.

El viento jugaba con las ramas y con las hojas..., que se balanceaban grácilmente. La muchachita se sintió conmovida por la gran diferencia existente entre aquel dulce balanceo y la salvaje tempestad que se había desencadenado en el bosque del Oeste, el día en que una gruesa rama se había desplomado sobre Karen.

El recuerdo de la angustia que había experimentado a la vista del cuerpo inerte de su compañera estaba todavía muy vivo en su corazón.

Y ahora...

Ahora Karen descansaba en una cama de hospital. El doctor Nielsen, de Oesterby, afirmaba que, si Puck no hubiera corrido a pedir socorro sin pérdida de tiempo, Karen no habría sobrevivido a aquel accidente.

Y ahora...

Puck volvió la cabeza y contempló el pequeño rostro que se destacaba sobre el blanco de la almohada; un rostro simpático, con una linda naricilla respingona y graciosas pecas en las mejillas y en las aletas de la nariz. Tal como se la veía allí, apaciblemente dormida, con los párpados cerrados, podía afirmarse que Karen era bonita.

Puck sonrió nuevamente. Después su expresión adquirió gravedad.

¿Qué pasaría cuando Karen se despertara?

Nerviosa ante la simple idea de aquella visita, Puck la había retrasado varias veces; ignoraba cómo se desarrollaría el encuentro y temía un fracaso.

¡Y deseaba tantísimo que Karen se mostrara contenta de verla! No obstante, le constaba que lo más seguro era que su compañera se

encerrara en sí misma, que se mostrara arisca e inaccesible...

Karen había mostrado animosidad hacia ella desde el primer día. Y nada había conseguido hacerle aceptar de buen grado a aquella nueva alumna que, juntamente con Karen y otras dos muchachitas, debía compartir una misma habitación del pensionado.

Sin embargo, ahora la situación hubiera debido ser distinta. Puck, claro está, no trataba en modo alguno de exigir gratitud a Karen por haberla socorrido en su accidente. Se sentía dichosa de haber podido hacerlo y, en su fuero interno, un tanto orgullosa de los elogios del doctor Nielsen. Pero se decía que Karen poseía ahora una razón para dar de lado antiguos resentimientos. No tenía necesidad de darle las gracias, no estaba obligada a manifestarle reconocimiento... ¡Pero si al menos quisiera comprender que Puck deseaba su amistad y se mostrara más conciliante!

Por eso Puck había acudido al hospital, para demostrar a la enferma que anhelaba ardientemente restablecer sus relaciones en un plano de confianza y cordialidad.

Era difícil... Terriblemente difícil. Puck deseaba, por encima de todo, deslizarse silenciosamente hacia la puerta y marcharse; estaba ya a punto de levantarse de su asiento cuando Karen abrió los ojos y la miró.

Puck se puso en pie precipitadamente.



—Buenos días, Karen —dijo, tendiéndole una mano.

—Buenos días —respondió Karen.

No hizo el menor gesto que indicara que deseaba estrechar la mano de Puck.

Hubo un corto silencio incómodo.

—Te he traído flores —dijo Puck, indicando con un gesto la mesita de noche—. Unas pocas violetas... Y también una tableta de chocolate...

—Gracias —dijo Karen.

Su mirada era un tanto huidiza. Visiblemente se sentía muy turbada.

—¿Quieres tú un poco de chocolate...? —preguntó finalmente—. Acércate... Toma...

Karen quiso coger la tableta, pero Puck protestó:

—No, gracias... Guárdalo para ti... Yo...

Karen tomó la tableta y cortó una pastilla, que tendió a Puck.

—Acéptala, vamos —dijo.

Puck le dio las gracias y tomó el chocolate. Karen se sentó en la cama e hizo una mueca.

—¡Uf! Ya estoy cansada de estar en cama...

—Seguramente podrás levantarte pronto.

—Sí. Ahora ya me permiten estar levantada una buena parte del día: El doctor dice que ya estoy curada.

Conversaron cordialmente mejor de lo que lo habían hecho nunca.

Puck se decía que había obrado bien visitando a Karen. A partir de entonces, sin duda, todo iría a las mil maravillas entre ambas.

—El barco del padre de Navío llegará pronto a Sundkoebing —anunció Puck—. Se llama el *Margrethe III*. Ya puedes imaginar lo contenta que está Navío. Hace tanto tiempo que no ha visto a su padre...

Los ojos de Karen perdieron repentinamente su expresión tranquila y sonriente, y Puck comprendió en seguida que acababa de cometer una tremenda torpeza. En cuanto Karen oía hablar de los padres de otras muchachas se sentía lastimada. Sus propios padres vivían separados, razón por la cual ella había sido internada en el pensionado de Egeborg. Su madre viajaba mucho al extranjero

y, en cuanto a su padre, apenas tenía nunca noticias de él. La desgracia que había caído en su hogar, el día en que cada uno de sus padres había tomado un camino distinto, marcó profundamente a la jovencita pelirroja, llenando su corazón de una amargura que ella, a veces, hacía recaer sobre sus compañeras, las cuales, a su juicio, eran más afortunadas.

Puck se sintió enrojecer. Hubiera deseado poder volverse atrás de sus palabras, no haber nombrado para nada al padre de Navío.

—Todo el colegio en pleno vendrá aquí para ver el barco —se apresuró a añadir—. Para entonces, tú ya estarás totalmente bien y podrás unirte al grupo. Navío dice que dará una fiesta a bordo. Su...

Estuvo a punto de decir «su padre se lo ha prometido», Pero se interrumpió a tiempo.

Karen se recostó de nuevo sobre los almohadones. Su rostro seguía serio.

—Yo no iré —dijo lentamente.

—¡Qué tontería! —objetó Puck—. Claro que sí...

—No tengo ganas —dijo Karen, sacudiendo la cabeza con energía.

Sus ojos cobraron un extraño brillo, como si las lágrimas los estuvieran rondando.

—Bueno, bueno, ya veremos —comentó Puck, con un tono lleno de confianza.

Y, después de haber dudado un instante, se inclinó hacia Karen.

—Te echamos mucho de menos en el «Trébol de Cuatro Hojas» —dijo calurosamente.

El «Trébol de Cuatro Hojas» era el nombre que, a propuesta de Inger, habían dado a su habitación en el pensionado.

Karen no respondió, ni expresó ninguna emoción.

Miraba a un punto perdido. Una lágrima traidora se deslizó por el rabillo de uno de sus ojos y le resbaló por la mejilla.

Bruscamente volvió a sentarse en la cama.

—Ha sido muy amable por tu parte haber venido a verme —dijo, en un tono de voz terriblemente duro y que Puck conocía bien—. Ha sido muy amable, pero ahora prefiero que te vayas, ya que tengo ganas de descansar.

Aquellas palabras, a Puck, le hicieron el efecto de una bofetada.

—Sí, pero —dijo—, comprendeme, Karen. Yo..., yo...

¡Ah, imposible explicárselo! Imposible franquear el muro de hielo con que Karen se había rodeado... ¡Qué vana ilusión haber esperado que alguna vez existiera entre ellas una buena amistad!

Puck se levantó. Quiso tenderle la mano, pero se acordó de su fracaso anterior y se retuvo.

—Hasta la vista —dijo Karen.

De nuevo se tendió en la cama y se volvió de lado con brusco movimiento. Tiró el cobertor hacia arriba, tapándose los hombros y casi el rostro.

Un tanto desamparada, Puck contemplaba los rizos pelirrojos que flotaban por encima del embozo de la blanca sábana. En el corredor, la enfermera, sentada ante un pequeño escritorio, rellenaba fichas. Cuando Puck pasó ante ella, levantó los ojos.

—Ha sido una visita muy corta —comentó con una simpática inclinación de cabeza.

Puck la saludó y empezó a bajar la escalera. Unos segundos más tarde, se encontró en la entrada del hospital, adornada con verdes plantas. Se sentía decepcionada y triste. Había tenido la firme intención de hacer un esfuerzo para ganarse la amistad de Karen, pero estaba claro que aquello era del todo imposible.

Se mordió los labios. Karen había sido injusta con ella.

No era leal demostrarle tanta frialdad y desdén, pensaba, al franquear la verja del edificio.

Pero, mientras caminaba por una avenida bordeada de tilos, con lindos chalets a uno y otro lado, un perro ladró y la sonrisa reapareció en los labios de Puck. Entonces se puso a correr para acercarse a la verja de un jardín, al otro lado de la cual un pequeño cocker saltaba alegremente, al tiempo que ladraba a pleno pulmón.

—¡Plet, Plet! ¡Corre, ven! —exclamó Puck, y el perro saltó hacia ella para lamerle la mano.

Puck corrió hacia la oscura puerta de entrada, mientras Plet corría detrás de ella como una flecha. Tocó un timbre y un hombre sonriente, con una pipa en la boca, le abrió.

—Hola, jovencita. ¡Entra!

Era el veterinario Moeller, amigo del padre de Puck y al cual ésta llamaba cariñosamente tío. Se apartó para dejarla pasar.

—La dueña de la casa está de compras —comentó sonriente—. Ven, vamos a charlar un poco mientras esperamos la hora del té.

Y la precedió hacia su confortable despacho.

Plet saltó inmediatamente sobre un butacón, donde se apelotonó. El veterinario se sentó detrás de su escritorio y Puck en un sofá.

—Veamos, Bente —dijo su tío—, cuéntame cómo ha transcurrido tu visita al hospital.

Puck sacudió la cabeza.

—No muy bien —respondió—. Karen continúa encerrándose en sí misma. Debe de ser imposible convertirla en amiga. Yo, por lo menos, no lo consigo.

—Todo necesita su tiempo. No se construyó Roma en una hora. No te atormentes. Esa muchachita lleva en su corazón una pena que la roe. Sus padres viven separados, ¿verdad?

—Sí, es verdad.

—Los hijos cuyos padres están en desacuerdo no tienen siempre la vida fácil. Sufren de la falta de un hogar verdadero mucho más de lo que las gentes suponen.

—Oh, sí, desde luego es cierto —murmuró Puck.

La chiquilla pensaba en cuánto añoraba ella misma a su padre, enviado, por la empresa de ingenieros para quienes trabajaba, a Valparaíso, en Chile, donde dirigía las obras de ampliación del puerto. Por esto Puck había sido internada en el colegio de Egeborg y su perro Plet confiado al veterinario Moeller.

—He recibido una carta de tu padre —dijo éste, revolviendo entre un montón de papeles—. Veamos..., ¿dónde la he puesto?... Bien, aquí está... Ese excelente ingeniero llamado Winther me escribe que los trabajos van bien. Pero sin duda tú ya estarás enterada de esto...

—Sí —dijo Puck—, papá y yo nos escribimos casi todas las semanas.

—Tienes un padre maravilloso —comentó Moeller—. Ha sido siempre un buen compañero, lo que indudablemente es una de las mejores cualidades. Puedes sentirte orgullosa, aun cuando su ausencia te entristezca, de que su empresa le eligiera para una misión tan importante. ¡No todo el mundo tiene una oportunidad

semejante!

—Oh, estoy muy orgullosa, puedes creerlo —asintió Puck, sonriente—. Y además puedo decirte, tío, que me alegro de estar en el colegio de Egeborg. No pienses que estoy descontenta, al contrario..., aunque añore mucho a papá...

En aquel momento oyeron cómo la llave giraba en la cerradura de la puerta de entrada.

Puck miró a Plet, pero el perro no se inmutó. Levantó apenas los ojos, y luego volvió a adormecerse con el aire particularmente satisfecho de quien opina que todo está bien en el mejor de los mundos.

—Ya llega la señora veterinaria —dijo alegremente el señor Moeller—. Eso quiere decir que ha sonado la hora del té.

Aquella tarde, al regresar Puck al colegio, quiso el azar que un accidente impidiera partir al autovía, de modo que tuvieron que reemplazarle por el viejo tren, cuya locomotora avanzaba trabajosamente a través del bello paisaje. Eran ya más de las ocho cuando, al cabo, llegó a la estación de Oesterby. El sol se ocultaba, la noche estaba cayendo...

Y hasta Egeborg había aún un kilómetro.

Puck recorrió el andén de una ojeada. Tal vez hubiera alguien del pensionado allí, o de La Gran Granja, o de la explotación hortelana para hacer el trayecto en su compañía. Pero sus esperanzas fueron vanas. Los escasos viajeros que habían descendido en Oesterby se hallaban ya en sus casas.

No le quedaba a Puck otro remedio que hacer de tripas corazón y atravesar el pueblecito, en dirección a Egeborg.

La muchachita no estaba acostumbrada a hallarse tan tarde fuera de casa, sola. En Copenhague, iba siempre acompañada desde que oscurecía y en el pensionado estaba rigurosamente prohibido salir después del timbre que ordenaba retirarse a los dormitorios. A Puck no le hacía mucha gracia aquel paseo por la carretera desierta, pero, de todos modos, no dejaba de apreciar el encanto de la atmósfera tranquila que envolvía los campos débilmente iluminados por los últimos rayos del sol. El paisaje era soberbio. Al oeste se

extendía el bosque de encinas y la plantación de abetos, que separaba el claro producido por un incendio. Las copas de los abetos, afiladas, se recortaban contra el cielo como dientes de una sierra, en tanto que las de las encinas parecían curvar su lomo contra la bóveda azul. A la izquierda de Puck, hacia el sur, los campos de La Gran Granja descendían hasta el lago desecado; a su derecha, entre los enormes árboles, brillaba el lago de Ege.

Al pasar ante La Gran Granja, vio luces en las ventanas de la parte del edificio destinada a las habitaciones, y desde la carretera se oían las notas de una melodía tocada al piano. En el salón de verano, alguien —seguramente la señora Dreyer— tocaba los hermosos cantos de la noche de Weyser.

Annelise debía de estar acostada. Puck tomó un atajo que unía el camino vecinal con el colegio; algunos instantes después había subido corriendo los peldaños de la entrada principal y empuñaba la manecilla de la cerradura de la puerta.

Pero ésta se hallaba cerrada con llave y la jovencita se asustó. Después reflexionó en el hecho de que no era responsable de su retraso y que podía tener tranquila la conciencia.

La joven esposa del director miró a Puck con sorpresa.

—Pero, Bente, ¿de dónde vienes? Te suponía en tu cuarto desde hace rato.

—Y allí me hallaría si el tren no hubiera llegado con retraso —respondió Puck.

Una vez dentro, contó a la señora Frank que la vieja locomotora había debido reemplazar al autovía, y la esposa del director le preguntó:

—Y ¿cómo ha transcurrido la visita? ¿Karen se ha sentido... contenta de verte?

Puck sacudió la cabeza.

—No, me temo que no —murmuró la chiquilla.

—¡Bah! Estoy segura de que en el fondo se ha sentido complacida...

—No lo creo —suspiró Puck—. Es decir, al principio todo ha ido bien, pero luego, bruscamente, ha parecido correr un muro de cristal entre ambas... No sé si me explico bien, señora, pero, justamente en el instante en que yo empezaba a creer que por fin

nos estábamos haciendo buenas amigas, ella se ha puesto... rara..., lejana. Sí, lejana es la palabra. Y me ha pedido que me fuera...

La señora Frank se había acercado a la escalera y se apoyaba en el pasamanos, mientras levantaba la mirada hacia Puck, que permanecía inmóvil en un peldaño.

—Y ¿qué le has contestado tú, entonces? —preguntó la señora Frank.

—¿Qué quiere usted decir, señora Frank?

—Quiero decir si te has enojado..., cuando Karen te ha rogado que te fueras.

—Pues..., ¡creo que sí, me he enojado un poco! ¡Me he sentido decepcionada! Pero, si ella no quiere ser mi amiga, no hay nada que hacer.

—Sí, sí... —afirmó la joven señora—. Precisamente lo único que no hay que hacer es enfadarse. La vida no resulta fácil para Karen. Tal vez a las demás os resulta también difícil comprenderla. Ella tiene muchas preocupaciones y añora terriblemente a sus padres. Si al menos tú quisieras tener paciencia con ella, entonces, quizás...

Puck no respondió, sino que se contentó con inclinar la cabeza, pensativa. La señora Frank subió algunos escalones, se sentó en uno de ellos y, con un ademán, indicó a Puck que se sentara a su lado. Después le dijo:

—Te voy a explicar algo que, de momento, te parecerá muy complicado e incluso absurdo, pero que, si reflexionas bien sobre ello, acabarás por comprender que no lo es tanto. La verdad es que hacerle un favor a alguien no significa necesariamente recibir agradecimiento a cambio. Al contrario, ocurre a menudo que el tener que testimoniar reconocimiento agría el carácter y falsea el comportamiento. Sucede lo mismo con las personas que tienen deudas. Sienten animosidad hacia su acreedor, porque saben que deberían pagar sus deudas lo antes posible y al no hacerlo no tienen la conciencia tranquila... ¿Comprendes?

—Algo... —murmuró Puck.

—¿Ves? —prosiguió la señora Frank—. Hace algún tiempo yo hice prácticas de enfermera; y, en el hospital, pude darme cuenta de que no se siente la misma simpatía por todos los enfermos. Pero si, haciendo un poco de esfuerzo, uno se muestra amable y afectuoso

con ellos, se acaba por quererles sinceramente. La amabilidad engendra amabilidad. Y cuanto más amablemente nos comportamos, más deseos sentimos de ser amables. ¡Los humanos somos así!

—¿Es posible forzarse para querer a alguien? —preguntó Puck muy interesada.

La señora Frank sonrió.

—¡Ya lo creo! —respondió—. Sucede exactamente lo mismo que con las lecciones. Si uno se dice, por ejemplo, que no le agrada la geografía y que nunca le gustará, lo poco que consiga aprender a la fuerza lo olvidará en seguida. Pero si a esta materia se le da una oportunidad, diciéndose: «Intentaré conseguir que me guste», la geografía le parecerá cada vez más interesante y algunas veces acabará por ser su asignatura favorita.

—¡Resulta prometedor! —comentó Puck sonriendo.

—La amabilidad engendra amabilidad —repitió la esposa del director—. ¡Pero rápido a la cama ahora! Buenas noches, Puck.

—Buenas noches, señora.

Puck subió el resto de los escalones de cuatro en cuatro. Sin acabar de comprender del todo por qué, se sentía de excelente humor después de la corta conversación con la encantadora señora Frank. Y estaba muy orgullosa de que la hubiera llamado por su apodo, en lugar de llamarla Bente.

Avanzó por el pasillo y ya se disponía a entrar en el «Trébol de Cuatro Hojas» cuando, un poco más lejos, se abrió una puerta y la profesora señorita Holm apareció en ella.

—Eh, tú... —dijo, con una severa mirada dirigida a Puck—. ¿Estás son horas de regresar al colegio?

—El tren ha llegado con retraso —explicó Puck.

En calidad de capitana de corredor, la señorita Holm era responsable del sueño de las alumnas.

—Sí —dijo la señorita Holm. Y después hizo notar, acompañando sus palabras con una breve sonrisa pícara—: Además te has quedado en la escalera a charlar; pero..., como ha sido con la señora Frank, me resulta difícil castigarte por ello.

Inclinó la cabeza con gesto amable.

—¡A la cama, hijita! —dijo—. ¡Y buenas noches!

El silencio reinaba en la habitación. Puck no quiso encender la luz para no despertar a Navío y a Inger, de modo que empezó a desnudarse en la semioscuridad. De vez en cuando, se detenía, atento el oído, pero sus compañeras parecían estar durmiendo el sueño de los justos. Hubo un pequeño silbido procedente de la litera de Navío, pero Puck se dijo que no había sido otra cosa que un suspiro en sueños.

Deslizándose con precaución una mano bajo el cobertor, tomó su pijama y, de pie en medio de la pieza, quiso ponérselo. En su equilibrio un tanto inestable sobre una pierna, intentó enfilar el pantalón. «Hay algo raro», se dijo encogiendo los dedos de los pies. Finalmente, hundió el pie en una pernera, pero al ir a tirar el pantalón hacia arriba cayó sentada al suelo. ¡El bajo de la pernera estaba cosido!

Un estallido de risas procedentes de las literas de Inger y Navío explicó el misterio.

—¡Habéis sido vosotras!, ¿eh? —exclamó Puck riendo—. Ya me parecía extraño tanto silencio tan temprano... ¡Habitualmente estáis charlando hasta media noche!

—Verás, hemos pensado que debíamos hacer algo por ti —contestó Navío—. Ya sabes que estamos dotadas para la costura.

—Espero que no te hayas hecho daño al caer —se inquietó Inger, un poco preocupada.

—¡Desde luego que no! ¿Me tomas por una anciana? Puck se levantó y fue a encender la luz, luego se sentó al borde su cama para descoser el pantalón.

Navío se incorporó en la suya. Sus rizos rubios aureoleaban su cabecita, y las risas bailaban aún en sus ojos.

—Cuenta —dijo—. ¿Cómo ha ido la visita a Karen?

—No demasiado bien —repuso Puck.

Y repitió su relato. Cuando hubo acabado, Inger insinuó:

—A pesar de todo, puede decirse que habéis estado conversando un rato juntas mejor que nunca..., si se hace caso omiso de la despedida. Creo que ahora irá todo mejor.

—Tú lo crees así —repuso Navío— porque andas siempre deseando que reinen la paz y la armonía. En cambio, Karen anda siempre metiendo guerra.

—No, eres injusta, Navío —protestó Inger.

—¡Y qué! —exclamó Navío—. No puedo evitar ni lo uno ni lo otro. De modo que prefiero alegrarme de haber recibido dos cartas de papá en uno solo día. ¡El gran acontecimiento se acerca! El *Margrethe III* llega a Sundkoebing dentro de una semana, poco más o menos. Podéis creerme: ¡será algo palpitante!

—¿Tu padre sigue decidido a invitarnos a bordo? —preguntó Puck.

—Como si el leal capitán Sommer pudiera olvidarse de una promesa... —gritó Navío—. Puedes estar tranquila, Puck. Papá me cuenta que nos ofrecerán piñas americanas..., montañas de naranjas..., chicle americano sensacional... ¡Y que un negro auténtico tocará la guitarra para nosotros!

—¿Un negro?

—Sí, es el cocinero del barco, y papá me escribe que es el hombre más popular de a bordo. Ha prometido cantar para nosotros; ¡conoce lo mismo canciones cómicas que de las que hacen llorar, de puro emocionantes! ¡Ah, ya empiezo a disfrutarlo!

—¡Y nosotras también! —corroboró Puck—. ¿Sabes qué voy a hacer yo?

Pero la respuesta no fue de Puck, sino de la señorita Holm, quien, en aquel instante abrió la puerta y dijo:

—Vas a dormirte inmediatamente, amiguita. Y vosotras dos también. ¡Vaya por Dios! ¿Creéis estar en una reunión de media noche?

Las muchachitas desaparecieron precipitadamente bajo el edredón. La señorita Holm tendió la mano y apagó la lámpara.

—¡Vamos! ¡Dormid! —repitió con dulzura, al cerrar la puerta.

Hubo un corto instante de silencio.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —murmuró Navío luego.

—Voy a dormir —contestó Puck bostezando.

- II -

Al día siguiente, Puck se encaminó a La Gran Granja para ver a Annelise.

Encontró a su amiguita en la caballeriza, de regreso de un paseo a caballo. Annelise tenía dificultades en colgar la silla a la pared.



—Ven a ayudarme —dijo, en cuanto Puck hubo entrado—. Precisamente deseaba verte aparecer. ¿Sabes jugar a cartas?

—Sí —respondió Puck, desorientada como siempre por los saltos en la conversación de Annelise—. Pero ¿qué tiene que ver la silla de montar con los naipes?

—Absolutamente nada. ¿Qué podría tener que ver? Es simplemente una idea que me ha pasado por la cabeza. Será preciso jugar a cartas una tarde con papá y mamá y que nos den chocolatinas cada vez que pierdan.

—¡Si pierden! —observó Puck sonriendo.

—Perderán, es evidente —afirmó Annelise—. ¿Te interesa la geografía?

—Sí, un poco. ¿Por qué?

—Por nada. Ven a tomar una taza de té y lo discutiremos con todo detalle... Esta tarde debe estar todo en orden...

—¿El qué? ¿La geografía?

—No. La madriguera, claro...

Puck no pudo dejar de reírse.

—¡Vaya, por Dios! Es difícil seguir tus pensamientos... Apenas se cree haber comprendido de qué estás hablando, cuando ya tratas de un asunto diferente. ¿Cuál es la madriguera que ha de estar en orden?

—La que hay en lo alto de la encina. Suponía que tú la habías visto... Tendré que enseñártela. Además he recibido nuevos libros en los que hay grabados con caballos. Es «palpitante», como diría Navío. A propósito, ¿cuándo viene su padre? ¿Te gustaría que diéramos un paseo a caballo el miércoles por la tarde?

—¿A cuántas preguntas debo contestar a la vez? —preguntó Puck riendo—. Veamos, empecemos por el principio: me encantará ver la madriguera... y será emocionante ver tus nuevos libros... y el padre de Navío llega a Sundkoebing dentro de una semana... Y sí, estoy de acuerdo en la cabalgada del miércoles, si no tengo trabajo en el colegio.

Annelise rebuscó en sus bolsillos en busca de azúcar, dio un pedacito a Blis, le acarició la testuz y salió de la caballeriza con Puck.

—Ante todo vayamos a tomar té —dijo.

—No, prefiero ver cuanto antes la madriguera —repuso Puck.

—*All right!* ¡Ven!

Bajaron corriendo hacia el gran jardín al término del cual había una vieja encina de magnífica copa arqueada.

—¡Cuidado! —exclamó Annelise.

E hizo una señal a Puck para que ésta permaneciera quieta en el césped, en tanto ella se acercaba al árbol.

—¿Ves algo extraordinario?

—No —respondió Puck.

—Espera un poco...

Annelise tendió la mano hacia el tronco. Puck no pudo ver qué era lo que cogía, pero sin duda se trataba de un fino cordel, o tal vez de un alambre, ya que hizo gesto de tirar de algo y, en el mismo instante, una larga escalera de cuerda descendió de la copa del árbol.

—¿Qué te parece? —gritó Annelise ¡Simpático! ¿No?

—¡Parece brujería!

Y Puck, riendo, fue a reunirse con su amiga.

—Lo inventé yo. Cuando, después de haber permanecido arriba, vuelvo a bajar, hago subir la escalera de cuerda por medio de este fino alambre, que nadie puede ver. Así este escondite es secreto. ¿Qué te parece si subiéramos ahora? ¿Te gustan las películas de Tarzán?

—No he visto ninguna.

—Yo, sí. Son emocionantes. Va, sube tú en primer lugar. Puck trepó por la escalerilla y pronto se encontró con una gruesa rama. Annelise la siguió.

—¡No veo ninguna madriguera! —dijo Puck.

—Espera un poco... ¡Mira el tronco!

Y Puck descubrió, con los ojos fijos en el tronco, anillos de hierro que permitían trepar más arriba todavía. Se hubiera dicho que era una escalera de caracol. Una vez en medio del espeso follaje de la copa, Puck descubrió una especie de diminuta casita sostenida por una plataforma de ramas. Era la madriguera de Annelise.

—¡Ah, es formidable! —exclamó Puck llena de admiración.

—Sí, ¿eh? No está del todo mal. Entra, vamos...

La madriguera en sí no valía gran cosa, pero Puck vio en seguida las maravillosas posibilidades que ofrecía. Por medio de ramas y finas planchas de madera se había construido aquella casita con puerta y dos ventanas, en la que, si preciso fuera, podían albergarse hasta cinco o seis chiquillas de la talla de Annelise y de Puck. Pero no había muebles y le estaba haciendo falta un poco de pintura a

las paredes. Ambas jovencitas se enfrascaron ardientemente en los proyectos concernientes al futuro aspecto de la madriguera. Estuvieron de acuerdo en que era preciso pintarla, poner una estera en el suelo (Annelise creyó recordar que había restos de una vieja estera de paja en el granero) e instalar pequeños taburetes.

—Y luego crearemos un club llamado «La Encina», del cual, naturalmente, Karen quedará excluida —declaró firmemente Annelise.

—Entonces ¿quiénes serán sus miembros?

—Tú y yo... Y Navío e Inger... ¡Nadie más! Y guardaremos aquí reservas de limonada y bombones.

—Sin duda Karen se sentiría dichosa de pertenecer también al club... —aventuró Puck.

Pero Annelise le cortó la palabra.

—Nada de eso, puesto que continúa mostrándose odiosa contigo. ¡Subiremos aquí revistas y libros para distraernos! Bajemos en seguida. Ya sé dónde hay pintura.

Salieron de la madriguera y alcanzaron el suelo. Cosa de media hora después, ya estaban pintado. El administrador les había dado pintura blanca y dos pinceles y, al cabo de un rato, la diminuta casita empezó a mostrar un aspecto elegante. ¡Pero no podía decirse lo mismo de la blusita escocesa de Annelise! Una raya enorme de pintura blanca la atravesaba de parte a parte.



—¿Qué ocurrirá? —preguntó Puck—. ¿Van a reñirte?

—Oh, no, no ocurrirá nada —respondió Annelise, con absoluta tranquilidad—. Le digo siempre la verdad a mamá, sin monsergas, y entonces ella no se enfada. Pero, si trato de ocultarle algo..., ¡mamá saca su geniecillo!

Bajaron del árbol y tiraron del alambre que colocaba la escalerilla en su lugar. Después corrieron a través del jardín hacia la hermosa casa-vivienda de La Gran Granja, e irrumpieron en el salón de verano, justo en el instante en que la señora Dreyer servía el té a su marido. La joven señora alzó los ojos para mirarlas.

—Bien, ya estáis aquí... —gritó—. Me preguntaba dónde os habíais metido, Annelise... Pero, cielo santo, ¿qué le ha pasado a tu blusa? ¿De dónde salís, pues?

—Hemos estado pintando la madriguera de la encina, mamá y no debes enojarte. ¡Nos sentaría mejor una taza de té que los reproches, por favor! —exclamó Annelise, poniendo una carita contrita, mientras se sentaba en las rodillas de su padre.

Puck no pudo evitar una sonrisa y el propietario Dreyer exclamó:

—¡Qué calamidad de chiquilla! ¡Nos zarandea a todos a su antojo!

—¿Nos...? No. Habla por ti, si quieres, Hubert —dijo la señora Dreyer un poco molesta—. A mí me parece bastante enojoso que una blusita tan linda se eche a perder de este modo. Sube rápido a tu habitación, Annelise y cámbiate de ropa. Yo trataré de limpiar la blusa con trementina. ¡Pero ligero, que el té se enfría!

Una vez que Annelise hubo salido, la señora Dreyer sirvió a Puck una humeante taza de té y un delicioso bizcocho.

—Bien, ¿qué nos cuentas? ¿Hay algo nuevo en el pensionado? —preguntó el propietario.

—¡Ya lo creo! —exclamó Puck—. Vamos a recibir muy pronto la visita de un barco.

—¿Un barco? Vaya, eso parece muy misterioso...

—No lo es —comentó Puck.

Y contó cómo el *Margrethe III* llegaría a Sundkoebing. Aún no había finalizado su relato cuando reapareció Annelise, esta vez ataviada con un lindo vestido, y se instaló en el sofá junto a su madre.

—¿Qué quiere decir eso de que habéis adoptado el *Margrethe III*? —preguntó la señora.

—Quiere decir que nos hemos puesto de acuerdo con el armador y el capitán para establecer relaciones entre el *Margrethe III* y el pensionado de Egeborg... Es algo muy común en los colegios. Si he comprendido bien, se trata de hacer conocer mejor la marina de nuestro país. En todo caso, nuestro pensionado recibe a menudo cartas de los oficiales del barco, hablando de sus viajes y de la vida a bordo. Estas cartas son leídas en voz alta, a fin que todos los alumnos se aprovechen de sus enseñanzas. Es formidablemente interesante; se aprende geografía, sobre todo... Por nuestra parte, escribimos a la tripulación contándole como transcurren los días en el pensionado y lo que en aquél momento nos ocupa...

—Me parece una feliz iniciativa —comentó el propietario Dreyer—. En mi opinión esa costumbre debería fomentarse y extenderla a los medios rurales...

—¿Cómo, papá? ¿Deberías tú escribir al pensionado de Egeborg contándoles hacia qué puerto se encamina La Gran Granja? —dijo Annelise, riendo.

—¡Cállate, cabeza de chorlito! —dijo el padre, riendo a su vez y

dando a su hija un cachecito amistoso— pensaba tan sólo en que sería excelente crear un lazo entre las escuelas de la ciudad y las granjas. Así se conseguiría hacer comprender mejor a los jóvenes ciudadanos el modo cómo vivimos en el campo, cuáles son nuestras dificultades y nuestras ocupaciones. Ya que es bien sabido que demasiadas gentes en las ciudades, suponen que los campesinos vivimos cómodamente instalados en butacones dejándonos engordar por las tierras, cuando en realidad es que hay que trabajarlas arduamente y sólo para ir tirando. Sí, cada colegio debería tener una granja amiga, con cuyos habitantes, los alumnos, intercambiarían impresiones.

—Y luego todos los alumnos podrían ir a pasar las vacaciones en la granja —gritó Annelise ¡Qué simpática idea has tenido!

—Bueno, tal vez fuera demasiado albergar a treinta niños durante unas vacaciones enteras —dijo Hubert Dreyer—. Además que no todas serían grandes propiedades, ya que resultaría interesante conocer también el modo de vida y las dificultades de las granjas más modestas.

Al reemprender el camino hacia el pensionado, Puck reflexionaba acerca del encanto que tenían las visitas a La Gran Granja. No sólo porque los Dreyer, padres e hija, eran encantadores y hospitalarios, sino porque se aprendían infinidad de cosas interesantes. Puck podía considerarse dichosa de contar con tan agradables relaciones y se alegraba ya ante la perspectiva de poner en marcha el «Club de la Encina».

Cuando Puck entró en el «Trébol de Cuatro Hojas», encontró a sus dos compañeras inclinadas ante el pupitre de Inger.

—¿Estáis estudiando? —preguntó—. En tal caso, me eclipso...

—¡Estudiando! ¡Te equivocas! —dijo Navío—. Hacemos poesías.

—¿Poesías? ¿Qué clase de poesías?

—Tenemos la intención de componer un poema de bienvenida para el padre de Navío y el *Margrethe III* —respondió Inger sonriendo—, pero no acabamos de conseguirlo. Ven a ayudarnos.

—Me temo ser totalmente incapaz de hacer poesías —confesó Puck.

—De todos modos, escucha... Y Navío se puso a declamar:
¡Ah! Qué dicha que nuestro amado navío esté de retorno a su país natal...

—Bien, suena magníficamente —dijo Puck.

—Sí, pero es todo lo que nos ha salido.

Navío tenía un aire perplejo.

—No podemos contentarnos con decir: «Ah, qué dicha que nuestro amado navío esté de retorno a su país natal...». Además no estoy muy segura de que se pueda hablar de país natal tratándose de un barco...

—A mí me parece maravilloso —afirmó Puck—. Y podríamos añadir:

*Y juntos cantaremos con alegre brío
al diestro capitán que no tiene igual.*

—¡Genial! —gritó Navío, saltando sobre la mesa, de puro entusiasmo—. Escríbelo rápido, Inger, no vaya a olvidársenos.

—Ya está escrito murmuró Inger. Vamos, Puck, un poco más de inspiración...

—Es que no sé... A ver... Escribe...

*Este célebre marino tan bravío
nos dará una sorpresa fenomenal;
una merienda como nunca ha existido,
dulces, refrescos y música a raudal.*



—¡Genial! —repitió Navío—. ¡Anótalo, Inger! Papá se sentirá muy feliz y no quedará a bordo un solo ojo que no se emocione hasta las lágrimas.

—Deberíamos hallar una tercera estrofa —dijo Inger, que había dejado de escribir y miraba el papel con ojo crítico—. Ya que te salen tan rápidamente los versos, Puck, trata de añadir una bella perorata final, vamos...

—No sé... Es la primera vez que me entrego a tal tarea —dijo Puck—. Ahora no me queda ya ninguna idea..., pero tal vez juntas encontremos algo. Dejemos la poesía así, por ahora, y tal vez mañana se nos ocurra el resto... Tengo algo que contaros...

Y las inició en el secreto de la madriguera en el árbol.

—Es algo formidable —concluyó—. Y ni siquiera es necesario atravesar el jardín, ya que el árbol se halla en uno de sus extremos, cerca del muro de piedra, y se puede llegar hasta él por el sendero que bordea la explotación hortelana.

—¿Está cerca del lago? —preguntó Navío.

—¡Justamente! De este modo será fácil establecer un sistema de señales de comunicación entre la madriguera y el pensionado. Desde luego, no es posible ver desde aquí La Gran Granja; pero, si

vamos a la ventana del extremo del corredor, veremos sin duda la copa de la encina. Y si instalamos allí un pequeño mástil con una bandera o algo por el estilo, Annelise podrá prevenirnos cuando desee una reunión... o tenga algo importante que comunicarnos. Y nosotras, rápidamente, podremos correr a reunirnos con ella en el árbol... sin que nadie sepa dónde nos hallamos. ¿Qué os parece?

—¡Palpitante! —dijo Navío, usando su expresión favorita.

—Sí, francamente, me parece algo formidable —concordó Inger—. Pero ¿no irá Karen con nosotras, cuando esté restablecida?

Puck se encogió de hombros.

—Annelise ha declarado firmemente que Karen no sería miembro del club, pero ya veremos. Puede que la Karen que regrese del hospital sea completamente distinta de la que era cuando se la llevó la ambulancia. Aun cuando mi visita no haya sido un éxito, me he propuesto hacer un nuevo intento para ganarme su amistad.

—¡Bravo! —gritó Inger.

—¡Hum! —exclamó Navío con aire escéptico.

En aquel preciso instante, sonó la campana que anunciaba la cena y las muchachitas se peinaron un poco antes de abandonar el cuarto. En el corredor esperaron, según ordenaba el reglamento, a que las demás alumnas salieran a su vez de sus respectivas habitaciones. Y la señorita Holm se puso a la cabeza del grupo para conducirlo hasta el comedor. Chicos y chicas parloteaban con alegría, pero se hizo bruscamente el silencio, cuando la señora Frank se encaminó a su sitio.

—Sentaos —dijo.

Una vez todo el mundo instalado a la mesa, las «camareras» trajeron los platos.

—Y bien, Puck —dijo la señorita Holm, mientras desplegaba su servilleta—, ¿has ido a casa de Annelise a aprender alguna travesura más?

—Sí —contestó Puck, pero se rehízo en el acto—. Es decir no... He ido a casa de Annelise, pero no he aprendido ninguna nueva travesura... Hoy, no...

La señorita Holm hizo un honorable esfuerzo para mantenerse severa, pero no conseguía nunca engañar a las alumnas con su aspecto adusto, ya que todas sabían que era la bondad

personificada.

—¡Todo lo que nosotros, los pobres profesores, llegamos a construir en todo un curso, Annelise es capaz de destruirlo en quince días! —dijo—. Pero es una chiquilla llena de vitalidad y, lo confieso, me encantaría tenerla como alumna.

—Yo encuentro verdaderamente estúpido que tenga un preceptor —comentó Puck—. Fue una idea de la señora Dreyer, ya que Annelise, por su parte, hubiera preferido asistir a nuestras clases.

—Si tal es el deseo de la jovencita, acabará por conseguirlo —observó la señorita Holm—. Aún no he visto jamás que Annelise no acabara por hacer su voluntad al cabo de cierto tiempo...

Después de la cena, las tres amigas pidieron permiso para ir a casa de Annelise.

—Bien, pero acordaos de que tenéis que estar de regreso para acostaros dentro de una hora —recomendó la señorita Holm.

Y las muchachitas se alejaron corriendo.

Annelise se hallaba acodada a la ventana de su cuarto cuando las tres alumnas de Egeborg cruzaron ante su vista. Pocos minutos después las cuatro juntas se encaminaron hacia la encina.

Navío e Inger contemplaron con admiración el ingenioso sistema de ocultar la escalera de cuerda a las miradas indiscretas, y pronto las cuatro amiguitas se encontraron sentadas en la plataforma de ramas, dentro de la madriguera, reunidas en consejo.

—Las paredes ya están secas —anunció Annelise—. Ya vine antes a comprobarlo. Nos hemos servido de una pintura especial, en plástico. ¿No os parece simpático?

—Desde aquí puede verse hasta el colegio, y además vigilarse toda la explotación hortelana —comentó Navío—. ¡Qué excelente cuartel general para el club!

Estuvieron deliberando sobre la nueva sociedad y se pusieron de acuerdo en decidir que debía ser la más secreta entre las secretas que jamás hubieran existido. He aquí las leyes que fueron adoptadas:

1. El club «La Encina» era secreto. Nadie debía conocer su existencia ni el lugar de reunión de sus miembros.

2. El club tendría señales y signos secretos, y su propio código alfabético.

3. No habría presidente. Cualquier decisión sería tomada por unanimidad.

4. Habría tantas reuniones como fueran necesarias.

—¡Esta última ley es la que más me complace! —exclamó Annelise.

—Pero, ¿cómo lo haremos para los signos secretos?

Lo más importante son las señales.

—¿No podríamos poner banderas visibles desde el pensionado? —propuso Inger.

Pero Navío protestó:

—Si nosotras las vemos, también las verán los demás. ¿Dónde estará el secreto entonces? No, es preciso hallar algo más astuto.

—Ya sé qué —exclamó Annelise—. En el granero hay una vieja urraca disecada. La tomaré y la instalaremos de modo que pueda ser izada más allá de la copa de la encina. Será la señal. Izada, indicará que es preciso reunirse cuanto antes.

La idea tuvo un éxito loco... Pero ya era la hora de regresar al pensionado para las tres alumnas. Se despidieron de Annelise, siguieron el senderillo que bordeaba el lago y pasaron por un agujero que había en el seto del jardín de Egeborg. Era un camino prohibido, mas el jardinero Piil era muy bondadoso y fingía no darse cuenta de las pequeñas infracciones de las chiquillas. Si hubieran sido los muchachos quienes hubiesen pasado por allí, su reacción habría sido muy diferente.

Puck, Navío e Inger no experimentaron ninguna dificultad en guardar el secreto más absoluto acerca de la nueva sociedad, ya que, apenas franqueado el umbral del pensionado, nuevos acontecimientos atrajeron su atención.

Cruzaban el gran vestíbulo para subir a su cuarto, cuando el director, señor Frank, apareció en la puerta de su despacho. Sostenía un papel en la mano.

—Bien, ya estáis aquí... —dijo—. Entrad un momento.



Las muchachitas intercambiaron miradas, un tanto preocupadas, y entraron luego en el despacho del director. Éste cerró la puerta. Sonreía sin reservas.

—Grandes noticias para Lise... y las demás. Voy a decíroslo todo a la vez: el *Margrethe III* llega a Sundkoebing pasado mañana.

Navío abrió los ojos como platos.

—¡Es mucho antes de lo que esperaba! —exclamó.

—Sí —respondió el director—. Pero confío en que esto no te molestará.

—¡Molestarme! Ah, no, no... Puede estar usted seguro...

—Puedes estallar de alegría, Navío, si lo deseas —dijo riendo el director—. Comprendo que te sientas feliz. Pero escúchame... El capitán Sommer me pide que, si es posible, vosotras vayáis a bordo, en cuanto el *Margrethe III* esté en el puerto. Y propone que el resto del colegio vaya un poco después. Cuando un buque llega a puerto, hay siempre mucho trabajo, y el capitán Sommer quiere tener tiempo de preparar un poco la reunión a la cual nos invita a todos. No sé cómo conseguirá hallar sitio para albergarnos, ya que seremos más de setenta... Pero esto no parece inquietarle...

—Colocarán una tela a modo de techo encima de cubierta —dijo Navío—. Y nos servirán limonada gaseosa, pasteles de crema, plátanos... Y bailaremos. Papá me lo ha prometido. Pero luego, señor, ¿deberé regresar al colegio?

El director sacudió la cabeza.

—He pensado en que podremos arreglárnoslas algunos días sin ti en el pensionado. Así que te quedarás con tu padre a bordo. ¿Qué te parece?

—Oh, ¡me parece palpitante!

Los ojos de Navío despedían destellos. Las otras dos la miraban sonrientes, encantadas por ella.

—Bien, ya está decidido.

El director se levantó. Después añadió, estrechando las manos de las chiquillas:

—Y ahora buenas noches. Tratad de dormir, no paséis la noche charlando. Ya os conozco bien, a vosotras cuatro, las habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas».

Las tres amiguitas salieron y subieron a todo correr la escalera. Al pasar por el largo corredor, fueron llamando a todas las puertas y poco después el «Trébol de Cuatro Hojas» era una colmena ruidosa de muchachitas ávidas de conocer cosas sobre el barco y la fiesta que tendría lugar a bordo. En medio de lo más animado de la reunión, apareció la señorita Holm, sin que, no obstante, consiguiera pronunciar una sola palabra antes de que las alumnas, todas a la vez, la pusieran al corriente del gran acontecimiento que se avecinaba. Ella, entonces, hizo la única cosa razonable que era posible en aquellos instantes: se sentó entre las chiquillas y tomó parte en su conversación hasta que los espíritus fueron calmándose un tanto. Entonces, las envió cada una a su cama y ordenó un silencio absoluto en el corredor. Las alumnas obedecieron sin rechistar. ¡Ellas y la señorita Holm se comprendían a las mil maravillas!

Al día siguiente, les pareció a todos tan mortalmente largo como la víspera de Navidad. En especial Navío hallaba que el día no acababa de pasar nunca. Pero, por la noche, partió con Puck para Sundkoebing. Ambas pasarían la noche en casa del veterinario Moeller.

En la expresión favorita de Navío, aquello era «formidablemente palpitante». Pero una vez en el tren, con una Navío constantemente a punto de explotar de alegría, Puck no pudo evitar el pensar en su propio padre, solo allá lejos, en Valparaíso; y, a pesar de su temor

de estropear la felicidad exuberante de su amiga, se vio obligada a girar la cabeza hacia la ventanilla para ocultar sus lágrimas y fingir estar dormitando, mientras escuchaba el nervioso parloteo de Navío. Pero bruscamente ésta fue a sentarse a su lado y le pasó un brazo por el cuello.

—Lo lamento, Puck —dijo—. Sé muy bien lo que sientes... Lloro, esto te aliviará.

Se interrumpió, un tanto desamparada. ¿Qué convenía decir en semejantes casos? De todos modos, una voz amistosa es siempre un consuelo. Puck dio libre curso a sus lágrimas, en tanto que Navío le acariciaba cariñosamente los hombros. Y poco a poco su llanto fue cesando; habiéndose secado los ojos, sonrió a través de las últimas lágrimas y dijo entre hipidos.

—Soy una tonta lloricona, ¿verdad, Navío?

—No —afirmó Navío—. ¡No faltaría más que no pudieras derramar unas lágrimas acordándote de tu papá! También yo lo hago, cuando me entra la nostalgia. Ah, puedes creerme, el mío es un padre maravilloso.

—¡Me encantará conocerle! —declaró Puck.

—Mira, ya hemos llegado a Sundkoebing —anunció Navío. El autovía se detuvo junto al andén y, cuando las muchachitas descendieron del vagón, los alegres ladridos de Plet, al cual el matrimonio Moeller había llevado consigo, les dieron la bienvenida.

Mientras se dirigían todos hacia el automóvil que les esperaba, el veterinario contempló de reojo las pupilas enrojecidas de Puck, pero no dijo nada. La señora Moeller pasó un brazo por los hombros de la chiquilla y dijo:

—Os aseguro que, desde que sonó en casa el teléfono anunciando vuestra llegada, estamos contentos. Hay té y pastelillos para vosotras en casa, aunque tal vez fuera mejor que os acostarais inmediatamente, para tener buen aspecto mañana por la mañana. Sin embargo, por una vez, permitámonos el lujo de ser irrazonables...

- III -

La mañana era fría y soplaban el viento, pero el capitán del puerto les prometió buen tiempo para aquella tarde.

—En esta época del año, las mañanas son siempre frescas —dijo—. ¡Mirad el cielo, qué color! No debéis preocuparos por el tiempo.

El capitán del puerto llevaba una vieja gorra marina, colocada tan alta en su cráneo que daba la impresión de haberle caído de las nubes. Fumaba en pipa y lanzaba alegres espirales de humo al aire matinal.

Puck y Navío golpeaban con los pies las redondas losas del suelo, mantenían las manos en los bolsillos y tiritaban de frío. A su alrededor, los obreros preparaban la llegada del *Margrethe III*.

—¡Ah, qué feliz soy! —exclamó Navío—. Pero el tiempo parece haberse detenido, las horas no pasan... ¿Cuándo llegará el barco?

—¿Queréis saberlo con exactitud? —preguntó el capitán del puerto, sonriendo.

—¡Desde luego! —respondió Navío, que hervía de impaciencia.

—En tal caso, clavad las miradas en aquella dirección...

El capitán del puerto tendió el índice. Y, en efecto, de detrás de un saliente de costa, se veía llegar a todo vapor el *Margrethe III*, con el pabellón danés ondeando en su popa.



—¡Hurraaaa! —gritó Navío, que saltó de alegría—. ¡Por fin, por fin! ¡Qué maravilloso es volver a ver al viejo y querido *Margrethe III*!

Puck la miró sonriendo. Ella tomaba parte sinceramente en la felicidad de su amiguita, comprendía su alegría y su entusiasmo... ¡También ella gritaría y saltaría de dicha el día en que su propio padre estuviera de regreso!

Cuando el *Margrethe III* estuvo lo bastante cerca para poder distinguir a las personas que se hallaban en cubierta, Navío empezó a hacerle señales al capitán Sommer. Éste, de pie, en la pasarela, agitó su gorra y, apenas arribado el buque a puerto, Navío, seguida de Puck, se lanzó hacia cubierta. Instalaron rápidamente una pasarela de desembarco, mientras ellas aguardaban con impaciencia. Pero, súbitamente, un enorme hombre de raza negra apareció en cubierta y, antes de que Navío hubiera tenido tiempo de decir palabra, saltó de la pasarela, alargó un brazo y levantó a la muchachita hasta cubierta. Un instante después y de idéntica manera trasladó a Puck.

—¡Mi vieja Dinamarca! —exclamó el hombre de color en un danés casi incomprensible, descubriendo unos blanquísimos dientes en una amplia sonrisa.

Las dos amiguitas pudieron entonces contemplarle bien. Llevaba un pantalón gris, escocés, un suéter a rayas, una cintura de cuero alrededor del tórax y una bufanda alrededor de su oscuro cuello.

En el mismo instante, el capitán descendió por la escalerilla y Navío se echó en sus brazos. Él la levantó y la estrechó contra sí, en

tanto ella se abrazaba a su cuello con todas sus fuerzas. ¡Fue un encuentro conmovedor!

El capitán, al cabo, depositó de nuevo a su hijita en cubierta y se volvió hacia Puck.



—También a ti te digo hola —exclamó alegremente, tendiéndole la mano—. ¿Eres Inger?

—No, soy Bente.

—Entonces, no he oído hablar de ti, me parece... —comentó el capitán.

—Sí, querido papaíto —protestó Navío—. Pero nunca te he dicho que se llamaba Bente, sino Puck.

—Ah, ¿eres pues Puck? En tal caso, creo conocerte bien. Has sido amable al venir a recibimos. Pero ahora escuchadme. Debo hablar con los representantes de mi armador y con los aduaneros. Entretanto, podéis quedaros a hablar aquí. Estoy seguro de que mi intendente, Hansen, hallará algo interesante para vosotras. Debéis de estar completamente ateridas después de vuestra espera en el puerto. ¿Queréis café?

—No es mala idea —dijo Navío.

—Pediremos a Billy que os lo sirva.

—¿Quién es Billy? —preguntó Puck.

—El cocinero negro. ¡Todo un tiparrón! ¿Verdad?

—¡Mi vieja Dinamarca! —repitió Billy, que había permanecido detrás de ellos.

Rió y sus blancos dientes despidieron destellos.

Las dos jovencitas le siguieron hasta la cocina del barco. Allí les sirvieron café en grandes tazones y enormes tostadas con mantequilla y mermelada, que ellas devoraron con satisfacción. Sonreían a Billy, reían entre sí y se sentían a las mil maravillas; pero, comoquiera que Billy sólo sabía decir en danés «mi vieja Dinamarca», la conversación resultaba bastante monótona.

Entonces el simpático hombre de color intentó contarles en inglés su viaje, pero esta vez fueron las limitaciones lingüísticas de Puck y Navío las que dificultaban la conversación. El narrador se vio obligado a recurrir a gestos grandilocuentes, descriptivos en lo posible, para hablarles de los altos oleajes y el vaivén de la embarcación. Tenía fabulosas dotes para expresarse de tal guisa y ambas muchachitas disfrutaron enormemente del relato. Resultaba casi tan divertido como hallarse en un teatro, y Billy demostraba ser un buen actor. Las dos reían a carcajadas y asentían con vigorosos gestos de cabeza para demostrar que habían comprendido toda la historia; en efecto, ahora sabían que el *Margrethe III* había sufrido un fuerte temporal y que ciertos miembros de la tripulación se habían mareado. Pero el capitán Sommer se había revelado como un jefe sin igual, brillante y magnífico. Para finalizar, Billy dijo en inglés a Navío:

—*Your daddy fine captain!*

Cuando el capitán Sommer llegó a la cocina un poco después, para recoger a Puck y a Navío, las encontró riendo a carcajadas, mientras Billy tamborileaba sobre un tonel y tarareaba un ritmo de jazz.

—¡Por lo que veo, no os habéis aburrido en mi ausencia! —dijo—. Subamos ahora a mi cabina para ver los regalos que este papá le ha traído a su hijita.

¡Y no eran pocos los regalos! Casi nada...

El capitán abrió los armarios de lo que él llamaba su cabina, pero que, en realidad, era un elegante y confortable saloncito, donde vivía y trabajaba. Sacó de allí varios vestidos, un abrigo

delicioso, trajes para deporte americanos, y dos o tres pantalones tejanos de coloridos chillones, así como toda una colección de suéteres multicolores.

Las muchachitas abrieron cuatro ojos como cuatro platos.

—Creo que todo es de tu medida, Lise; pero, si fuera preciso, se harían los arreglos necesarios.

—Voy a probarme este vestido ahora mismo —dijo Navío. Y en un instante se despojó del que llevaba y se puso el trajecito nuevo, que le sentaba como un guante.

—Ah, papaíto... ¡Eres un tesoro!

Navío se echó en brazos de su padre y le estrechó tan fuerte que el capitán estuvo en un tris de perder la respiración. Rió, feliz, y besó a su hijita con gran ternura. Después se liberó del abrazo y dijo:

—Todavía me queda otro regalito... Ten en cuenta que llevaba mucho tiempo sin verte, y sin tener el placer de regalarte nada... Espera, verás...

Rebuscó en el fondo de una estantería y sacó de allí una cajita cuadrada, de bella madera oscura, que colocó delicadamente sobre su mesa escritorio.

—¡Ábrela, Lise!

Navío levantó la tapa y, por unos instantes, se quedó sin respiración.

Era un maravilloso tocadiscos, hecho en madera preciosísima y con un mecanismo tan ingenioso y refinado que apenas se atrevía uno a tocarlo.

—Oh, papaíto...

Navío no pudo decir más. Y Puck contemplaba fascinada el maravilloso tocadiscos, en tanto el capitán Sommer sacaba de la estantería un estuche lleno de discos.

—No puede funcionar con el voltaje que tenemos a bordo, pero irá de maravilla en tierra —explicó—. He querido obsequiártelo para que puedas escuchar buena música. Es por eso que te he comprado discos de calidad. ¡Sabes que soy un entendido en esta materia!

Navío no respondió palabra, pero su padre corrió de nuevo el peligro de morir ahogado por un abrazo.

—¡Me mimas demasiado! —consiguió balbucir finalmente la emocionada chiquilla. Se sentía tan fascinada que casi no acertaba a expresarse con claridad.

Había en el estuche unos cuantos discos clásicos: obras de Mozart, de Haydn, de Bach...



—Te servirá para ampliar tu conocimiento de estos grandes compositores —afirmó el capitán—. No quiero que la hija del capitán Sommer crezca en la suposición de que la música clásica es aburrida. Cuanto más la escuches, más te gustará. Pero, a fin de que no digas que tu padre es un viejo pasado de moda, te he comprado también varios discos de música moderna que te divertirán. Supongo que las jovencitas prefieren a menudo esa música, si bien por mi parte debo confesarte que no le encuentro ninguna gracia a todo ese ruido estruendoso...

Las dos amiguitas pasaron a bordo horas felices. Luego el veterinario Moeller fue a buscarlas para llevarlas, juntamente con el capitán Sommer, a comer a su casa. Y, durante el camino, tuvieron la sorpresa de ver cómo el coche se detenía ante el hospital para recoger a Karen, a quien el veterinario había invitado también.

De pie en el umbral del edificio, Karen esperaba ya. Parecía estar muy contenta, aun cuando un tanto retraída como siempre, sin que eso fuera obstáculo para que reinara entre las jovencitas una atmósfera cordial como Puck no recordaba haberla disfrutado

anteriormente.

¡Todos se sentían alegres y felices! La cordialidad del capitán Sommer contagiaba a todo el mundo. Llevaba los bolsillos llenos de chocolatinas, que distribuía generosamente; y, cuando Karen tuvo la boca llena de ellas, se puso de tan excelente humor que sus compañeras apenas la reconocieron.

Comieron conversando animadamente. Era en especial el capitán Sommer quien tenía la palabra; contó los incidentes de su largo viaje de una manera tan viva y divertida, sin la menor solemnidad, que en más de una ocasión el matrimonio Moeller y las tres chiquillas estallaron en sonoras risas.

Pero el capitán Sommer se vio obligado a regresar a bordo para ocuparse de los preparativos de su recepción, y quedó decidido que las jovencitas aguardarían la llegada de sus compañeros de colegio en casa del veterinario Moeller. Debían dirigirse todos juntos al *Margrethe III*, donde se les servirían pasteles y refrescos.

Apenas el capitán hubo partido y salido el veterinario para sus visitas, cuando la antigua Karen reapareció de nuevo. Empezó a ponerse hosca, apenas respondía cuando le hablaban y, al dirigirse a Puck, empleaba siempre un tono áspero y desagradable.

Navío, en repetidas ocasiones, estuvo a punto de «cantarle cuatro verdades», pero cada vez se encontró con la mirada de Puck que se lo impedía. Puck estaba resuelta, ocurriese lo que ocurriese, a mostrarse verdaderamente paciente con Karen, en la esperanza de que ésta acabaría por adoptar un tono más pacífico. Se acordaba de lo que le había dicho la mujer del director y se daba cuenta de la sabiduría encerrada en sus palabras: «Una buena acción influye incluso en la persona que la practica, en tanto que el odio sólo engendra odio».

Navío levantaba sin cesar los ojos hacia el reloj de pared.

¡Hacía tanto tiempo que aguardaba «su» fiesta a bordo del barco de su padre!

Por fin sonó la hora en que las tres muchachitas pudieron encaminarse a la estación para recoger allí a los alumnos y a los profesores del pensionado de Egeborg. Con la bandera del colegio en cabeza, la pequeña tropa atravesó la ciudad. Al llegar al puerto, vieron al *Margrethe III* adornado con múltiples banderines y

pabellones, y a los oficiales y la tripulación alineados en cubierta. Pero no había el menor asomo de aspecto militar en ellos, sino que respiraban cordialidad y buen humor. Tal como Navío había previsto, bajo una lona que cubría el puente, a modo de toldo, se habían colocado mesitas con refrescos de todas clases y verdaderas montañas de pastelillos, sin contar los grandes cestos de frutas: manzanas, naranjas y plátanos. ¡Qué fiestaza iban a tener! Cuando los invitados estuvieron instalados en cubierta, el capitán Sommer, habiendo escogido una caja a modo de estrado, tosió ligeramente y les anunció:

—¡Sean todos muy bien venidos! Nos congratulamos de su visita, la primera que los profesores y los alumnos de Egeborg hacen al *Margrethe III* desde que este buque fue adoptado por la escuela. Permítanme en primer lugar darles las gracias por sus cartas, sus dibujos y sus fotografías. Las hemos guardado todas en un gran álbum, que solemos contemplar a menudo cuando nos hallamos en alta mar, felices de que toda una encantadora sociedad de chicos y chicas piensen en nosotros. Es preciso que comprendan lo mucho que esto significa para nosotros. Y, al mismo tiempo, diré que, por su lado, les es también muy útil seguir la marcha del *Margrethe III* y la vida cotidiana de a bordo. Nosotros intentamos hacerles comprender lo mucho que la flota mercante danesa significa para nuestro país. Así, de nuestra mutua correspondencia, todos sacamos provecho y placer. Pero... estamos reunidos aquí para una fiesta y confío en que todo el mundo lo pase en grande. ¡Pido tan sólo a la gente joven que no destruya demasiado mi barco! Puedo confiar en ello, ¿verdad?

—¡Síiiiiiiii! —gritaron a coro los alumnos.

—En tal caso, ya no tengo nada más que decir. ¡A divertirse!

Y el capitán Sommer descendió sonriendo de su improvisado estrado. Fue saludado con estruendosos aplausos, después de los cuales el director Frank le agradeció brevemente el recibimiento caluroso y prometió que su barco no sufriría ningún desperfecto durante la fiesta.

Finalmente, el gordo Svend, como Presidente del Consejo de Alumnos, tomó la palabra y contó con qué emoción habían esperado todos la llegada del *Margrethe III*, una emoción tan grande

como cuando se espera la llegada de los exámenes.

¡Pero con un carácter un poco diferente, claro!

Y a continuación leyó la bienvenida que el «Trébol de Cuatro Hojas» había compuesto y a la cual él, por su cuenta, había añadido la estrofa final:



*¡Qué penosa es la vida del marino,
pero qué dulce es llegar al puerto final!
Nuestro colegio entona alegre trino
y proclama que el «Margrethe» es colosal.*

Aquel final motivó un auténtico coro de aclamaciones, ya que todo el mundo deseaba testimoniar al capitán Sommer el afecto que por su barco sentían. Una vez se hubieron calmado los ánimos, empezó la merienda. Chicos y chicas se servían a sí mismos con excelente apetito. La fiesta prometía...

—Y además el tiempo se muestra propicio —dijo Puck, levantando los ojos hacia el cielo azul—. El capitán del puerto tenía razón: ¡todo marcha de maravilla!

Ella no podía prever los dramáticos acontecimientos que se avecinaban.

Después de la merienda, pusieron discos en un viejo fonógrafo y la mayor parte de los invitados empezaron a bailar, mientras los oficiales de a bordo conducían a los alumnos más pequeños a visitar

el buque.

—Ven —dijo Puck a Karen—, vayamos con el intendente a visitar el *Margrethe*.

—Ahora no —dijo Karen, retirando su brazo que Puck había tomado cariñosamente—. Ve tú sola...

Puck la miró con aire asombrado. ¿Por qué no quería Karen divertirse como los demás? ¿Por qué quería siempre permanecer apartada?

—No —resolvió entonces—, creo que también yo me quedaré aquí.

La fiesta fue brillantísima.

Y el director Frank pudo sentirse orgulloso de sus alumnos. Todos se comportaban de modo ejemplar.

—Le aseguro, señor director —comentó el capitán Sommer, mientras, apoyados en la baranda, él y el matrimonio Frank contemplaban el baile—, que algunas veces pienso que tiene usted una ruda tarea. No debe de ser fácil mantener a raya a toda esa inquieta juventud. Pero, viéndoles ahora divertirse observando tan ejemplar conducta, ¡lo que siento por usted es admiración!

—Ah, no hay ninguna razón para admirarme —respondió el joven director sonriendo—. Son chicos y chicas estupendos.

—¡Hay momentos en que es difícil mantener a raya a la tripulación! —murmuró el capitán Sommer—. Por ejemplo, cuando llegamos a puerto, con frecuencia tengo dificultades con mis hombres. En alta mar, todo va mejor...

Se inclinó para encender el cigarrillo de la señora Frank.

—¿Se hace aún mucho contrabando? —preguntó ella.

—Sí, desde luego, de vez en cuando un marinero intenta pasar fraudulentamente un frasco de perfume o paquetes de cigarrillos. Pero no creo que a bordo del *Margrethe III* haya muchos hombres a quien eso interese. En conjunto, mi tripulación es excelente, a pesar de estar compuesta de hombres de diversas nacionalidades. ¿Han visto ustedes a mi cocinero? ¡Es un negro prieto de Nueva Orleáns!

—Sí, lo hemos entrevisto —dijo el director—. ¿Dónde lo reclutó usted?

—Nuestro antiguo cocinero enfermó cuando nos hallábamos en Estados Unidos, y nos vimos obligados a desembarcarlo. Billy tomó

entonces su lugar y puedo asegurarles que jamás tuvimos mejor cocinero... Por cierto, me ha pedido permiso para representar un show a los alumnos. Es un poco actor y un poco bailarín. No les pesará verle, puedo garantizarlo.

—Me encantará... —dijo el director—. La fiesta toca a su fin, es preciso empezar a pensar en marcharse. El tren no espera...

—Voy a buscar a Billy en seguida —dijo el capitán Sommer.

Aguardando, el baile proseguía al son del fonógrafo. Puck bailaba con Alboroto, quien le confió que su más gran deseo había sido siempre llegar a ser marino.

—¡Y esto me parece una especie de anticipo de mi futura carrera! —dijo—. Estoy sobre cubierta y un día seré capitán de un buque como éste.

—¡Qué suerte comenzar tu vida en el mar con una fiesta! ¿No? —respondió Puck riendo—. Pero, cuando navegues, la carrera de marino tal vez no te parezca tan seductora.

La música se detuvo y Navío se reunió con ellos. Tenía las mejillas arreboladas de puro placer.

—¡Escuchad la gran noticia! —dijo a Puck—. Papá intenta obtener para el «Trébol de Cuatro Hojas» el permiso de pasar la noche a bordo y creo que va a conseguirlo. Ah, cómo nos divertiremos...

— ¿Karen también se quedará? —se informó Puck.

—Papá tiene intención de llamar al director del hospital para preguntárselo. Karen se siente bien. Desde hace ocho días está prácticamente curada. Espero que pueda quedarse. Lo espero por ella y por nosotras.

—Yo también —deseó Puck gravemente.

Inger se acercó, seguida de Karen. Ambas muchachitas estaban emocionadas por la idea de pasar la noche en el barco. ¡Qué acontecimiento! Pero no tuvieron tiempo de comentarlo, ya que alguien puso un disco de jazz en el fonógrafo y el cocinero negro Billy surgió en medio de cubierta. Sus blancos dientes relucían, sus negros ojos giraban en las cuencas, y al cabo de unos segundos, empezó a danzar.

Los invitados se agruparon alrededor de él, contemplándole con admiración.

¡Aquello era bailar!

Billy llevaba en la sangre el ritmo del baile, se movía con ligereza y agilidad por la brillante cubierta, mientras sus suelas repiqueteaban rítmicamente. A veces arrastraba los pies en unos pasos lentos y deslizantes. Después, con un acompañamiento de palmas, giraba en torno a sí mismo como un torbellino. Sin cesar tarareaba la melodía y, en ocasiones, se le entendían unas cuantas palabras.

Todo el mundo se sentía hechizado. Arrastrados por el bailarín, los espectadores batían palmas y taconeaban rítmicamente, como él.

Cuando finalmente Billy se paró, un alud de aplausos cayó sobre el hombre de color oscuro, que reía encantado en medio de aquella juventud entusiasmada. Para imponer silencio, se vio obligado a bailar una segunda vez. Después de la cual los aplausos, si ello era posible, fueron aún más fuertes que la primera. Cuando Billy pudo tomar la palabra, contó una serie de cosas que nadie entendió. El capitán Sommer las tradujo y resumió así:

—Billy dice que le gustaría cantar para todos un *negro espiritual*. Tal vez los jóvenes espectadores ignoran lo que eso significa. Intentaré explicárselo. Los negros espirituales son cantos compuestos hace mucho tiempo por los negros esclavos y expresaban al mismo tiempo su fe religiosa y sus sufrimientos. Algunos hablan de episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Los negros son muy piadosos, ya lo sabéis, y les debemos algunos de los más bellos cánticos cristianos que jamás hayan sido compuestos.

Mientras el capitán hablaba, Billy había ido en busca de su guitarra. Luego se instaló sobre una caja y todos los invitados le rodearon. Dejó deslizar los dedos por las cuerdas del instrumento y, con voz baja y soberbia, se puso a cantar.



Bruscamente, la alegre excitación se apagó, dejando lugar a un gran recogimiento. Billy cantaba con tal emoción que las lágrimas acudieron a más de un par de ojos, entre los auditores. En aquella tarde apacible resonaron *My old Kentucky Home* y *Swanee River*. Hubo también un canto sobre el éxodo de los judíos de Egipto y después otro que describía de modo magistral el derrumbamiento de los muros de Jericó, al son de las trompetas.

El último número de aquel impresionante programa fue el canto del Missisipi y de los esclavos negros que cargaban balas de algodón hasta los navíos.

Muchos de los muchachos y muchachas que conocían aquella canción popular por haberla escuchado en el cine, en la radio o en disco, corearon la última estrofa.

Los aplausos parecieron no tener fin. A todo el mundo le dolían las manos. Billy sonreía, saludaba, volvía a reír... Finalmente, el director Frank tomó la palabra en inglés para agradecer a Billy su brillante representación y a continuación propuso, en danés esta vez y vuelto hacia el auditorio, un viva con todas las de la ley para el alegre cocinero.

Hubo un general asentimiento. Chicos y chicas lanzaron al aire vivas estruendosos, a pleno pulmón, y Billy tuvo que saludar una

vez más.

Después gritaron un viva para el capitán Sommer, para el *Margrethe III* y para el pensionado de Egeborg, con lo cual la fiesta se dio por terminada y los invitados se encaminaron alegremente hacia la estación.

Únicamente Navío, Karen, Inger y Puck permanecieron a bordo. Para su gran satisfacción, el director Frank les había otorgado el permiso para no regresar al colegio hasta el día siguiente.

¡Ah, eso va a ser apasionante! —exclamó Puck—. Siempre he oído decir que no puede conseguirse nada mejor en este mundo que cenar en un barco, en la mesa del capitán. ¡Y yo lo haré hoy!

—Confío en que la cena sea de vuestro agrado —dijo riendo el capitán Sommer—. No me extrañaría que Billy pusiera especial cuidado en su confección esta noche.

Las muchachitas debían dormir en un camarote de cuatro literas, que se encontraba en un piso encima de cubierta. El *Margrethe III*, recientemente modernizado, poseía una instalación muy confortable para los marineros lo mismo que para los oficiales, y el capitán Sommer se sentía justamente orgulloso de su navío.

El resto de la tarde transcurrió con alegres charlas en el camarote del capitán y, llegada la noche, las chiquillas dieron un paseo por cubierta para contemplar el puerto, iluminado por las luces y los faros que brillaban a lo lejos.

Era aquél un hermoso y apacible anochecer y la hora habitual de acostarse las cuatro compañeras había sido sobradamente pasada. Acodadas en la barandilla de cubierta, contemplaban juntas las luces rojas, verdes y blancas.

—Creí que Annelise nos visitaría hoy, pero no ha asomado la nariz, lo que me extraña —dijo Puck.

—Tal vez no ha podido convencer a sus padres de que la trajeran —observó Navío.

—Eso me asombraría mucho —comentó Puck— Annelise consigue de sus padres cuanto se le antoja. Pero puede haber surgido algún contratiempo.

Las muchachitas se callaron de nuevo.

El tecleto de una máquina de escribir les llegó desde la cabina del capitán Sommer, que aprovechaba la ausencia momentánea de

sus pequeñas invitadas para redactar algunos informes y escribir varias cartas.

De los camarotes de la tripulación les llegaba también el rumor de las conversaciones a media voz. Aparte de eso, todo estaba en silencio. Súbitamente, justo en el instante en que Navío iba a decir algo, Puck levantó un dedo y murmuró:

—¡Chissst!

Las cuatro alertaron los oídos.

Del otro lado del barco les llegó un ruido de pasos.

En sí aquello no tenía nada de misterioso. Si hubieran oído pasos de alguien que caminara abiertamente, no habrían prestado la menor atención. Pero en aquellas pisadas había algo poco claro. Quienquiera que fuera el que estuviera moviéndose al otro lado de la cabina, lo hacía furtivamente, como deseoso de no ser oído ni visto.

—¿Qué será eso? —murmuró Puck.

Hizo un signo a sus compañeras.

—Esperad, voy a ver...

En tanto las demás permanecían acodadas en la baranda, Puck se deslizó hacia la cabina en sombras desde una de cuyas esquinas podía divisar el otro lado de la cubierta. Una vez allí, asomó la cabeza con prudencia.

Pero aquel lado estaba vacío.

Un poco decepcionada, dio media vuelta y regresó junto a sus compañeras. Se encogió de hombros y se vio obligada a reconocer que se había equivocado. Sintió sobre sí la mirada burlona de Karen, pero fingió no darse cuenta de ello.

—Hemos debido de tener alucinaciones en los oídos —comentó únicamente.

Las muchachitas prosiguieron pues sus charlas, cuando de pronto escucharon de nuevo los misteriosos pasos, procedentes del extremo opuesto de cubierta.

Puck levantó otra vez su índice y dirigió una mirada interrogante a sus compañeras, cuyo rostro atento quedaba hábilmente iluminado por un farol.

—¿Oís vosotras también? —preguntó, y, ante la respuesta afirmativa de ellas, murmuró—: ¡Voy a intentarlo de nuevo!

Puck se deslizó hacia el rincón de la cabina y, esta vez, tuvo más suerte. En el momento en que adelantaba la cabeza, vio una sombra negra desaparecer por la primera de las pasarelas. A pasos grandes y silenciosos, la muchachita se acercó y miró por encima de la baranda de cubierta. Pero el hombre ya había desaparecido en la oscuridad del puerto.

Por un momento, Puck estuvo tentada de dejar de interesarse por aquel incidente. Probablemente se trataba de un miembro de la tripulación que había bajado a tierra.

Pero entonces, ¿por qué aquellos pasos furtivos? Según suponía a nadie se le prohibía bajar a tierra por una razón lícita.

La perspectiva de arriesgarse en la oscuridad no atraía a Puck de modo muy particular, especialmente por suponer que aquel hombre podía ser un malhechor. En el colegio estaba formalmente prohibido salir del edificio después de la caída de la noche, y Puck tenía conciencia de que aquella prohibición la alcanzaba también al hallarse lejos de Egeborg.

Sin embargo, ardía en deseos de esclarecer el misterio de los pasos furtivos; pero reflexionó en los mil peligros que podían acecharla en la noche, y en la formal prohibición que pesaba sobre ella para acabar reconociendo que le era del todo imposible abandonar el barco y descender a tierra.

Cuando intentó escrutar la oscuridad, vio de pronto a la sombra negra surgir del puerto y subir de nuevo por la pasarela.

Alguien llegó a cubierta y se dirigió hacia popa. Puck no pudo distinguir quién era, pero permaneció en su sitio, segura de no correr ningún riesgo de ser descubierta. Sus ojos se habituaron a la penumbra y, dado que tenía puesto un abrigo oscuro, no sería vista fácilmente.

Oyó cómo removían un pesado objeto por cubierta, cuando en el mismo instante alguien llegó por la pasarela. El recién llegado caminaba rápidamente mientras de popa seguía llegando el ruido sordo del objeto arrastrado y finalmente un fuerte ¡plof! que resonó en la noche.

Puck se puso a correr en dirección a popa, pero, antes de haber cruzado por delante de la pasarela, vio subir a bordo al aduanero.

Ya lo había visto al comienzo de la tarde, cuando había visitado

al capitán Sommer. Era un hombre joven y sonriente, de claros ojos azules, que llevaba una gorra de plato con galones dorados.

—¡Vaya, vaya! Según parece tiene prisa... —dijo—. ¿Qué significa ese ruido que acabamos de escuchar?

—No lo sé. Estaba intentando descubrirlo —respondió Puck.

Continuó corriendo, seguida por el aduanero. Pero en popa no hallaron alma viviente y, cuando se inclinaron por encima de la baranda, para tratar de averiguar qué podía haberse caído al agua, o qué había sido tirado a ella, tampoco pudieron descubrir nada. El objeto pesado parecía haberse hundido con toda rapidez.

—¡Misterio! —exclamó el aduanero, sonriendo.

Dio un cachecito amistoso a Puck y se encaminó a la cabina del comandante.

Puck se rascó la nuca, intrigada por el contenido de la pesada caja caída al mar.

Se puso luego a caminar hacia el lugar donde habían quedado esperándola sus amigas.

Bruscamente, sin embargo, se detuvo, husmeando el aire. ¿Qué era aquello?

Volviendo la cabeza de un lado a otro, intentó localizar la procedencia de aquel extraño olor y repentinamente sus pies tropezaron con fragmentos de cristales, que crujieron bajo sus suelas.

Puck se inclinó y, con precaución, recogió unos cuantos cristallitos. Los acercó a su nariz y sus dedos quedaron impregnados de un líquido.

¡Era perfume! ¡Y perfume de primera calidad!

Puck lo olió un buen momento; después devolvió los cristales al lugar donde los había encontrado y dio media vuelta.

Al mismo tiempo, su cerebro bullía con mil pensamientos distintos.

¿De dónde venía aquel perfume francés? Y ¿por qué razón habían tirado aquella pesada caja al puerto?

Ante todo, ¿quién era el misterioso personaje al que había oído caminar furtivamente por cubierta?

Puck apresuró los pasos. Se trataba de obtener la ayuda de sus amigas para esclarecer el misterio. Juntas las cuatro, ¿cómo no

habían de conseguirlo?

- IV -

Puck no tuvo tiempo de reflexionar acerca del misterio, ya que en aquel momento un automóvil llegó al andén y, cuando las muchachitas se inclinaron por encima de la baranda, tuvieron una verdadera sorpresa: el coche del propietario Dreyer estaba parado ante la pasarela y Annelise avanzaba hacia sus compañeras.



—¡Cielos y tierras! Creíamos que ya habías renunciado a venir.

—Ya se acabó la fiesta —añadió Inger.

Annelise rió abiertamente.

—¡Hola a todos! Perdónenme mi retraso, pero ese viejo trasto ha tenido una avería en mitad del camino y, cuando finalmente ha podido ser reparada, papá y mamá querían regresar a casa. Felizmente, he podido convencerles. ¿Hay gentes divertidas a bordo?

Estrechó la mano de Puck.

—¡Hay un montón! Empezando por nosotras...

—Sí, tú no estás del todo mal... ¿Dónde está el capitán del barco, Navío? ¡Es preciso que vea si se parece al capitán Carlsen! ¿Habéis bailado?

Karen, que permanecía detrás de Inger, era la única en no reírse. Sus relaciones con Annelise, siempre impetuosa y segura de sí misma, no eran precisamente buenas. Pero he aquí que Annelise la vio y le tendió la mano.

—¡Hola, convaleciente! —dijo, con desparpajo—. ¿Ya se han cansado de ti en el hospital?

Annelise, con ello, había tenido intención de bromear amistosamente, pero Karen no vio nada divertido en aquellas palabras y respondió, sin mirar siquiera la mano tendida:

—Tal vez hubiera hecho mejor quedándome en el hospital, ya que esto me hubiera evitado el tener que encontrarte.

—¡Eh, eh, despacito! —contestó Annelise—. No hay ningún motivo para morder, puedes contentarte con ladrar.

Instintivamente, Inger dio un paso atrás para colocarse al lado de Karen. Y dijo:

—Lo que no hay es motivo alguno para disputarse; y creo que Annelise ha querido gastarte una broma, eso es todo.

—Sea como sea, que haya paz —intervino Puck ¡Podemos divertirnos tanto y tenemos tantas cosas por ver!

—¡Vosotras os unís siempre para ir contra mí! —observó Karen.

Los extremos de sus labios temblaron y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eso no es cierto —replicó—. Nosotras...

Se interrumpió viendo que, en aquel momento, Herbert Dreyer y su esposa subían por la pasarela. Ambos sonrieron a las chiquillas y el primero explicó:

—Annelise, como de costumbre, nos ha arrastrado a su antojo y hemos venido a pesar del retraso. De todos modos, nos complacerá ver el barco y saludar al padre de Navío.

—¡Muy amable de su parte! —dijo el capitán.

Su voz procedía del puente superior, por encima de sus cabezas, y unos segundos después bajó la escalerilla para acoger a los recién llegados, a los cuales condujo a su camarote, mientras las

muchachitas permanecían en cubierta.

La penumbra era entonces más densa. Gruesos nubarrones se arremolinaban en el cielo, y silbaba el viento. Pero, como el tiempo todavía era agradable, ellas se encaminaron hacia la parte de borda que daba a la dársena del puerto. Sus ánimos se habían calmado un tanto, desde la llegada de las personas mayores, y el peligro de una discusión entre Karen y Annelise se había disipado momentáneamente. Cruzando la cubierta, Puck intentó tomar del brazo a Karen y ésta no se opuso a ello, si bien permaneció tan estirada y pasiva que Puck se dijo que no había llegado todavía el momento de ligar una buena amistad.

Cuando hubieron llegado al otro lado de la cabina, Puck dijo:

—No sé cuánto tiempo permanecerás aquí aún, Annelise, pero me gustaría que te quedaras a pasar la noche, ya que tenemos en perspectiva un misterio que queremos aclarar.

—En este caso, ya arreglaré las cosas para quedarme —respondió Annelise con firmeza—. Hablaré con papá ¡y listo!

—Y yo hablaré al mío para que te haga instalar una cama en alguna parte —dijo Navío.

—¡Maravilloso! —fue el único comentario de Annelise.

—Escúchame ahora —dijo Puck.

Y en pocas palabras puso a su amiga al corriente de la situación.

—¿Perfume, dices? —gritó Annelise—. Muéstrame los cristales. ¡Yo lo sé todo sobre perfumes!

—¿Y cómo puedes saberlo? —preguntó Karen, un tanto escéptica y burlona—. Aunque, ¿hay algo en el mundo de lo que tú no lo sepas todo?

Por una vez, Annelise se puso seria.

—Sí —declaró gravemente—. Hay una cosa de la que no sé nada ni comprendo nada: tú, Karen.

No dijo nada más, pero lo dijo con dignidad, sin el menor asomo de cólera o reproche. Después se volvió hacia Puck y le explicó sonriente:

—Tengo buen olfato, ¿sabes? Como los perros de caza. ¡Déjame oler el perfume!

Fueron en busca de los cristales.

Pero la cubierta estaba limpia.

¡Los trozos del frasco habían desaparecido!

Puck contempló fijamente el lugar donde antes estuvieron los cristales. ¡No podía acabar de creer que hubieran desaparecido tan totalmente sin dejar el menor rastro!

—¡Más misterio todavía! ¡Hubiera apostado cinco helados a que los cristales estaban aquí! Annelise se arrodilló y husmeó las tablas de cubierta.

—En todo caso, aquí ha habido perfume —dijo—. Las planchas despiden todavía un ligero olor. Incluso creo que puedo identificarlo como Chanel número 5... ¿Recuerdas lo que había escrito en la etiqueta?

No llevaban etiqueta.

—Es curioso.

Annelise se levantó y se sacudió la falda.

—Chanel número 5 —repitió, pensativa—. Uno de los perfumes favoritos de mamá. Mucho me extrañaría que no fuera éste exactamente...

Regresaron junto a las demás.

—Pronto será hora de acostarse —observó Pack—; y, si queremos resolver el misterio del frasco roto y de la caja arrojada al mar, debemos apresurarnos. ¿Tenéis algo que proponer?

Nadie respondió.

Puck prosiguió:

—¿No sería buena idea asociarnos al intendente Hansen? Él conoce el barco como nadie y tal vez pueda darnos una pista...

—Y, además, seguramente nos dará también una mandarina... —dijo Navío.

—Y un plátano —añadió Annelise—. ¿Qué esperamos, pues, chicas?

Se dirigieron hacia el estrecho corredor que conducía a los camarotes de los oficiales.

En cuanto Puck hubo llamado a una de las puertas, ésta se abrió y apareció el jovial intendente en el umbral.

—¿Cómo, vosotras? —exclamó—. ¿A qué debo el honor de la visita?

Y se apartó para dejar entrar a las cinco muchachitas. Puck presentó a Annelise, quien le hizo un gracioso saludo e

inmediatamente después, se entregó con una perfecta desenvoltura a una minuciosa inspección del camarote, en tanto Navío explicaba que habían ido a preguntarle cómo podía alojarse a Annelise. Puck esperaba con impaciencia poder hablar del misterio que tan intensamente la preocupaba, cuando, de pronto, su mirada tropezó con una botellita cuadrada colocada en una estantería junto al lavabo.

Parecía un frasco de perfume.

Dejando a las demás tratar de conseguir una litera para Annelise, se acercó despacito al lavabo y examinó el frasco atentamente.

Tuvo una ligera decepción al leer en la etiqueta: «Dunhill».

Luego pensó en que no era muy probable que un oficial de marina usara perfume francés y que era imposible que él hubiera dejado caer, en cubierta, el frasco cuyos restos había visto; probablemente, había sido obra de un marinero que intentaba pasar perfume fraudulentamente y que había salido a cubierta en el preciso instante en que el agente aduanero subía por la pasarela del barco.

Annelise se acercó a su amiga y le dijo bajito:

¡Te has equivocado de pista, amiguita! Debiste suponer que un marino no usa perfume.

En aquel momento, el oficial se volvió para tomar unas cuantas mantas de un armario. Antes de que hubiera vuelto a cerrarlo, Puck entrevió una hilera de uniformes azules y blancos, alineados en perchas, y sintió un olor que le hizo agudizar el olfato.

Había reconocido el perfume.

¡Era Chanel número 5!

Un segundo después, Hansen tendía las mantas a Navío, diciendo:

—Si tu amiga obtiene permiso para quedarse a bordo, podrá preservarse del frío con esto... Y ahora buenas noches a todas. ¿Has comprendido cómo se suspende una hamaca, Lise?

—Sí, gracias —respondió Navío.

Las cinco salieron al corredor.

—Me parece que ya es tiempo de que vayamos a preguntar a tus padres si te dejan quedar esta noche, Annelise —propuso Navío—.

La hora de acostarse se acerca, te prevengo.

—Sí, vamos —contestó Annelise, en tono tranquilo, ya que estaba segura de obtener el permiso.

Las dos muchachitas se alejaron corriendo. Inger, Karen y Puck las siguieron más despacio.

Inger observó:

—Has olvidado preguntar al oficial lo del perfume, Puck, ¿verdad?

—No, no lo he olvidado. Lo que ocurre es que no ha sido necesario —contestó Puck—. Ya sé lo que deseaba saber.

—¡Cuéntanos lo que sabes!

—No, prefiero esperar un poco para estar totalmente segura de que no me equivoco.

Dos hombres de la tripulación pasaron ante ellas. Desde algún lugar del navío les llegaba una conversación sostenida a media voz. La luz brillaba en el camarote del capitán Sommer. Poco después, Navío y Annelise bajaron a toda velocidad la escalerilla de la cubierta superior.

—¡Magnífico! —exclamó Navío—. Todo está arreglado.

—Debéis prometerme que mañana podré escuchar al cocinero negro —rogó con entusiasmo Annelise—. ¡Y ahora veamos dónde están los plátanos y las mandarinas! ¡Tu padre es un hombre encantador, Navío! ¡Maravilloso!

—Gracias. Y por mi parte —repuso Navío, sonriendo—, puedo devolverte el cumplido.

—Pero, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Puck.

—¡Ir a acostarse, rayos y truenos! —exclamó alegremente el capitán del buque, desde lo alto del puente de mando—. Mañana inventaremos algo divertido. Pero, a bordo, todo el mundo se acuesta temprano. Y, además, la hora de irse a dormir las muchachitas ya ha pasado hace rato.

—De acuerdo, capitán —contestó Puck—. Iremos a la cama.

A pesar de que el día había sido largo y lleno de acontecimientos, las cinco jovencitas tardaron en dormirse.

¿Cómo pensar en el sueño, cuando todo era tan divertido y, para

usar la expresión favorita de la hija del capitán, tan «palpitante»?

En aquel camarote había cuatro literas, dos a cada lado, separadas por un estrecho pasadizo, al término del cual un pequeño lavabo constituía todo el moblaje de la minúscula pieza. Entre las dos literas superiores, el capitán, ayudado por Billy, había instalado una auténtica hamaca de tela. Había, pues, lugar para las cinco amiguitas.

¡La cuestión estribaba en determinar cuál de las cinco dormiría en la hamaca!

Todas se daban cuenta de que la que durmiera allí descansaría menos que las demás. Sin embargo, se disputaban aquella incomodidad tan acerbadamente que debieron recurrir a echarlo a suertes. Annelise ganó.

—¡Ya lo sabía! —comentó—. Pudisteis dármela sin tantas ceremonias. Después de todo, la instalaron para mí. ¡Y qué suerte que el barco esté anclado en el puerto! No estoy muy segura de haber podido soportar el balanceo aquí arriba.

Un instante más tarde, las chiquillas estaban instaladas en sus respectivas literas. No había lamparillas de noche, sino simplemente una bombilla en el techo, cuyo interruptor se hallaba al alcance de Inger, quien debería decidir el momento de apagar y dormirse. Pero, por el momento, ninguna tenía deseos de ello.

Mientras mordisqueaban chocolate, comentaban detalles de aquel día maravilloso. Incluso Karen estaba de bastante buen humor y Puck ponía especial cuidado en no molestarla.

Las pausas entre entusiasmas exclamaciones fueron haciéndose más y más largas, y las muchachitas empezaron a parpadear. Puck reclinó la cabeza en la almohada y se puso a contemplar el techo, que se hallaba tan sólo a dos dedos de su nariz. De nuevo pensaba en el frasco roto y en la caja tirada al puerto o al mar. Pero finalmente el sueño la venció y, cuando Inger declaró que deseaba apagar la luz, nadie protestó. Poco después, las cinco dormían profundamente...

Puck ignoraba cuánto tiempo había transcurrido cuando, bruscamente, se encontró despierta del todo.

Miró en vano su reloj, en el que, como no tenía agujas luminosas, no pudo ver la hora.

La única cosa cierta era que un insólito ruido la había arrancado del sueño.

Conteniendo la respiración, prestó oído, pero el barco estaba silencioso. Al parecer, todo el mundo dormía.

¿No estaba alguien caminando en el corredor?

Y sin embargo...

De nuevo prestó oído.

Sí, alguien caminaba... Con pasos cautelosos..., muy lentos y silenciosos... Y muy apagados.

El problema del frasco roto y de la caja le vino al pensamiento. Sin comprender del todo lo que, en el fondo, esperaba descubrir, se sintió presa de una viva curiosidad, de un ardiente deseo de averiguar qué estaba ocurriendo a bordo del *Margrethe III* en aquella hora tan avanzada. Sin dudar, tomó sus vestidos, que había dejado colocados al pie de la litera y, reclinada aún, se apresuró a ponérselos.

A pesar de la oscuridad, descolgó fácilmente su abrigo de una percha fijada en la puerta y salió del camarote sin hacer ruido.

La luz del corredor estaba apagada.

Puck permaneció unos instantes inmóvil, atento el oído y ojo avizor, antes de cerrar la puerta silenciosamente.

De momento, no sabía aún muy bien qué iba a hacer, pero se decidió pronto a subir a cubierta, para tratar de averiguar quién había pasado por el corredor. No se trataba de ningún miembro de la tripulación que regresara de tierra, ya que en tal caso no se hubiera sentido en la necesidad de obrar con cautela. ¿Quién era, pues? Y ¿por qué aquel individuo se deslizaba tan furtivamente en la oscuridad?

Puck se estremeció, ya que la noche era más bien fría. De pie en el estrecho pasillo, se preguntó repentinamente cuál era el sentido de aquella su excursión nocturna. ¿Por qué no regresaba a su litera y continuaba durmiendo, con la cabeza bajo el embozo? Incluso si los asuntos de contrabando a bordo eran cosa cierta, ¿qué le importaba a ella? ¿Verdaderamente no tenía ningún motivo para mezclarse en una historia que sólo concernía a los contrabandistas y a los agentes de la aduana?

La muchachita sacudió la cabeza, un tanto enojada contra sí

misma, aun cuando estaba persuadida de que no regresaría a su camarote antes de haber conseguido descubrir algo más. Sabía que permanecería en su puesto, incluso si el asunto no careciera de riesgos. Desconocía por completo las salidas, los pasillos, la estructura del navío. Si se presentaba algún contratiempo, no tendría ninguna posibilidad de defenderse o de huir. En resumen, si verdaderamente su instinto no la engañaba, ¡se hallaría en una situación peligrosa! Tal vez su vida corriera peligro...

Y bien, después de todo, ¿qué? ¡Aquello era emocionante!

No obstante, no sólo se sentía impulsada a seguir adelante por emoción o curiosidad, sino que algo le decía que un ser humano tendría necesidad de su ayuda.

Se deslizó a lo largo del corredor, negro como boca de lobo. Su corazón latía fuertemente, y, como confesó más tarde, tenía miedo. ¡Pero entonces no quiso confesárselo! ¡No en aquellos instantes en que tenía todas las razones para dar media vuelta y correr a esconderse bajo las sábanas!

Caminaba con prudencia y a pasos lentos. La oscuridad era tan completa que no veía absolutamente nada.

Sabía que un poco más adelante había puertas que daban a los camarotes de la tripulación, pero, excepción hecha del perteneciente al negro Billy, que era el más cercano a cubierta, ignoraba quiénes eran los ocupantes de los demás. El día anterior había transcurrido tan rápidamente que no había tenido tiempo de conocer a los marineros.

Mientras avanzaba por el sombrío pasillo, oyó una puerta abrirse con apagado ruido. Puck permaneció inmóvil. El corredor era tan estrecho que dos personas mayores apenas podían cruzarse en él sin cierta dificultad. La chiquilla se aplastó cuanto pudo contra la pared para no ser descubierta.

Oyó pasos junto a su espalda. Alguien le pasó por delante y se deslizó fuera por una puerta que fue luego rápidamente cerrada de nuevo.

Puck suspiró con alivio. ¡No había sido descubierta!

Pero ¿quién era el misterioso desconocido? Y ¿qué hacía allí a hora tan intempestiva?

Puck no tardó mucho en abrir la misma puerta y salir a cubierta.

Después de la oscuridad del corredor, la penumbra exterior no le pareció tan densa. Vio los contornos de una silueta cerca de borda. Aquella persona, inmóvil, parecía mirar en dirección a la ciudad. A paso de lobo, la chiquilla se le acercó. Por unos segundos, las nubes que ocultaban la luna se separaron y Puck pudo ver un suéter a rayas. Después la luna quedó de nuevo oculta y ella intentó inútilmente distinguir los rasgos del rostro del hombre. Todo lo que sabía pues, es que llevaba un suéter rayado, lo que era bien poca cosa en realidad.



Después de haber aguardado en vano unos momentos, la muchachita se desplazó con toda la prudencia posible, a fin de no ser descubierta.

El hombre de la borda debió de opinar que la costa no ofrecía ningún peligro para él, ya que se dirigió hacia la pasarela.

Pero, bruscamente, se detuvo otra vez.

Se escuchó entonces un rumor en la parte de popa, un ruido de pisadas sobre cubierta y a continuación el resoplar de una persona sobrecargada. Aquello duró sólo unos instantes; después volvió a reinar el mismo silencio; pero, apenas restablecido, nuevos pasos resonaron en el puerto. «Son probablemente los agentes de aduana que hacen su ronda», pensó Puck.

El hombre que se preparaba a descender por la pasarela se ocultó en la borda para no ser visto. Y Puck tuvo entonces la certeza de que sus propósitos no eran limpios. Avanzando cautelosamente

unos pasos, se acuclilló, ocultándose también, pero conservando una rodilla en tierra para poder ponerse de pie con rapidez en caso de que fuera necesario. Se hallaba así cerca de la escotilla que daba sobre el cargamento. A bordo de aquella escotilla había cajas y un rollo de tela, detrás de todo lo cual era fácil ocultarse.

Puck intentó distinguir mejor la sombría silueta encogida a ras de borda, pero el hombre permanecía invisible. Puck se decidió a explorar un poco los alrededores. Como calzaba zapatos de tenis, se desplazaba por cubierta sin hacer ruido. Quería rodear la cabina de popa, a fin de descubrir, si era posible, lo que estaba ocurriendo allá.

Sólo después de haberlo hecho comprendió lo arriesgado del propósito que se había hecho.

Estaba tan nerviosa que apenas conseguía permanecer quieta; el deseo de esclarecer el misterio la dominaba.

¿Había alguna relación entre los dos hombres que parecían querer evitar a toda costa ser vistos por los agentes aduaneros?

Puck había ya dado casi la vuelta entera a la cabina, cuando oyó abrirse una puerta. Alguien salía. Ella retrocedió con rapidez y se apretó contra el muro. El hombre caminó despacio a lo largo de cubierta, luego se detuvo y finalmente dio media vuelta. Aquella vez, Puck se arriesgó a salir de su escondite. Era preciso que averiguara quién había salido de la cabina. En aquel momento, el hombre llegó hasta donde ella se encontraba y tropezó tan fuerte con la muchachita que ésta retrocedió tambaleándose.

—¿Quién diantre...?

El hombre no pudo contener aquella exclamación de sorpresa al ver a Puck.

Ésta le puso vivamente una mano en el brazo y murmuró:

¡Chist! No diga nada. ¡Venga!

Y, tirando de su manga, le arrastró al otro lado de la cabina, donde se detuvo y se volvió hacia él.

—¿No eres tú la chiquilla a quien llaman Puck? —preguntó el oficial de intendencia Hansen, pues él era el hombre.

Antes de que ella hubiera tenido tiempo de responder, él prosiguió:

¡En nombre del cielo! —exclamó el hombre, casi tartamudeando

—. ¿Qué haces aquí en cubierta a estas horas de la noche?

Pero Puck puso un dedo sobre los labios.

Musitó:

—¡Chist! No haga ruido. Un agente de aduanas se está paseando por el puerto.

—¿De veras? —exclamó el oficial, incómodo.

E, instintivamente, giró sobre sus talones. Puck no pudo evitar una sonrisa. La inquietud de su conciencia se leía claramente en el rostro del hombre.

—Vayamos a su camarote —propuso Puck— y se lo contaré todo... Porque, ¿sabe usted?, hay bastante que contar.

—Sí... Es decir, ¿ocurre algo? Pues... Vamos...

El oficial parecía confuso, pero al cabo decidió dejar de fingir.

—Entonces estás al corriente, ¿eh, jovencita? —dijo con una... sonrisita—. Ven, pues.

Rodearon la cabina con pasos cautelosos para llegar hasta la puerta del camarote, cuando vieron surgir ante sí una silueta negra, que corrió hacia la pasarela sin hacer ruido.

—¡Alto! ¿Quién va? —gritó el oficial Hansen.

Y se precipitó hacia la pasarela, seguido por Puck. La silueta negra, que había avanzado casi doblada por la mitad, renunció entonces a la más elemental prudencia, y echó a correr. Cuando el marino y Puck llegaron a la pasarela, el hombre alcanzaba ya el muelle. Al mismo momento, el agente aduanero surgió de una pequeña garita; pero el hombre, dando un salto hacia un lado, se lanzó a una loca carrera en dirección de la ciudad.

Puck no dudó ni un segundo. Mientras el oficial Hansen le recomendaba a gritos que tuviese cuidado, ella se lanzaba en persecución del fugitivo. La muchachita corría con todas sus fuerzas, y pronto alcanzó a los dos hombres que cruzaban a toda velocidad las estrechas y tortuosas calles de Sundkoebing. En aquella hora nocturna no había nadie fuera de las casas, cuyas luces, por demás, estaban apagadas. El fugitivo corría con gran ligereza y el agente aduanero apenas podía seguirle. Cuando Puck estuvo junto a este último, se dio cuenta de que resoplaba y gemía, y comprendió que no tenía por costumbre correr tan rápidamente.

—¡Vamos, vamos! —le dijo la muchachita, con ánimo de darle

fuerzas.

Y el aduanero, en efecto, pareció acelerar su carrera. En todo caso, la distancia entre ellos y el fugitivo disminuía, mientras ellos volaban por los desiguales pavimentos de las callejuelas.

Entonces el fugitivo dio un brusco giro y desapareció por el porche de una casa de comercio. Puck dudó instintivamente. Hubiera habido cierto peligro en continuar sola la persecución. El aduanero, por el contrario, sin pensar en su propia seguridad, desapareció en la oscuridad de un patio al que daba el porche.

Puck se detuvo, con el corazón anhelante, casi sin aliento después de aquella desenfundada carrera.

Oyó los pasos de los dos hombres por el patio y quiso seguirlos con la mirada, pero no consiguió distinguir gran cosa, ya que la oscuridad era casi total. Hubo un golpe, un grito y el ruido de un cuerpo cayendo al suelo. Olvidando toda prudencia, Puck se precipitó bajo el porche justo a tiempo para ver una silueta sombría alzarse por encima de una empalizada y desaparecer en un jardín vecino. Grandes tilos de copas en forma de cúpula proyectaban su sombra en aquel escenario. Atravesando la calzada, Puck vio en una esquina el contorno de un coche y una bomba con una adala llena de agua. Cerca de la empalizada, había un montón de cajas y barriles. Pero no se veía al aduanero por ningún lado. La tierra parecía haberlo engullido, a menos que, un segundo antes, él hubiera franqueado la empalizada detrás del fugitivo.

Acercándose al montón de cajas, Puck oyó a alguien gemir débilmente y hacer un esfuerzo por moverse.

El agente de aduanas yacía en el suelo. Volviendo en sí, consiguió apenas incorporarse apoyado en un codo. Puck se inclinó hacia él y le preguntó:



—¿Qué ha ocurrido? ¿Está usted herido?

—¿Podrías echarme un poco de agua sobre la cabeza? —acabó por decir—. Tengo la impresión de que treinta coches han pasado por encima de mí...

Puck no pudo dejar de admirar la manera viril cómo aceptaba la situación desagradable el agente aduanero, pero se preguntó si ella debía o no obedecer su petición.

La voz del hombre parecía un tanto impaciente, cuando repitió sus deseos:

—¡Trata de hallar agua y échamela a la cabeza! ¿Me oyes? Te lo digo seriamente.

Puck corrió hacia la bomba. Junto a la adala había un pote pequeño. Lo llenó y regresó con él al lado del aduanero. Éste estaba tratando de ponerse de pie, pero, al ver a Puck, cayó de nuevo de rodillas y hundió la cabeza en el agua refrescante. Sopló como una foca y se frotó los ojos.

—¡He recibido un buen golpe! —dijo.

A continuación, volvió a sumergir la cabeza en el agua.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Puck, cuando el hombre consiguió levantarse.

Él no respondió en seguida, sino que hizo una mueca y respiró profundamente, después de lo cual se tocó el mentón y lanzó un gemido.

—El tipo ése se había escondido detrás de estas cajas —explicó

—. En el momento en que yo me acercaba, él ha surgido bruscamente para darme un «uppercut» (*en boxeo, golpe dado al mentón, de abajo a arriba*) y yo me he visto lanzado al suelo sin haber podido decir ni «uf». Eso es lo que ha pasado. Y ahora, rayos y truenos, ¡se ha esfumado!

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Puck.

El aduanero tuvo una idea repentina.

—Dime ante todo quién eres tú —preguntó, volviéndose a mirarla con atención ¿De dónde sales, a estas horas de la noche? Hace mucho rato que debieras estar acostada...

—Ya lo estaba cuando me despertó bruscamente un misterioso ruido y he querido averiguar de dónde procedía —respondió Puck.

Y le contó los acontecimientos de aquella noche, sin hablarle, sin embargo, de su encuentro con el oficial Hansen.

—Será mejor que regresemos al barco —dijo el aduanero.

Y salieron juntos de aquel patio. En la calle, hallaron a Hansen, que había renunciado a seguirles, a causa de la loca velocidad de su carrera, pero que, no obstante, quería saber qué había sido de Puck.

—¡Bien, ya están aquí! —gritó el gordo oficial, aliviado—. Estaba terriblemente preocupado al verle desaparecer por la pasarela, jovencita. ¡No son cosas propias de una colegiala!

Saludó al agente de la aduana y le dijo que había visto al hombre bajar a tierra a hurtadillas, pero que no tenía la menor idea acerca de la misteriosa identidad del individuo.

—Lamento que no permaneciera usted a bordo —contestó el agente de aduana—. Si se trata de un miembro de la tripulación, tarde o temprano se habrá visto obligado a regresar a bordo, y usted hubiera podido sorprenderlo.

—¡Ah, qué imbécil soy! No pensé en eso —exclamó el marino, golpeándose la frente—. Sin duda tiene usted razón... Pero la idea de que podía ocurrírsele algo desagradable a esa chiquilla me ha puesto tan nervioso que me ha impedido reflexionar.

En un momento en que los tres se encontraban bajo la luz de un farol de gas, el oficial Hansen dijo:

—Permítame que le vea esto... ¡Tiene usted sangre en el mentón! Espere... Déjeme quitársela con mi pañuelo... Le haré luego, a bordo, una cura adecuada. ¿No sería mejor que avisáramos

a la policía?

—No, no, nada de eso —repuso vivamente el aduanero. Y añadió—: La policía y los agentes de aduanas de esta ciudad no están por ahora en muy buenas relaciones y, si se enteran de que me he dejado pegar por un contrabandista, se reirían de mí. Será mejor que tratemos de esclarecer ese misterio nosotros mismos.

Poco después, se encontraban a bordo y entraban en el camarote del oficial intendente. Puck echó una mirada a su alrededor, pero no vio nada anormal. Su mirada se tropezó con la del gordo marino, que no expresaba la menor inquietud.

Hansen lavó la pequeña herida del mentón del aduanero y después la cubrió con yodo.

—Eso ha sido hecho con un objeto de color castaño —observó, mirando el trozo de algodón de que se había servido para desinfectar la herida—. Algo oleoso...

Tiró el algodón al cesto de los papeles y vendó la herida con destreza.

—¿No podría describir a su agresor? Tal vez pueda darme algún dato que me permita identificarlo. Conozco bastante bien a todos los miembros de la tripulación...

Puck declaró:

—Llevaba un suéter a rayas...

Y, en el mismo instante, se acordó de haber visto un suéter a rayas aquella tarde. Y era el cocinero Billy quien lo llevaba.

La muchachita se mordió los labios. ¿Podía uno acaso imaginarse al gentil, amable y divertido Billy como al hombre agresor y brutal que había pegado al aduanero?

Se hubiera sentido desolada de que fuera así. Y, sin embargo, el suéter rayado... ¿cómo justificarlo? Según ella recordaba, Billy era el único miembro de la tripulación que llevaba un suéter rayado aquella tarde. Pero, sin duda, podía muy bien estar equivocada.

—Sí —oyó decir al aduanero Llevaba un suéter rayado. Tuve tiempo de verlo también. Es cierto. Y además pude darme cuenta de otra cosa que facilitará mucho su identificación, si se trata de un miembro de la tripulación del *Margrethe III*.

—¿Qué es? —preguntó el oficial Hansen.

—Era un negro —respondió el aduanero—. Incluso en la

oscuridad pude verlo perfectamente. El hombre era de raza negra.
No tengo la menor duda con respecto a eso.

- V -

La mirada de Puck pasó del aduanero al teniente con una ansiosa expresión. Lo que acababa de saber la llenaba de inquietud. Sí, en efecto, Billy era el agresor, ¡qué decepción después de la agradable velada que habían pasado con el alegre cocinero!

—Sí, pero... —la voz del oficial Hansen era un poco titubeante — sólo tenemos a un marinero negro y es nuestro cocinero Y me resulta muy difícil creer...

—¿No podemos dar una ojeada a su camarote para ver si está allí? —propuso el agente de aduanas.

—Sí, pero será mejor prevenir antes al capitán —observó Hansen—. Esperen aquí.

No tardó en regresar acompañado por el capitán Sommer, que iba vestido de modo poco reglamentario, ya que sin duda había enfilado rápidamente los pantalones y la chaqueta, anudado un pañuelo alrededor de la garganta y embutido los pies desnudos en unas zapatillas.

—¿Qué historias son ésas? —gruñó, un tanto malhumorado—. Y ¿qué haces tú aquí, Puck? Deberías estar en tu litera...

Miró a la chiquilla con un aire que quería ser severo, pero el buen humor brillaba en sus pupilas.

El aduanero y el oficial Hansen le contaron entonces todo lo que había pasado.

Cuando finalizaron el relato, el capitán Sommer dijo:

—Personalmente no creo posible que se trate de Billy. Es lo mejor de lo mejor y jamás he tenido nada que reprocharle. Pero, si desean inspeccionar su camarote, no me opondré a ello, claro está.

Vayamos inmediatamente allá.



Acompañados por Puck, los tres hombres descendieron al camarote de Billy. Puck deseaba con todas sus fuerzas que el negro estuviera durmiendo tranquilamente en su litera, lo que hubiera sido la prueba definitiva de que no había tomado parte en ninguna expedición nocturna. Aguardó pacientemente en el corredor, en tanto los tres hombres penetraban en el camarote de Billy..., quien, efectivamente, dormía a pierna suelta..., con una conciencia aparentemente libre de culpa.

Pero, cuando el capitán y los demás salieron, Billy estaba con ellos e iba con un aspecto muy desdichado.

—Será mejor que vuelvas a tu litera, Puck —dijo el capitán.

Y entonces su voz parecía realmente severa.

—Sí, pero... ¿qué ha pasado? —preguntó Puck.

—El aduanero ha reconocido el suéter rayado y sostiene que ha sido efectivamente Billy quien le ha pegado. También hemos hallado los vestidos de Billy desgarrados y con manchas, lo que parece indicar que es culpable.

—Y Billy ¿qué dice? —preguntó aún Puck, mirando el rostro angustiado del joven negro.

—Lo niega —respondió el aduanero—. Pero en mi opinión las pruebas en contra suya son más que suficientes.

Puck no escuchó más. Mientras los demás se dirigían hacia el camarote del capitán, donde se proseguiría el interrogatorio, la

muchachita regresó, a través del largo pasillo, hacia el camarote donde dormían sus compañeras.

Tenía deseos de despertarlas inmediatamente para ponerlas al corriente de los acontecimientos. Pero, de pronto, cambió de opinión, porque quería, ante todo descubrir por sí misma aquel misterioso asunto. En caso de que resultara necesario, pediría ayuda a sus amigas. Aguardó un instante en el corredor; después apagó la luz y abrió la puerta del camarote de Billy y entró.

Era un camarote para tres personas, pero el cocinero lo ocupaba solo. No podía decirse que fuera un hombre muy ordenado, ya que los vestidos, papeles, periódicos y libros estaban esparcidos por doquier. Había un cenicero lleno de colillas y ceniza. Puck se detuvo en el umbral e inspeccionó la pequeña pieza. Vio el suéter rayado encima de una de las literas. Lo tomó en sus manos y lo miró detenidamente. Ni con la mejor buena voluntad del mundo hubiera podido ser calificado como limpio. Se comprendía perfectamente que había sido usado durante largo tiempo, sin lavar. Alrededor del cuello aparecía una raya oscura. Puck lo dejó caer sobre la litera y cogió la chaqueta de color azul oscuro, que estaba al lado y que, asimismo, estaba reclamando un buen lavado.

Con la chaqueta en la mano, Puck miraba al vacío. Sus labios dibujaron una tenue sonrisa. Salió del camarote y se encaminó entonces directamente hacia el lugar donde dormían sus compañeras. Una vez dentro de la pieza, dio vuelta al interruptor y, desde la bombilla que pendía del techo, se hizo la luz. Annelise, que dormía justo debajo, se volvió, gruñendo, e intentó taparse los ojos con la sábana. Pero a continuación fue despabilándose poco a poco y, desde lo alto de su litera, miró a Puck con asombro. Al mismo tiempo, Karen empezó a agitarse. Inger y Navío, por el contrario, dormían el sueño de los justos en sus literas inferiores, al abrigo de la luz.

—¿Qué estás haciendo a estas horas? —preguntó Annelise, adormilada aún—. ¿Ya es de mañana?

—No, es medianoche —respondió Puck—. Abre bien los ojos, ya que hay grandes noticias y mucho que hacer para todas.

Inger y Navío se agitaron a su vez y, pocos minutos después, las cinco muchachitas, sentadas en el borde de la cama de Inger,

trazaban planes. Puck las había puesto al corriente de los acontecimientos de aquella noche y estuvieron todas de acuerdo en que no había tiempo que perder si querían ayudar a Billy.

—La cuestión es que Billy acabará en el calabozo si nosotras no podemos demostrar que no ha sido él quien ha derribado al aduanero —dijo Puck—. Yo he entrevisto apenas a Billy cuando se lo han llevado y he creído comprender que estaba tan abrumado que era incapaz de responder razonablemente. Se contradecirá, seguramente, y todos quedarán convencidos de su culpabilidad.

—Pero entonces ¿quién es el culpable? —preguntó Inger—. ¿Cómo puedes estar tan segura de que no es Billy? Al fin y al cabo, no lo conocemos bien...

—No es él el culpable —afirmó Puck.

—¡Hum! —observó Karen—. Tú estás siempre segura de todo.

—¡No, no siempre, pero ahora sí lo estoy! —declaró Puck.

Karen no replicó. Annelise preguntó:

—Y ¿qué debemos hacer, si es que nos está permitido a los pobres mortales hacerte una pregunta? ¿Nadie tendría un trozo de chocolate, por casualidad?

Después de un breve silencio, Karen dijo, un tanto dubitativa.

—Si quieres aceptar un trozo del mío...

—¿Del tuyo? Y ¿por qué no? —exclamó Annelise, con sincero asombro.

Y, sin cumplidos, mordisqueó el chocolate que Karen no había terminado de comerse la víspera.

Karen sonreía de un modo un tanto cohibido, como siempre; y Puck se acordó de las reflexiones de la esposa del director: si se es amable con los demás, se desea serlo más y más cada día, y se experimenta una gran satisfacción interior.

Pero aquel pensamiento apenas rozó su espíritu un instante, ya que el misterio del agresor nocturno acaparaba toda su atención.

—Vamos todas al camarote de Billy para ver si podemos descubrir algo más —propuso.



Las chiquillas, que se habían vestido rápidamente, salieron al corredor, pero en aquel momento el oficial Hansen regresaba de cubierta. Las miró con asombro y dijo:

—Me pregunto qué estáis haciendo levantadas a estas horas. ¡Vamos, a la cama en seguida! De lo contrario...

No debía de saber muy bien cómo acabar su amenaza y, antes de que hubiera conseguido hallar el modo, Puck tomó la palabra:

—¡Oh, no, señor Hansen! Debe usted ayudarnos. Es terriblemente importante y necesitamos su ayuda.

Su tono suplicante suavizó inmediatamente el humor del oficial, quien se contentó con murmurar que no era posible permitirles deambular de aquel modo por el barco a altas horas de la noche.

—Sin embargo, ha sido una suerte que nos hayamos acostado tarde —comentó Puck inocentemente, mirándole con sus grandes ojos azules—. Piense usted en lo que hubiera podido pasar si yo no le hubiera prevenido de las cosas misteriosas que pasaban a bordo...

El oficial Hansen tosió como si se hubiera atragantado.

—No sé de qué me estás hablando. —Parecía incómodo y miraba a Puck con aire contrito—. No comprendo adónde quieres ir a parar...

—Sí, sí —dijo Puck, igualmente dulce y angelical—. ¡Acuérdese del frasco roto! Y acuérdese también de la caja que se cayó al mar al comienzo de la noche. Reflexione en que, si el aduanero hubiera

averiguado que alguien a bordo trataba de pasar de contrabando Chanel número cinco, ¡qué problema!

Hansen enrojeció hasta la raíz de los cabellos. La expresión jovial que por lo general impregnaba su rostro redondo se transformó en auténtica cólera. Pero al cabo consiguió sobreponerse y su buen humor acabó imponiéndose. Mientras las demás muchachitas paseaban sus asombradas miradas sobre Puck y Hansen, éste explotó en unas locas carcajadas que resonaron en el corredor como un trueno. Y Karen, Inger, Annelise y Navío, en el colmo de su sorpresa, le oyeron confesar que, en efecto, él había intentado pasar perfume francés de contrabando.

—Eres una pequeña maliciosa, Puck —le dijo, golpeando amistosamente la espalda de la jovencita—. ¡Me has descubierto, cuando yo me creía lo suficientemente listo como para llevar el asunto con toda discreción!

—¡Bah! —respondió Puck, con una sonrisa—. En realidad ha sido el perfume francés quien lo ha descubierto. ¡Es difícil mantenerlo «discreto»!

Su contestación hizo reír a Hansen una vez más.

—Sí, es un perfume magnífico —dijo él—. Confieso francamente que he tratado de desembarcar dos cajas de Chanel número cinco, pero creedme si os digo que es la primera vez que intento pasar algo de contrabando. He sido idiota al arriesgarme en semejante empresa; no parezco estar muy dotado para fraudes. Una de las cajas me resbaló cuando la apoyé en la barandilla del puente y se hundió en el mar al instante. Después perdí un frasco en cubierta, pero no comprendo cómo tú, Puck, has podido adivinar que yo era el culpable —añadió el grueso oficial, mirando a la chiquilla con aire interrogante.

—Es bastante sencillo —respondió Puck—. Usted usa colonia Dunhill, ya que la vi en su lavabo. Pero uno de sus uniformes huele a Chanel número cinco.

—Sí, eso es —gritó Annelise—. Yo también me he dado cuenta de ello, pero sin acabar de comprender lo que significaba.

—Es que Puck, como he dicho, es una pequeña maliciosa —exclamó el oficial Hansen, riendo—. Sí, hijitas, me tenéis atrapado. Y, desde luego, voy a ayudaros, si puedo. Pero ¿en qué puedo seros

útil?

—Estamos convencidas de que Billy no ha sido el agresor —dijo Puck—. Y quisiéramos poder probarlo.

—¿Probarlo? —dijo, asombrado—. ¿Cómo queréis llegar a probar una cosa así?

—No lo sabemos, precisamente —dijo Puck—. Es decir, yo creo poder demostrar que Billy no es culpable, pero quisiera también descubrir quién ha derribado al aduanero.

Hubo un corto silencio. Después Hansen sacudió la cabeza.

—Nunca hubiera esperado tal cosa de Billy —dijo—. Pero no veo cómo podrás demostrar su inocencia.

—Es que pienso —dijo Puck— que hay alguien a bordo que se puso las prendas de vestir de Billy para hacer recaer sobre él las sospechas. Y eso es terriblemente innoble.

—¡En efecto, sería innoble! —gritó Hansen—. Pero ¿cómo probarlo?

—Mire —dijo Puck.

Y ella abrió la puerta del camarote del negro, tomó el suéter y la chaqueta azul y lo mostró a Hansen.

—¿Ve usted ese color marrón del cuello? —preguntó.

—Sí. ¡Uf! —exclamó Hansen—. ¡Qué suciedad!

—Bien, pero ¿sabe usted qué es? —prosiguió Puck.

Las demás muchachitas estiraron el cuello para ver. Puck deslizó su dedo a lo largo del oscuro cuello y en seguida lo tendió a la vista de los demás.

—¿Ven? Tengo el dedo teñido de marrón. ¿Saben por qué? Porque esto es una crema de las que usan los actores para maquillarse.

El asombro del oficial de intendencia fue inmenso.

—Alguien se puso las prendas de Billy y se ha maquillado el rostro para parecer negro —declaró Puck—. Ésta es la explicación. Y damos en el blanco, porque el aduanero, cuando el criminal le ha golpeado, ha quedado manchado de marrón. Estoy segura de que eran manchas de maquillaje.

El oficial estaba atónito. Dijo:

—Seguidme... Subamos a ver al capitán.

Una vez en el camarote del capitán Sommer, Puck repitió su

explicación. El padre de Navío la escuchó atentamente, con aire grave. Billy, sentado en una silla, al lado del aduanero, no comprendía las palabras de Puck, pero la mímica de la muchachita y la presencia de sus prendas de vestir le hacían confiar en que su inocencia quedara pronto probada. Mientras tanto, Hansen fue a buscar el algodón de que se había servido para limpiar la herida del aduanero y pudo comprobar que Puck tenía razón: allí había restos de crema de maquillaje.

El capitán miró a Puck con una mirada que no dejaba de tener sus ribetes de admiración.

—¡No se puede decir que esa chiquilla sea tonta! —dijo en voz baja—. Sabes reflexionar, hijita... Pero ¿cómo lo haremos ahora para localizar al hombre que ha pretendido echarle las culpas a Billy?

—El criminal ha debido de lavarse —observó Puck—. Tal vez hallemos restos de maquillaje en la toalla o en el lavabo de alguien...

—Podemos intentarlo dijo el capitán Sommer, levantándose.

Inspeccionaron todos los camarotes y dormitorios del equipaje, en los que los hombres roncaban a pierna suelta. Las muchachitas, que no obtuvieron permiso para tomar parte en esa inspección, permanecieron fuera, aguardando.



El capitán procedía con método.

En lugar de dar la luz eléctrica, se servía de una linterna de bolsillo, disminuyendo así el riesgo de despertar a sus hombres.

Al principio, la búsqueda pareció vana y Puck acabó por sentirse descorazonada.

Quedaba sólo un camarote por visitar. El capitán Sommer entró en él solo, dejando a las muchachitas en cubierta. El aduanero, el oficial Hansen y Billy se habían quedado en el camarote del capitán.

De repente, las cinco amiguitas oyeron un grito estridente, seguido de un infernal alboroto. Una puerta se abrió bruscamente y por ella, vacilando, salió un hombre, que cruzó la cubierta como un huracán, tratando evidentemente de ganar la pasarela.

Pero, en aquel instante, Hansen y el aduanero surgieron por la escalerilla que conducía al puente de mando superior. A su vista, el hombre cambió de dirección y se precipitó hacia la pasarela de popa.

Al mismo tiempo el capitán corría también tras el fugitivo. Viéndose acosado por ambos lados, el hombre dio la espalda a la barandilla de cubierta y sacó un revólver de su bolsillo. Blandió el arma y empezó a vociferar en una lengua que ninguna de las chiquillas conocía.

El capitán se detuvo instintivamente, y el malhechor se le acercó al sesgo, despacio, hacia la pasarela. Ya casi la había alcanzando y, armado como estaba, era evidente que conseguiría escapar sin riesgos.

Las cinco amiguitas habían contemplado la dramática escena sin ser vistas por el hombre. Ellas se mantenían apiñadas junto a la pasarela y, a su llegada, se retiraron hacia la sombra oscura que proyectaba la baranda, lo que les ocultaba enteramente a su vista. Encogidas y apiñadas unas contra otras, miraban desde su escondite, con los ojos bien abiertos, a aquel hombre encolerizado que, empuñando un arma, ya contra el capitán ya contra los otros dos perseguidores, se escurría lentamente hacia la pasarela.

Transcurrieron todavía unos cuantos segundos más de espera...

Y fue entonces cuando Puck arriesgó en verdad su vida...

Antes de que alguien hubiera tenido tiempo de contar hasta tres, ella se precipitó hacia adelante y agarró con todas sus fuerzas la

mano que sostenía el revólver.



Era un intento temerario para desarmar al furioso. Más tarde, ella no fue capaz de explicar de dónde había sacado tanto valor. Había actuado instintivamente.

El disparo salió al aire. Una bala atravesó el muro de la cabina de mandos.

En el mismo instante, el capitán se lanzó de un lado y el aduanero del otro. Los tres hombres rodaron por cubierta en una encarnizada lucha.

Las muchachitas lanzaron grandes gritos asustados. El hombre se debatía entre puñetazos y puntapiés; el capitán y el aduanero se veían en dificultades para dominarle.

La lucha fue breve, pero violenta, y la persona que más «recibió» fue Puck.

Ella no había tenido tiempo de separarse cuando los tres hombres llegaron a las manos. Un puntapié del malhechor la proyectó contra la baranda. Lanzada de través entre ésta y la pasarela, Puck resbaló rodando hacia el agua.

La muchachita hubiera podido matarse al rozar un anillo de hierro o bien uno de los postes de anclaje; puede decirse, pues, que, dentro de su desgracia, tuvo suerte. Salió librada de aquello con un serio chapotazo, pero cayó tan mal y estaba tan aturdida por el puntapié que corría el riesgo de ahogarse.

Felizmente, alguien pensó en auxiliarla.

De la cubierta superior, sus compañeras habían asistido con espanto a su accidente. Cuando Puck desapareció en la penumbra y pudo escucharse el «pluf» de su caída al mar, Inger se abalanzó hacia la pasarela, pero, antes de haber conseguido alcanzarla, alguien la tomó por un brazo, y la voz excitada de Karen gritó:

—¡No! Aparta... Tú no sabes nadar lo bastante...

Un segundo después, la chiquilla de rojos cabellos desaparecía por encima de la borda. Un elegante salto la hizo amerizar a poca distancia de Puck. En unas cuantas brazadas enérgicas, se acercó a la accidentada, se enderezó en el agua para poder agarrarla bien y a continuación nadó hacia el muelle. Amanecía ya e, incluso entre el hueco estrecho que quedaba entre el muelle y el navío, se veía lo bastante como para que Karen hubiera podido orientarse y hallar en seguida a Puck.

La heroica muchachita no había perdido el conocimiento, pero se hallaba realmente en un estado en que no hubiera conseguido mantenerse a flote sin el auxilio de Karen.

Arriba, en cubierta, el capitán y el aduanero habían conseguido dominar al malhechor, mientras Hansen había bajado al muelle para salir al paso de Karen y Puck. Alzó a Puck en sus brazos para conducirla a bordo, y pronto ella estuvo descansando en su litera bajo un buen par de mantas, después de que sus amigas la hubieron despojado de sus mojados vestidos y le hubieron puesto un pijama demasiado grande del capitán. Karen fue instalada en la litera de enfrente, ataviada también con un pijama del capitán Sommer.

Con la ayuda de Billy, Hansen se apresuró a preparar sendas tazas de chocolate caliente. También hicieron tomar a las muchachitas unas cucharadas de un medicamento que evitaría que atraparan un serio resfriado.

Para Puck, que se hallaba aún bajo los efectos de la impresión, la situación se le antojaba irreal como un sueño. Experimentaba tan sólo fatiga y miedo, y tenía deseos de esconder la cabeza bajo la almohada y llorar con todas sus fuerzas.

Y así lo hizo, en realidad..., pero muy discretamente, ya que aquello era sólo asunto suyo.

Entretanto, el capitán Sommer y el aduanero interrogaban al malhechor, que se hallaba esposado. Aquel hombre, que era griego

y miembro de la tripulación, confesó en seguida que él había pegado al aduanero y tratado de desviar las sospechas hacia Billy. Pero no quiso confesar qué clase de mercancías trataba de pasar clandestinamente, ni qué había sido de las que había conseguido desembarcar.

Con una desdenosa sonrisa en un rincón de los finos labios contó que, después de haber derribado al aduanero, había regresado al barco antes que sus perseguidores, y que por lo tanto le había sido fácil echar los vestidos en el camarote de Billy, de donde anteriormente los había robado; después corrió a su camarote, se desmaquilló y se acostó. Pero había olvidado limpiar el lavabo. De este modo el capitán había encontrado huellas de crema marrón en el curso de su inspección nocturna.

—Ahora —dijo el capitán Sommer— lo mejor será enviar un mensaje a la policía.

El aduanero fue de la misma opinión.

Dos agentes de policía, de elevada estatura, se llevaron al griego; en cuanto se hubieron marchado, el capitán encendió su pipa y metió las manos en los bolsillos del chaquetón.

—¡Demonio de chiquillas! —murmuró—. Ahora, aduanero, creo que puede usted irse a su trabajo. Imagine todo lo que se ha podido pasar de contrabando mientras usted permanecía en este barco...

El oficial Hansen sufrió un tal acceso de tos que tuvieron que sacudirle la espalda.

—Sí —dijo cándidamente el aduanero—, será mejor que me vaya, ya que pronto será la hora de mi relevo.

Saludó militarmente y descendió al muelle. El capitán miró a su intendente.

—¡Vaya, Hansen! Parece que tiene usted tos...

Sonrió, se levantó y giró como si fuera a dirigirse hacia su camarote.

Pero volvió sobre sus pasos.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó.

—En su camarote —respondió Hansen—. Hemos acostado a las dos que se mojaron.

—¡Qué se mojaron! ¡Eso es una forma muy discreta de describir lo que ocurrió! Mientras no atrapen una pulmonía...

—No creo... Están bien calentitas por el momento, y las dos tienen buen aspecto.

—Bien, gracias, Hansen... Ya nos veremos mañana a la hora del desayuno.

—Sí, capitán.

El oficial Hansen regresó a su camarote, mientras el capitán Sommer subía con pasos firmes la escalerilla que conducía al puente de mando.

Puck y Karen durmieron hasta muy tarde, en la mañana, gracias al medicamento tomado.

Medio aletargadas, no tuvieron ni la fuerza necesaria para decirse «buenas noches». Puck no había querido decir nada mientras se sintiera aquel espantoso nudo de lágrimas en la garganta.

Y de la llantina, Puck fue sumergiéndose lentamente en un profundo y delicioso sueño.

Cuando se despertó, la mujer del veterinario Moeller se hallaba sentada en el bordillo de su litera, sonriéndole.

—¡Cuántas cosas ocurren aquí! —exclamó.

Puck se sentó en la cama y respondió haciendo una mueca:

—Sí, ya puedes decirlo... ¡Han ocurrido multitud de cosas! Pero ¿quién te ha puesto al corriente?

—El capitán ha venido a vernos esta mañana. Deseaba contárnoslo todo cuanto antes a fin de que no nos asustáramos si lo oíamos comentar. ¡Cuántas atenciones y delicadezas recibimos del padre de tu amiguita!

—¿Dónde están las otras? —preguntó Puck.

—Si te refieres a Annelise, Inger y Navío, están en nuestra casa esperando el desayuno. ¿Te sientes con fuerzas para levantarte o tal vez fuera más prudente que te quedaras acostada?

—Prefiero levantarme. Me encuentro bien...

—Bien, puesto que es así, levantaos las dos. Os he dejado vestidos sobre esa litera.

«¡Las dos!». Fue entonces cuando los ojos de Puck y Karen se encontraron y, por primera vez, desde que se conocían, se sonrieron.

—También tú puedes levantarte, Karen, supongo, ¿no? —preguntó la señora Moeller.

—Desde luego —repuso Karen—. Tengo un hambre canina.

—Pero antes debo contaros el final de la historia —dijo la señora.

Y contó que el griego había confesado haberse disfrazado con los vestidos de Billy.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Puck impaciente—. ¿Qué pretendía con ello?

—Esto acabamos de averiguarlo hace unos momentos —dijo la señora Moeller—. Según parece se trata de un asunto muy grave. El griego hacía contrabando con perlas auténticas. ¡Han hablado de sumas muy elevadas de dinero! Centenares de miles de pesetas...

—¡Huy! —gritaron conjuntamente Puck y Karen. Y la primera añadió—: Y ¿qué se ha hecho de las perlas?

—Pues, bien, allá va: el griego no quería confesar nada con respecto a esto, y comprendimos que, después de haber conseguido escapar de las manos del aduanero, se había visto forzado a esconder las perlas en algún lugar. Pero ¿dónde? ¿Podéis imaginarlo?

—No... ¿Dónde?

—¡En nuestro jardín! —dijo la señora Moeller.

—¿En vuestro jardín? Pero, pero... ¿cómo las habéis encontrado?

—No las hemos encontrado nosotros, sino... ¡Plet! Esta mañana, cuando le hemos sacado al jardín, como de costumbre, Plet se ha puesto a correr de un lado al otro, el hocico pegado al suelo y, bruscamente, ha empezado a ladrar al pie de un cerezo. Sin comprender qué le ocurría, hemos supuesto que estaba dando caza a un pájaro o una ardillita. Pero, de pronto, hemos distinguido un saquito que colgaba suspendido de una rama. ¡Plet había estado siguiendo el rastro del hombre hasta el árbol, donde las perlas aguardaban amablemente a que alguien las descubriera!

—¡Y pensar que las ha encontrado mi querido Plet! Ah, es formidable —gritó Puck. Los ojos de Karen brillaban de entusiasmo.

—Hemos entregado las perlas a la policía en un momento en que todavía ignorábamos lo que había ocurrido aquí, en el barco. Ahora

la policía cree que no le será difícil desentrañar todo el asunto del contrabando de perlas, ya que el griego, ante las evidencias, ha empezado a «cantar» los nombres de sus cómplices.

«Vaya una historia palpitante, como diría Navío», pensó Puck. Se imaginaba a Plet ladrando bajo la copa del árbol del que pendía el saquito de perlas.

Parecía una novela policíaca.

—Vamos, vestíos ahora —dijo la señora Moeller—. Salgo a cubierta esperaros, ya que aquí apenas hay lugar para las tres. Confío en que los vestidos sean de vuestra medida. Y sobre todo, ¡daos prisa!

—De acuerdo.

La puerta se cerró detrás de la sonriente esposa del veterinario. Puck y Karen saltaron de sus respectivas literas y empezaron a vestirse. De pronto, Puck tomó una mano de Karen.

—¡Karen!

Ésta quiso soltarse.

—Es preciso darse prisa —dijo.

—¡Me da lo mismo! —repuso Puck, reteniendo la mano de la otra chiquilla con firmeza—. Todavía no te he dado las gracias por haberte tirado al mar esta madrugada. Ha sido... Ha sido formidablemente valiente de tu parte.

—¡Bah! —interrumpió Karen—. Me estaba muriendo de miedo... Por otra parte, fue una locura tuya hacer lo que hiciste. Hubieras podido matarte.

Las palabras recordaban a la antigua Karen, pero el tono de su voz no era agudo y duro como siempre. Un instante después añadió:

—Además tampoco yo te he dado las gracias aún por haberme salvado la vida en el bosque. ¡Por lo tanto estamos en paz!

—Sin embargo, yo quisiera conservar el derecho de decirte «gracias» —puntualizó Puck, muy feliz.

—¡Bah! —murmuró Karen—. Te lo repito, estamos en paz.

Pero, cuando Puck estrechó la delgada manecita de su compañera, sintió que la presión era correspondida.

—¡Bah! —exclamó por tercera vez Karen.

Puck rió, segura de que a partir de entonces su amistad quedaba sellada. Cuando ambas muchachitas se miraron a los ojos, una

sonrisa fugaz se dibujó en los labios de Karen, y Puck exclamó:

—Eres mucho más bonita cuando te ríes, Karen.

—¡Bah! —repitió Karen por cuarta vez, pero la sonrisa se amplió en sus labios.

- VI -

La lección de historia natural prometía ser algo agitada en el pensionado de Egeborg. Era el aniversario del muy popular profesor señor Frederiksen, llamado Frederik. ¡Y Alboroto y Cavador eran los guardianes del orden aquella semana! Imposible imaginar nada peor, ya que, antes de la apertura de la clase, los dos incorregibles traviesos habían dispuesto de largo tiempo para planear una «sorpresa de aniversario» para Frederik.

Desde la primera clase del día estaban circulando rumores acerca de aquella «sorpresa», pero, por el momento sólo Alboroto y Cavador sabían en qué consistía.

Después de la campanada, y una vez instalados los alumnos en el aula, los dos muchachos se abismaron en su tarea. Mientras Cavador vigilaba el pasillo, Alboroto se puso a sacar brillo enérgicamente a la manecilla de la puerta, haciendo caso omiso de las miradas estupefactas de sus compañeros.

—¿Qué habéis tramado? —preguntó Puck.

Alboroto prosiguió en su tarea, impasible, pero se permitió un pequeño gesto amistoso en dirección a Puck.

—Estamos preparando una acogida cordial y afectuosa para Frederik, damita...

Se detuvo un instante y puso cuidadosamente un dedo sobre la manecilla. Después se volvió hacia su amigo y anunció:

—Esto estará pronto en su punto. ¡Ah, cómo debe felicitarse el mundo de contar con dos cerebros privilegiados como los nuestros!

—Desde luego —reconoció Cavador, con una modestia encantadora—. Pero ignoro si Frederik será de la misma opinión.

La impaciencia de la clase estaba alcanzando un punto insostenible, y Navío dijo a Puck:

—¡Ignoro lo que están preparando ese par, pero, sea lo que sea, es formidablemente palpitante!

Puck tuvo que hacer un esfuerzo para no estallar en risas al responder:

—Me parece que ya adivino en qué consiste la «sorpresa»... Pero yo también tengo una pequeña sorpresa para Alboroto y Cavador.

—¿Y cuál es? —preguntó Navío con curiosidad.

—¡Pronto lo verás! —respondió Puck con aire misterioso.

—¡Ya llega, ya llega! —exclamó súbitamente Cavador.

Los dos muchachos empujaron vivamente la puerta y se precipitaron a sus respectivos lugares, justo delante de los de Puck y Navío. Se sentaron, con las más inocentes expresiones del mundo.

Puck se inclinó un poco y les tocó amistosamente las nucas.

—Sois un par de granujillas... ¡Terribles granujillas! ...

Y ya no tuvo tiempo de decir nada más, porque en aquel momento se oyó un chirrido y la puerta se abrió con gran estrépito. Todos los alumnos se pusieron en pie, cuando el profesor apareció en el umbral, soplándose enérgicamente las puntas de los dedos.

Su aspecto resultaba tan cómico que todo el mundo reía disimuladamente.

El profesor echó una mirada a sus alumnos y sus ojos se detuvieron en Cavador y Alboroto, que conservaban su inocente expresión. Después dijo amablemente:

—¡Hugo, ven aquí!

Alboroto obedeció al acto y el señor Frederiksen prosiguió en un tono igualmente amistoso:

—Cierra la puerta, Hugo... Pero desde el exterior... Y tomando la manecilla.

Alboroto no pareció demasiado contento de aquella orden, pero no tuvo otro remedio que obedecer. La puerta fue cerrada a una velocidad vertiginosa. El profesor hizo un gesto de asentimiento y a través de la puerta gritó:

—¡Entra ahora, Hugo!

La puerta se abrió de un golpe y Hugo, alicaído, apareció en el umbral.

Cavador, de pie en su sitio, estuvo a punto de ahogarse de risa. El señor Frederiksen se dio cuenta de ello, pero fingió no haber visto nada y fue a instalarse en su tarima. Alboroto regresó discretamente a su lugar. Después de una mirada a los estupefactos alumnos, el profesor comenzó en el más natural tono del mundo:

—Hoy debíamos tratar de un tema determinado, pero, en honor de Hugo, voy a hablaros del frotamiento. Todo frotamiento engendra calor. Si, por ejemplo, se frota una empuñadura de cobre con un trapo de lana, la empuñadura se calienta tanto que es aconsejable no tocarla...

Los alumnos comprendieron finalmente qué había pasado y las ahogadas risas se convirtieron en una ruidosa hilaridad. El profesor quiso continuar; pero, como al azar, su mirada se posó en Alboroto y Cavador, cuya actitud era rarísima. Se retorcían, se desplazaban de un lado a otro, se rascaban la espalda, se levantaban en sus asientos, mientras echaban desesperadas miradas a su alrededor.



El profesor, asombrado, les preguntó:

—¡Hugo y Henrik! ¿Estáis jugando a las serpientes marinas? ¿O bien os ha dado un ataque?

Los dos muchachos prosiguieron en sus extrañas contorsiones, en tanto el resto de la clase los contemplaba atónita y silenciosa.

Puck se levantó y preguntó con una sonrisa llena de miel:

—Señor profesor, ahora que nos ha hablado usted de los frotamientos, ¿no podría hablarnos también de..., de la flor de escaramujo?

—¿La flor de escaramujo...? —repitió el señor Frederiksen, asombrado. Pero no tardó en comprender y prosiguió, sonriente—: Sí, me parece ésta una excelente ocasión para hablar de ello, Bente. Los frutos del rosal silvestre o escaramujo tienen forma de pequeñas nueces rodeadas de un receptáculo, llamado manzana de escaramujo, y sus frutos son llamados vulgarmente «piel rasposa». Si alguien os los introduce en la espalda, provocan unos comezones insoportables que obligan a efectuar las más extrañas contorsiones a los muchachitos.

El resto de sus palabras quedó ahogado en medio de las carcajadas ruidosas de toda la clase.

Los compañeros habían comprendido que Puck había encontrado el medio de introducir «piel rasposa» en las espaldas de Alboroto y Cavador. Navío se ahogaba de risa cuando se volvió hacia su amiga.

—Ahora comprendo por qué dabas a Alboroto y Cavador golpecitos amistosos en sus nucas. Tú también eres bien pillina, Puck...

En aquel momento, sonó un infernal repiqueteo de campanas. El señor Frederiksen y los alumnos miraron a su entorno sorprendidos. El profesor se levantó y siguió la dirección del ruido, que parecía provenir del gran armario. Como que no tenía la llave para abrirlo, miró a los alumnos y preguntó:

—¿Quiénes son los «guardianes del orden» esta semana?

—Nosotros —gimieron Alboroto y Cavador, mientras proseguían sus contorsiones y rascaduras.

—Bien, amigos míos —dijo el señor Frederiksen con una sonrisa maliciosa—. En tal caso, vosotros, sin duda, tenéis la llave. Quisiera parar ese despertador. Acercaos.

Los dos traviesos muchachos, que evidentemente no tenían mucha suerte aquel día, se acercaron entre estremecimientos, y Alboroto preguntó:

—¡Ah! ¿No podríamos antes ir al cuarto de al lado a quitarnos la «piel, rasposa» de la espalda?

El profesor sonrió, pero hizo con la cabeza un signo negativo:

—No..., no... Es preciso, antes que nada, que aquí tengamos orden. No puedo continuar mi lección si este despertador sigue sonando. ¿Dónde está la llave?

—En el cuarto de al lado, señor —respondió Cavadore, desesperado.

Frederiksen le tendió tranquilamente su llavero y le dijo:

—Trata de comprobar si sirve alguna de estas llaves. Los chicos se vieron obligados a hacer de tripas corazón y, mientras se contorsionaban como convulsos, Cavadore acabó por dar con una llave que sirvió. Un instante después, el despertador fue reducido al silencio. El señor Frederiksen dirigió a los muchachos un signo aprobador.

—Perfecto, chicos. Pero debo comunicaros que voy a poner una mala nota a cada uno por provocar desorden en clase... Y Bente también tendrá una mala nota por la «piel rasposa». Como siempre os digo, es preciso que haya orden en clase... Y ahora, muchachos, rápido...

Alboroto y Cavadore parecieron volar al salir del aula, en tanto sus camaradas se divertían de lo lindo. El señor Frederiksen era un profesor muy popular, en efecto, pero también muy serio y el mes anterior ya había tenido que meter en cintura a los dos traviesos muchachos.

Navío dio un codazo a Puck y murmuró:

—Puck... ¿Esperabas que te pusieran una mala nota?

—Frederik es justo —respondió Puck—. La he merecido lo mismo que Alboroto y Cavadore.

Durante el recreo, Alboroto se acercó a Puck y le dijo, en tono desdenoso:

—Puck, Puck. La próxima vez, trata de hallar algo más original. La «piel rasposa» es un truco viejo como Matusalén.

—Sí, pero sus efectos continuaban siendo excelentes, ¿no? Y, además, tú tampoco puedes sentirte muy orgulloso del asunto del despertador. Mi bisabuelo ya lo empleó en su clase y fue castigado por usar un truco «demasiado viejo».

—Eres una muchachita muy inteligente, Puck —dijo Alboroto con gran dignidad—. Sin embargo, como que, según dice Frederik,

es preciso tener orden, te prevengo que Cavador y yo te hemos anotado en nuestra agenda para devolverte «la pelota». Y te aseguro que en lo futuro no te vas a divertir, pequeña Puck...

—¿Es eso una declaración de guerra? —preguntó alegremente la chiquilla.

—Sí, exactamente.

Navío, que se había acercado a ellos, recogió el desafío con vivacidad:

—¡Bah! No supongas que las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas» van a tenerle miedo a un par de vanidosos como vosotros... Si queréis guerra, os garantizo que la tendréis... Pero tened cuidado de no hacer frente a nosotras el más espantoso de los ridículos...

Cuando, una media hora después de las clases, Puck subió al «Trébol de Cuatro Hojas», halló a Karen sola. Al oír entrar a Puck, volvió la cabeza y su rostro, siempre un tanto melancólico, se iluminó con una amplia sonrisa.

—Y bien, Puck... Parece ser que estamos en guerra con Alboroto y Cavador, ¿eh? Pero no te preocupes. ¡Ganaremos!

—Claro que sí —contestó Puck, sonriendo también—. Ahora somos cuatro muy unidas frente a lo que sea y eso es muy importante.

—¿De veras? —preguntó Karen, con dulce voz, mirando a través de la ventana—. Hace tan sólo una semana yo suponía que eso te daba lo mismo.

—Desde mi primer día en este colegio, yo deseé ser amiga de vosotras tres, Karen... ¡Pero no hablemos más de eso ahora!

Y, como fuera que Puck empezó a ponerse su traje de amazona, Karen se volvió hacia ella.

—¿Vas a salir, Puck?

—Tengo una cita con Annelise para cabalgar durante una hora.

—¡Ah! —comentó simplemente Karen.

Puck la miró.

La pequeña exclamación había tenido un curioso acento de decepción o de descorazonamiento. Con voz vacilante, preguntó:

—¿Te molesta, Karen?

—Pues... Bien... Yo había pensado que tú y yo podríamos pasear juntas... Pero ya hallaré a alguien que me acompañe... Además

también resulta agradable pasear sola. Puesto que tienes un compromiso, no debes faltar a él. Eso es algo que no debe hacerse nunca.

—Ésa es también mi manera de pensar.

Puck siguió vistiéndose, pero se sentía ya de peor humor. Karen, evidentemente, se había hecho ilusiones con el pensamiento de un paseo juntas por los alrededores... Pero, tal como ambas habían convenido, no debe faltarse jamás a un compromiso. Por otra parte, Annelise, acostumbrada a hacer siempre su voluntad, se enojaría en grande si ella no acudiera a la cita. Annelise Dreyer era muy amable y encantadora, ¡pero también era la muchachita más mimada y consentida de toda Dinamarca!

Una vez dispuesta, Puck dudó unos instantes.

Sin poder explicarse por qué, debió hacerse violencia para pronunciar estas sencillas palabras:

—Bien... Adiós, Karen...

—Hasta luego, Puck —dijo Karen y después añadió, con un poco de su antigua amargura—: Diviértete mucho.

—Gracias...

Puck cerró la puerta con suavidad a sus espaldas y descendió la escalera lentamente. Las palabras de Karen y en especial el tono con que habían sido pronunciadas habían marchitado su alegría. ¡Ah, qué difícil era a veces la vida..., incluso para una simple colegiala...! Al acercarse a los invernaderos, se tropezó con el jardinero y le saludó con educación:

—Buenas tardes, señor Piil.

El jardinero era un hombre tranquilo y un tanto distante —«del tipo de los maestros», decían de él los alumnos— que se consagraba enteramente a sus queridas flores. Incluso había creado algunas variedades, que habían obtenido premios en distintas exposiciones de horticultura, cosa de la cual se sentía legítimamente orgulloso. Los alumnos del pensionado lo estimaban sinceramente, pero de vez en cuando caían en la tentación de zaherirle un poco. Y si las bromas iban dirigidas a las flores, aquel hombre correcto podía convertirse en un ser furioso. Pero, por el contrario, se hallaba en las mejores relaciones con las alumnas. Cuando éstas necesitaban un ramito de flores, él no concedía nunca demasiada importancia al

pago. Puck solía conversar con él a menudo. La evidente alegría que ella experimentaba a la vista de las bellas flores habían encantado en seguida a Piil, y ambos se habían convertido en excelentes amigos.

Él respondió al saludo de la chiquilla y preguntó:

—Y bien, señorita Puck, ¿va usted a montar hoy a caballo con su amiga Annelise?

—Sí. Queremos ir hasta el lago de Soender...

Puck se interrumpió bruscamente, ya que una estupenda idea le había venido al pensamiento. El ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» sería aún mejor de lo que era si lo alegraba un bello ramito de rosas. Las rosas eran las flores favoritas de las chicas, incluida Karen.

—Oh, señor Piil..., ¿sería posible que su ayudante subiera al «Trébol de Cuatro Hojas» un ramo de rosas? No tengo dinero ahora, pero más tarde se lo bajaré...

—¿Cuándo debo enviarlas? —preguntó amablemente el Jardinero.

—A ser posible ahora mismo.

—Entendido, señorita Puck... Y no le costarán ni un céntimo...

—No, no... No puedo permitir...

—¡Bah! —interrumpió el jardinero—. Es un regalito, como premio a que el otro día la vi admirar mis flores.

Puck dio las gracias efusivamente y continuó su camino en dirección a La Gran Granja. De nuevo estaba del mejor de los humores.

Cuando Puck llegó a La Gran Granja, Annelise estaba ya vestida de amazona y los dos caballos habían sido ensillados. Annelise se sintió encantada de volver a ver a su amiguita y se enzarzó en su acostumbrada verborrea.

—¡Magnífico que hayas llegado tan pronto! Así podremos dar un largo paseo. ¿Qué tal han ido las clases hoy?

—¡De una manera brillante! Me he ganado una mala nota —dijo Puck riendo.

—¡Bueno! Yo no tengo nunca malas notas, pero debe de ser debido a que tengo un preceptor particular. ¿Qué has hecho para mereértela?

—He puesto «piel rasposa» en las espaldas de Alboroto y Cavador.

—Excelente idea... Supongo que el padre de Navío le ha regalado lindos vestidos, ¿no?

—Sí, cantidades de ellos... —respondió Puck, acostumbrada ya desde hacía tiempo a los saltos incongruentes de la conversación de Annelise—. Y también lencería, chales de seda...

—Iré a verlos... ¿No querrá ella vendérmelos?

—No, creo que no —afirmó Puck, que tuvo que reírse—. Su padre se los regaló, ¿no comprendes?

—Se los pagaré doble.

—Pero si todavía no los has visto...

—Está bien... Pediré a papá que me compre otros en Copenhague. Algo que sea muy «simpático»...

Puck sonrió interiormente. Con seguridad en toda Dinamarca debía de haber pocas chiquillas tan bien equipadas como Annelise. Todas las estanterías de su armario estaban repletas de los más elegantes y costosos vestidos, adquiridos en los mejores establecimientos de la capital...

Un momento después, las dos amigas partieron para el lago Soender, paseo que ya habían hecho repetidas veces. A Puck le encantaba el paisaje que había alrededor del lago, donde la flora y la fauna eran casi vírgenes. Desde que su padre la había ingresado en el pensionado de Egeborg, ella había aprendido a disfrutar más y más del encanto de la verdadera campiña.

Durante el paseo, Annelise, que hablaba sin cesar, acabó por referirse a un tema de conversación llamado Karen.



—¿Cómo se porta... esa chica loca? ¿Tan estrafalaria como siempre?

—Karen ha cambiado completamente —respondió Puck, un tanto reticente—. Se ha vuelto amable con todo el mundo y todos la queremos...

—¿Tú también la quieres?

—Sí, mucho. Cuando la veas, no la reconocerás.

—No quiero volver a verla —murmuró Annelise.

—¿Por qué?

—Porque..., porque no quiero... ¡Y tengo todo el derecho a decidir por mí misma lo que quiero y lo que no quiero!

—Naturalmente —reconoció Puck con calma.

Las dos muchachitas cabalaron unos minutos en silencio. Annelise estaba enfurruñada. Estuvo observando a Puck de reojo y finalmente preguntó:

—¿Estás enfadada?

—¿Yo? —preguntó Puck con sorpresa—. ¿Por qué estaría yo enfadada? Estoy reflexionando, eso es todo...

—¡No reflexiones más! —declaró Annelise—. Papá dice que no debo reflexionar nunca, ya que eso me daría dolor de cabeza.

A pesar de las observaciones un tanto peregrinas de su amiguita, Puck siguió el curso de su pensamiento. Annelise tenía todo lo que una niña puede desear: buenos padres, montones de vestidos, un

caballo, dinero para sus gastitos... Mas ¿qué tenía Karen? Padres que vivían separados desde hacía tres años... y, por el momento al menos, ¡una madre que se hallaba casi siempre en el extranjero y que aparentemente no se interesaba demasiado por su hija! Ciertamente, Karen no carecería de dinero ni de vestidos, pero ¿qué importancia tenía esto al lado de lo que significaban unos padres amantes? Y he aquí que Karen estaba a punto de convertirse en una muchachita tan expansiva y alegre como las demás... ¡Era preciso que Annelise lo comprendiese! Era preciso que Annelise la aceptase... Ésta podía muy bien ser la niña mimada de un rico propietario, ¡pero no por ello iba a imponer su voluntad!

Puck pensó entonces en el club «La Encina» que ella había creado juntamente con Annelise, Inger y Navío, y que tenía leyes secretas y una deliciosa madriguera en la cima del más alto árbol de La Gran Granja. En el momento de la fundación de aquella pequeña sociedad, Annelise había decretado que Karen no formaría parte de ella... Pero actualmente la situación era distinta, ya que Karen ya no era la niña acomplejada, malhumorada y difícil. Por tanto Annelise ya no tenía motivos para rehusarle la entrada en el club. Cuando Puck inició aquel tema, Annelise respondió, adustamente:

—¡Vaya! ¡Qué interés tienes en Karen! ¿Es que yo valgo menos?

—Claro que no —respondió Puck con dulzura—. Os quiero mucho a las dos, a pesar de que seáis muy diferentes. Y pienso que Karen y tú podríais llegar a ser muy buenas amigas..., Y sería conveniente admitirla en el club.

—Sí, no me va a quedar otro remedio —reconoció a disgusto Annelise—. De lo contrario tú no irías a las reuniones...

—Desde luego que no contestó con franqueza Puck.

Las muchachitas se dirigieron al sur del lago desecado, pero ni la naturaleza ni el buen tiempo de otoño consiguieron alegrar sus ánimos. Durante el resto del paseo, Annelise apenas habló y, cuando estuvieron de regreso en La Gran Granja, su despedida fue más bien fría. Puck estaba disgustada.

En cuanto llegó al «Trébol de Cuatro Hojas» fue acogida con grandes gritos de alegría. Un magnífico ramo de rosas presidía la mesa y sus tres compañeras, Inger, Navío y Karen le manifestaban su entusiasmo por aquella idea. Esas flores han debido de costarte

una fortuna observó Navío, muy impresionada.

—Ni un solo céntimo —respondió Puck—. Es un obsequio del jardinero. Siente cierta predilección por nosotras.

—¿Por qué?

—Porque hemos bautizado nuestra habitación con el nombre de «Trébol de Cuatro Hojas». Dice que esto indica amor a la naturaleza... Y ¿sabéis algo mejor?

—¿Qué, qué...?

—Nos da permiso para cuidarnos de un pequeño trozo de invernadero donde podamos plantar lo que se nos antoje...

—Ah, eso es formidablemente palpitante —declaró Navío, entusiasmada—. ¿Por qué no plantamos pepitas de melón?

—Sí. Y árboles de Navidad —repuso Puck, riendo—. Reflexionemos. Algo adecuado encontraremos...

—Y mientras tanto ¿qué os parece si nos acostáramos? —propuso Inger.

—Excelente idea —respondió Puck, dejándose caer en su cama.

En aquel instante Navío empezó a chillar.

—Oh, mira... ¡Una rata, una rata!

Y saltó a su cama con la rapidez del rayo, mientras seguía gritando con todas sus fuerzas. Las demás unieron sus gritos a los de Navío.

Una ratita blanca, surgida de debajo de la cama de Puck, en el momento en que ésta se había dejado caer en ella, corría ahora a toda velocidad a lo largo de la pared, mientras las chiquillas enloquecidas gritaban a coro y daban saltitos.

Navío fue la primera en recuperar el ánimo. Armándose de una revista, atacó a la pequeña ratita asustada. Estuvo a punto de golpearla repetidamente, cuando Puck intervino:



—¡Basta, Navío! Vas a matarla... No es culpa suya el haber entrado aquí...

—Abre la puerta para que pueda salir —gritó Inger, cuidando de permanecer bien alejada del animalito—. ¡Abre la puerta, Navío!

Navío abrió de un empujón y continuó persiguiendo la rata.

—¿Qué significa todo este ruido?

Las muchachitas comprendieron que era la «capitana de corredor», señorita Holm, quien se acercaba, pero no por ello dejaron de chillar... Y bruscamente la rata salió por la puerta abierta.

En ese mismo instante escucharon un agudo grito.

La rata se había dirigido directamente hacia la señorita Holm la cual, a pesar de su considerable volumen, dio un salto de casi medio metro, chillando de miedo.

Las puertas de los otros dormitorios se abrieron y asomaron las cabezas de las alumnas, pero la vista de la rata les hizo corear pronto los gritos de su profesora. La pobre ratita corría en zigzag por entre las numerosas piernas, cuando no recorría el largo de la pared, lo que debía de parecerle menos peligroso.

Navío cerró vivamente la puerta de su habitación y, jadeante, se dejó caer en un asiento.

—¡Qué felicidad haber podido librarnos de ese monstruo!

—¡Monstruo! —exclamó Inger sonriendo, ahora calmada

también.

—En realidad es ridículo que una diminuta ratita pueda provocar tal pánico en una escuela...

—Pero si incluso los elefantes tienen miedo de los ratones... —observó Puck.

Los gritos del corredor se habían apagado también y Navío exclamó riendo:

—¡Qué divertido ha sido ver a la señorita Holm saltar de ese modo...!

No tuvo tiempo de decir nada más, ya que la puerta se abrió y la pequeña silueta gordezuela de la señorita Holm apareció bajo el dintel. Su mirada era severa y su voz también.

—Puedo preguntar, señoritas, ¿cómo ha entrado aquí esa rata?

—Nosotras no lo sabemos —respondieron a coro las chiquillas. Y Puck añadió—. También hemos pasado mucho miedo...

—¡Hum! —exclamó la señorita Holm, echando una inquisidora mirada a su alrededor—. Con seguridad el señor Frederiksen os ha enseñado que las ratas domésticas son grises, las de los bosques de color marrón y las de los campos beige. ¡Pero la de ahora era blanca!

Las muchachitas no supieron cómo explicar aquello y la señorita Holm se despidió secamente:

—Es hora de acostarse. ¡Buenas noches!

Cuando hubo cerrado la puerta a sus espaldas, Puck estalló en risas ahogadas e Inger le preguntó:

—¿Qué te hace tanta gracia, Puck?

Puck tuvo que tomarse un tiempo antes de responder: Sólo conozco a una persona en el colegio que tenga ratas blancas... Y es Alboroto.

—¿Alboroto?

Sí... Y él nos ha declarado la guerra. Es decir, que la rata no ha llegado aquí casualmente. Y con seguridad no será éste el único ataque de ese chico lleno de imaginación...

Y Puck no se equivocaba.

- VII -

Los días siguientes, la «guerra» continuó, y los inventos de Alboroto siguieron obteniendo victorias. Los alumnos se divertieron en grande durante un recreo, viendo a Navío pasearse con un cartel en la espalda que decía: «Cuidado: ¡Muerde!».



Alboroto había conseguido colgárselo sin que la víctima se diera cuenta de ello. En la clase de caligrafía, las cuatro amiguitas hallaron agua en lugar de tinta en sus tinteros, y así sucesivamente... Ellas habían tomado la decisión de no inmutarse, en espera del momento propicio para vengarse de Alboroto y Cavador.

Las relaciones entre los habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas» no cesaban de mejorar de día en día; las discusiones, tan frecuentes antes, no se producían jamás en la actualidad. Las amiguitas se paseaban a menudo juntas por los bellos alrededores del

pensionado, pero resultaba evidente que Karen prefería más que cualquier otra cosa los paseos a solas con Puck.

La chiquilla solitaria, que por primera vez en su vida tenía una amiga, ocultaba mal su decepción cuando Puck hablaba de ir a cabalgar un rato con Annelise.

Aquella situación preocupaba a Puck, pero ella sostenía que Karen debía formar parte de «La Encina».

Una tarde, Annelise izó en la copa del árbol la urraca disecada que significaba reunión general en la madriguera y, finalizadas las clases, las cuatro muchachitas se encaminaron hacia allí. Puck había insistido en que Karen fuera también con ellas.

—Hoy serás admitida como miembro —dijo.

El rostro de Karen se iluminó con una amplia sonrisa, pero su voz resultó un tanto inquieta cuando preguntó:

—Es muy amable de vuestra parte... Pero ¿qué dirá Annelise? Me temo que no le resulto simpática...

—Ya se acostumbrará pronto —afirmó Puck, llena de confianza—. Es una chica muy buena y cordial... Sólo que un tanto consentida...

—¿Un tanto? —exclamó Navío, riendo—. Tienes siempre un modo encantador de decir las cosas, Puck.

Annelise puso bastante mala cara al ver llegar a Karen con las otras, pero Puck explicó:

—Karen viene para ser admitida al club «La Encina».

—Bueno —dijo Annelise, en tono reticente—. Después de eso ya no podremos admitir a ningún miembro más, ya que la madriguera quedará llena hasta los topes.

Karen abrió dos ojos como dos platos al entrar en la madriguera. Puck y Annelise habían pintado muy lindamente el interior; y la tarde antes, el administrador Jensen y algunos trabajadores de la granja habían cortado varios banquillos. Incluso consiguieron colocar en el centro una mesita redonda.

—¡Es extraordinario! —declaró Karen, con entusiasmo—. ¡Qué buena idea tuviste, Annelise!

De pronto, Annelise pareció mejor dispuesta para con Karen. Ésta miraba a través de la diminuta ventana y prosiguió, entusiasmada cada vez más:

—¡Y qué hermosa vista se disfruta desde aquí! Puede verse la explotación hortelana... El pensionado... La isla del Caballero Volmer... Y las ruinas...

Habiendo estado revolviendo en un rincón de la madriguera, Annelise sacó la sorpresa del día: frutas diversas, pasteles de almendra y limonada gaseosa. Dijo:

—He pensado que era necesario convocaros hoy para mostraros los nuevos muebles. A mí me parecen «simpatiquísimos»...

—¿Tu madre está contenta del mobiliario?

—¿Los muebles? Ah, sí... Pero ella teme que nos caigamos al trepar hasta aquí. ¿Os habéis caído alguna vez de un árbol?

—No...

—Yo tampoco. Vamos, a comer...

Annelise había olvidado ya las preocupaciones de su madre y en poco tiempo las cinco chiquillas dieron fin al festín, en aquel «sensacional» decorado que lo hacía todo aún más apetitoso.

El programa de la reunión tenía un solo artículo: ¿Qué había que plantar en el trozo de invernadero que el jardinero Piil les había otorgado? Puck, quien la víspera había estado inspeccionando el terreno, pensaba en las posibilidades múltiples que aquello ofrecía, ya que disponían de unos veinte metros cuadrados.

—En primer lugar deberemos limpiar la tierra. Hubo allí viñedos y antes de plantar algo más debemos quitar todas las raíces...

—¿Por qué darnos tanto trabajo? Hay jornaleros que pueden hacer eso por nosotras... —comentó Annelise.

—Será mucho más divertido si lo hacemos todo nosotras mismas.

Karen, que durante esta conversación había estado mirando a través de la ventanuca, gritó de pronto:

—¡Eh! Venid a ver eso...

—¿Qué ocurre? —gritaron las otras.

Karen tendió el dedo en cierta dirección.

—Alboroto y Cavador están en el invernadero... Y creo que se preparan para invadir nuestro terreno.

Sus compañeras, presas de curiosidad, estiraron los cuellos. En efecto, los dos muchachos se acercaban al terreno que Piil había otorgado a las ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas», y lo hacían

acompañados por el ayudante principal del jardinero, Anders.

—Me pregunto qué están tramando ese par...

—¡Barbaridades y sólo barbaridades! —respondió Puck convencida—. Anders les habrá hablado del terreno que Piil nos ha prestado... y ahí los tenemos preparándonos alguna broma.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Inger.

Puck reflexionó unos instantes antes de responder, con misteriosa sonrisa:

—¡Tengo un proyecto! Venid...

Intrigadas, las demás descendieron con ella del árbol. Cuando se hallaron a unos cincuenta metros del jardín, Puck les dijo animadamente:

—Aguardad aquí y tratad de que nadie os vea. Yo volveré dentro de unos segundos. ¡Nos reiremos con ganas!

Silenciosa como un gato, se encaminó hacia el invernadero. El horario de los trabajadores había concluido, así que no había ningún jardinero por los alrededores. Todo estaba silencioso y tranquilo.

Una vez llegada, la muchachita echó una rápida ojeada a su alrededor. Después cerró cuidadosamente la puerta del invernadero con el gran cerrojo que había en el exterior. ¡Los dos muchachos quedaron encerrados dentro!



Regresando rápidamente al lugar donde estaban sus amigas, les

anunció el éxito de su expedición y todas exultaron de alegría. Puck dijo:

—Venid ahora. Vamos a ver qué es lo que estaba tramando ese par ayudados por Anders.

Un instante después, las muchachitas se encontraban delante del invernadero, donde Alboroto y Cavador parecían estar muy ocupados en un rincón, mientras Anders les contemplaba riendo. Puck golpeó alegremente el cristal y las tres sorprendidas cabezas se giraron hacia ellas.

—¡Hola, chicos! —gritó Puck, encantada—. ¡Qué amable de vuestra parte querer ayudarnos a limpiar nuestro terreno! Hay muchas raíces que precisan ser sacadas y luego hay que labrar un poco... Podéis seguir trabajando...

Anders se precipitó hacia la puerta y volvió en seguida; con una expresión apenada, anunció que la puerta estaba cerrada con cerrojo por el exterior. Aquella noticia no gustó demasiado a los chicos, y Alboroto gritó en tono de reproche:

—¿Por qué nos habéis encerrado?

Las muchachitas rieron de buena gana y Puck respondió:

—Para que podáis trabajar tranquilamente. Volveremos dentro de una hora poco más o menos. Si para entonces quedamos satisfechas de vuestro trabajo y si, además, nos prometéis cinco helados en la pastelería Bose, os dejaremos salir. ¡De lo contrario, pasaréis una noche en el invernadero!

Cavador se acercó al cristal y gritó:

—Déjanos salir ahora mismo e iremos juntos a comer los helados en la pastelería Bose...

—¿Llevas dinero encima? —preguntó Puck en un tono inquisidor.

El muchacho sacó de su bolsillo unas monedas que sumaban treinta pesetas, y Puck asintió con un gesto de cabeza.



—Perfecto, Cavador. Pásalo por debajo del tubo de ventilación y nosotras iremos a comprarnos los helados. Volveremos en seguida... y, si entonces habéis llevado a cabo vuestro trabajo de un modo satisfactorio, os dejaremos en libertad.

—¡Jamás de los jamases! —gritó Alboroto con furia—. ¡Antes que nada tenéis que abrírnos!

Puck rió abiertamente:

—Pero, querido Cavador... No vayas a creer que estáis en condiciones de poner peros, por el momento. Si no hacéis lo que os decimos, nos vamos... y ya nos veremos a la vuelta.

Hizo un signo a sus amigas, y todas juntas empezaron a alejarse. Cavador comprendió que no se trataba de ninguna broma y gritó:

—¡No, espera un segundo, Puck! Toma el dinero... Y pasó por el agujerito las monedas. Puck le embromó amablemente:

—Muy bien, Cavador. Ahora vamos a relamernos con los helados... Y en vuestro propio interés os aconsejamos que pongáis manos a la obra. Volveremos dentro de una hora. ¡Hasta la vista, queridos amigos!

Las muchachitas se alejaron riendo alegremente y dirigiendo signos de adiós a los chicos, que dentro del invernadero quedaban rabiando...

Pasaron un rato agradable en Oesterby, en la pastelería de Bose, un hombre gordo y buenazo que resoplaba como una ballena. Tenía un amplio repertorio de helados donde escoger, así como refrescos, y en su establecimiento los alumnos del pensionado obtenían fácilmente un crédito de hasta diez pesetas. Bose sabía perfectamente que el director Frank desaprobaba aquello, opinando que los alumnos debían aprender a arreglárselas con el dinero de bolsillo reglamentario... Mas Bose tenía la debilidad de creerse un «gran amigo» de los niños por el hecho de darles crédito. Con seguridad no había perdido jamás ni un céntimo con aquellos préstamos.

En el camino de regreso, Annelise preguntó:

—¿Irás a mi casa esta noche, Puck?

—No, gracias, Annelise —respondió Puck, después de una furtiva ojeada en dirección a Karen—. Después de cenar, preferimos dar un paseo corto por el bosque del Oeste. Pero tú puedes ir con nosotras, si quieres...

—No, no me apetece —respondió brevemente Annelise—. Haz tú lo que quieras...

Cuando llegaron a la altura de la Gran Granja, se despidió bruscamente de sus compañeras, y apresuró el paso hacia su casa. Con menos alegría que hasta entonces, las demás prosiguieron su camino en dirección al invernadero.

Karen observó con dulzura:

—Tal vez debiste aceptar su invitación, Puck..., Annelise se ha quedado muy decepcionada.

—No tenemos por qué hacer siempre su voluntad —respondió Puck simplemente.

Unos instantes después, las muchachitas estaban de nuevo junto al invernadero y echaban una ojeada al interior. El pedazo de terreno aparecía limpio y un buen montón de raíces habían quedado amontonadas a un lado.

—¡Buen trabajo, muchachos! —les gritó Puck—. Acercaos a la puerta. Vamos a abriros.

Fueron tres cariacontecidos muchachos los que salieron del invernadero, en tanto que las chiquillas se divertían enormemente. El ayudante del jardinero desapareció en silencio y los seis alumnos

emprendieron juntos el camino hacia el colegio.

De pronto, Alboroto se detuvo y empezó a reír. Los demás le miraron con sorpresa. Al cabo, él consiguió balbucir:

—Con franqueza, Puck... Habéis conseguido una victoria, tus amigas y tú. ¿Por qué no firmamos una honrosa paz? Cavador y yo reconocemos nuestra derrota...

—Pero tú me debes quince pesetas —interrumpió Cavador.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Acaso no he pagado yo treinta pesetas para helados? —Sí...

—Bien, pues, nos tocan quince a cada uno.

—No —respondió Alboroto—. Tú se los has dado a ellas por propia decisión, sin consultarme.

—¡Avaro...! —murmuró Cavador.

Riendo, Puck trató de restablecer la armonía. Le constaba que Alboroto pagaría las quince pesetas a su compañero, pero, por el momento, se divertía haciéndole enojar... ¡Pequeña satisfacción en medio de su gran derrota!

—¡Bien, basta de historias de dinero! —declaró ella alegremente—. Estamos contentas de que Alboroto haya reconocido que hemos ganado y estamos dispuestas a negociar la paz. ¿Verdad que sí, amigas?

—Sí —respondieron las tres muchachitas a coro.

—Bien —dijo Alboroto—. Firmemos la alianza de la No Agresión. ¿Por cuánto será válida?

—Hasta fin de mes —respondió Puck—. ¡Bastante difícil os será portaros bien hasta entonces!

—Lo intentaremos —prometió Alboroto formalmente—. ¿No eres de mi opinión, Cavador?

—Síiii —concedió Cavador—. Pero tú me debes quince pesetas...

- VIII -

El propietario de Oestergaard, señor Holm, se hallaba en Copenhague. Había vendido un importante negocio industrial para comprar aquel bello dominio, situado al este del lago Ege.

Era un hombre esbelto y elegante, que podía parecer a veces un tanto desdeñoso. La señora Holm, siempre vestida a la última moda, hacía venir sus trajes de París y gastaba una pequeña fortuna en cuidados de belleza. Naturalmente, Annelise la encontraba extraordinaria, pero la señora no disfrutaba del afecto de las gentes de la comarca. Había sido especialmente por ella que su marido había comprado la propiedad, ya que sus nervios exigían calma y reposo.

Una sola cosa le impedía tener una tranquilidad completa en Oestergaard: la isla del Caballero Volmer. Siete u ocho familias de urracas habían instalado sus nidos en las viejas encinas de la isla y efectuaban frecuentes incursiones a Oestergaard. La sobrina del señor Holm —Jytte Holm— era profesora de danés y de caligrafía en el pensionado de Egeborg. Era joven y bonita, y la llamaban la «Pequeña Holm» para distinguirla de la «capitana de corredor» que llevaba el mismo nombre. Todos los alumnos la querían y, naturalmente, participaba en todas las fiestas dadas por su tío.

Como de costumbre, los alumnos y el personal de enseñanza fueron invitados para la gran fiesta de otoño de Oestergaand, fiesta a la que los Dreyer asistieron también.

Todo el mundo se divertía mucho.

El inmenso hórreo estaba adornado por banderas y guirnaldas; y grandes cantidades de aperitivos llenaban las mesas. Seis músicos

alegraron con sus interpretaciones la hora de la comida y, en cuanto las mesas fueron apartadas a un lado, empezaron a tocar bailables.

Cuando los alumnos estaban cansados de bailar, podían retirarse al gran salón de verano de la casa, donde se les servían refrescos y frutas.

Puck, Inger y Navío se sentaron en una mesita en un rincón de aquel salón, en tanto Karen y Annelise habían subido al primer piso a peinarse un poco. Navío dijo con cierta inquietud:

—Mientras no se arranquen el moño esas dos...

Inger respondió con algunas palabras tranquilizantes, pero su voz no parecía muy segura.



En aquel momento, Karen bajó del piso y tomó asiento alrededor de la mesita. Se había divertido mucho más que en el baile de La Gran Granja. Su expresión alegre y feliz así lo testimoniaba.

—Apenas has parado de bailar hoy, Karen —preguntó Puck, sonriendo—. ¿Te gusta?

—Sí, «ahora sí» —respondió Karen—. Antes no me gustaba demasiado... Y además los chicos no querían bailar conmigo tampoco...

—Sin embargo, bailas estupendamente —observó Inger.

—Oh. Ni mejor ni peor que las demás —dijo Karen.

Y su voz parecía volver a tener viejos reflejos de su pasada

melancolía.

Poco después Annelise bajó a su vez, y las muchachitas pasaron una media hora juntas. Annelise hacía grandes esfuerzos para no mostrar su hostilidad a Karen, y apenas lo conseguía.

De repente la señora Holm entró en el salón y se dirigió hacia su marido, que conversaba con el señor Dreyer. Estaba tan conmovida y hablaba tan alto que las chiquillas no pudieron dejar de oír sus palabras:

—Te lo repito, William. El broche estaba en el estuche hace sólo una hora y ya no está allí.

—¿Dónde está el estuche? —preguntó el señor Holm, que tomaba las cosas con mucha más calma.

—Junto a mi ventana...

—¿Estaba la ventana abierta?

—Sí, pero la joya no puede haber caído fuera... Y un ladrón, desde el exterior, no habría podido alcanzar una ventana del primer piso.

—¿No habrá usted puesto ese broche en otro lado, señora Holm? —preguntó el director.

—¡Desde luego que no! —respondió la dueña de la casa, en tono contrariado—. Antes de arreglarme frente al espejo, coloqué el estuche en el alféizar. Y el broche de brillantes estaba dentro. Hace unos minutos, cuando he subido para poner el estuche en mi secreter, ¡había desaparecido! Hay que telefonar inmediatamente a la policía de Sundkoebing...

—Hum —murmuró el señor Holm—. No tengo ningún deseo de recibir a la policía aquí en el transcurso de la fiesta de otoño. ¿Has interrogado a las camareras?

—Si pero no saben nada... Y además ya sabes que podemos confiar en ellas. Pero hay unas niñas que subieron al primer piso... Por lo tanto... tal vez... «ellas» han visto algo, algo que puede darnos una pista...

—¿Quién ha subido al piso?

—Annelise y una alumna de Egeborg.

—¿Quién?

—Yo —respondió Karen, levantándose, con el rostro rojo de indignación—. Pero no he robado el broche...

—¡Y yo tampoco, desde luego! —declaró Annelise. El director Frank las hizo callar:

—¡Bien, bien, hijitas! Nadie os acusa de una cosa tan horrible. Toda la cuestión está en saber si habéis visto a alguien desconocido... o bien conocido... cuando estabais arriba...

—Yo únicamente he visto a una doncella —respondió Karen brevemente.

—Yo a nadie —declaró Annelise.

Esta última parecía tomarse la situación con una gran tranquilidad, en tanto Karen se sentía muy enervada. Ella tenía la impresión de ser sospechosa y eso era más de lo que podía soportar su vulnerable corazón.

Repitió, en voz velada:

—¡Yo no he robado nada!

Frank le dio un golpecito amistoso en la espalda.

—Nadie te acusa, Karen... Y por otra parte yo te conozco...

—¡Es preciso llamar a la policía por teléfono! —interrumpió la señora Holm.

El hacendado acabó por consentir en ello, un poco a regañadientes, y una media hora más tarde el comisario Puolsen llegó en automóvil. El señor Holm le dijo:

—Es un asunto bastante enojoso, Puolsen, y nos complacería poder esclarecerlo pronto... Le ruego que actúe con la máxima discreción posible, a fin de que la atmósfera de la fiesta no se vea perturbada.

Puolsen se conformó escrupulosamente a los ruegos del señor Holm, pero el resultado de la encuesta fue negativo. Interrogó a todos los que se hallaban en aquella parte del edificio, inspeccionó la habitación de la señora Holm a lo ancho y a lo largo y finalmente descendió hasta el jardín para observar al pie de la ventana abierta. Este último examen lo hizo por puro formulismo, ya que era del todo imposible que el ladrón hubiera subido por allí. En todo caso, hubiera precisado una escalera. No, el culpable debía de hallarse en la casa. Pero ¿quién era?

Annelise y Karen debieron mostrar el contenido de sus bolsos.

El comisario afirmó que se trataba de puras formalidades, pero que no le quedaba otro remedio que sujetarse a ellas. El valioso

broche de diamantes parecía haber sido tragado por la tierra.

En un momento dado, Puolsen se volvió hacia Puck, bromeando, y dijo:

—Y bien, pequeña detective, ¿no tienes alguna idea, tú que tan hábil te mostraste en el asunto del guardabosques Bang?

Puck sacudió tristemente la cabeza.

—Esta vez no puedo serle útil, señor Puolsen... Pero tal vez se me ocurra algo más adelante...

—Cualquier ayuda será bienvenida —aprobó el comisario Este asunto parece muy misterioso... Y ¿saben qué pienso?

—No...

Puolsen echó una furtiva mirada a su entorno y prosiguió voz baja:

Que esto quede entre nosotros. Pero tengo la impresión de que una de tus amiguitas está implicada en esta historia...

—¡Imposible! —interrumpió Puck—. Ni Karen ni Annelise descenderían jamás a una cosa tan fea... Y, además, ¿por qué razón lo harían?

Puolsen se encogió de hombros.

—Annelise dispone, desde luego, de tanto dinero como quiere. Pero ¿y Karen?

—¡Karen es la más honrada muchacha de la tierra! —respondió Puck con ardor—. Y es muy poco amable de su parte sospechar de ella.

—Cálmate, amiguita —respondió tranquilamente Puolsen. Nosotros, los policías, nos vemos obligados a sospechar de las personas que, según la lógica, han tenido ocasión de cometer el delito...

Reflexionó un instante antes de proseguir:

—Annelise y Karen ¿son buenas amigas?

La pregunta despertó una terrible duda en el ánimo de Puck, la cual tuvo gran dificultad en responder:

—Somos todas... buenas amigas...

—¡Hum! —exclamó solamente Puolsen, observando a la muchachita de manera escrutadora—. Para cometer un robo, puede haber motivos diferentes a los de enriquecerse... Puck se hallaba de un muy sombrío humor al regresar junto a sus compañeras. No

podía olvidar las palabras del comisario, que habían despertado en su ánimo una sospecha terrible. Annelise y Karen se detestaban... Eso era algo evidente Y ¿si alguna de ellas había tomado el broche para hacer recaer la culpa en la otra?

Puck se sentía avergonzada de sus propios pensamientos, no conseguía rechazarlos.

No, Karen jamás haría una cosa semejante... Pero ¿y Annelise? La hija del rico señor Dreyer estaba tan acostumbrada a imponer su voluntad que sería capaz de todo con tal de derribar la menor oposición.

Puck apenas habló durante el camino de regreso. Se sentía profundamente desdichada, ya que las dudas la atormentaban.

Annelise y Karen habían subido juntas al primer piso... ¡No, no quería pensar en ello!

Puck se sintió de nuevo furiosa consigo misma. Era horrendo sentirse sacudida por semejantes dudas. Pero en sus oídos no cesaban de resonar las palabras del comisario Puolsen: «Pueden existir otros motivos para un robo que no sean los de enriquecerse».

Por mucho que la policía trabajó para averiguar el asunto, no pudo aclararlo y el robo poco a poco pasó a ocupar un segundo plano. ¡Había tantos otros objetos de interés!

Pero Puck no lo olvidaba. Con frecuencia se moría de deseos de hablar de ello a Annelise y a Karen, pero siempre acababa por renunciar a ello.

¿Cómo iniciar una conversación semejante? Era del todo inconcebible acercarse a una de ellas y preguntarle: «¿Robaste tú el broche?».

El humor de Puck se resintió de aquella tensión. En clase, experimentaba dificultad en concentrarse, y los profesores se daban cuenta de ello. Al menos, Puck tuvo noticias de que el director y su esposa lo habían notado. Una tarde en que la muchachita atravesaba el vestíbulo, vio la puerta del salón abierta y cómo la señora Frank tocaba el piano.

A pesar de su ánimo apagado, Puck se detuvo a escuchar. Bruscamente la música cesó y la señora Frank apareció en el umbral

de la habitación.

—¿Te gusta la música de Rossini?

—¿Era Rossini? —repitió Puck, para quien el nombre de aquel músico resultaba poco familiar.

—Sí. Estaba tocando un trozo de una ópera titulada La urraca ladrona, cuyo autor es este gran compositor italiano.

—¡Curioso nombre para una ópera! —observó Puck.

—Entra un momento, Bente —dijo la señora Frank—. Quisiera hablarte un poco.

Cuando Puck hubo entrado, la esposa del director cerró la puerta y preguntó:



—¿Cómo van tus cosas, Bente?

—Bien, gracias...

—Pues a mí me parece inquieta, preocupada... ¿Sigues habiendo enemistad entre Annelise y Karen?

—Sí... Tal vez... Un poco...

—Bien... Y eso es lo que te pone de mal humor, ¿verdad? He sabido que la semana pasada tus notas no fueron demasiado buenas, y eso es una lástima, Bente, ya que tú eres una chica lista, incluso

muy lista, podemos afirmarlo sin titubeos. Si tú y yo reflexionáramos un rato juntas, ¿no crees que podríamos llegar a encontrar la solución?

Puck tenía grandes deseos de confiar sus sospechas a la esposa del director; y ya estaba a punto de decírselo todo, cuando una idea le cruzó la mente como un relámpago. Se quedó inmóvil un instante y luego gritó:

—¡Repámpanos!

La señora Frank se quedó boquiabierta ante semejante exclamación y no acertó a decir nada. Pero Puck prosiguió en el mismo tono exaltado:

—Y pensar que no se me había ocurrido antes...

—¿El qué?

—Ah, algo que...

Puck se quedó un tanto turbada. Después, en voz más calmada, prosiguió:

—Le pido mil perdones, señora Frank, pero he tenido una repentina idea... Tal vez sea algo loco, pero necesito comprobarla... ¿Puede usted darme permiso para ir a la isla del Caballero Volmer con dos de los muchachos?

—¿A la isla del Caballero Volmer? —repitió la señora, cada vez más sorprendida—. ¿Qué piensas hacer allí?

—También quisiera pedirle permiso para no explicar nada antes de que esté de regreso —rogó Puck—. Ya sé, señora, que todo esto resulta un tanto extraño, sin pies ni cabeza. Y quizá lo sea... Pero quizá no, y todo dé, entonces, un resultado excelente.

—La última vez, no tuviste mucha suerte en la isla —observó la esposa del director, sonriente—. Pero no insisto más, Bente. Si puedes convencer a dos muchachos para que te acompañen en barca, te permito ir. ¿A quién piensas pedirselo?

—A Alboroto y Cavador.

—¡Ese par de locuelos! —exclamó la señora—. Pero debo reconocer que, si bien les gusta divertirse, saben ser razonables cuando la ocasión lo requiere. Puedes ir con ellos, Bente. Después ven a contarme todo lo que haya ocurrido. Debe de tratarse de algo verdaderamente emocionante.

—Es mucho más que emocionante —respondió Puck,

despidiéndose vivamente de la señora Frank.

Se precipitó hacia la explanada que había frente al edificio principal del colegio y pronto localizó a sus dos compañeros. Su nerviosismo era tan grande que apenas podía hablar.

—Escuchadme, Alboroto y Cavador... Nosotros ya enterramos el hacha de guerra, ¿verdad?

—Sí, claro... Hasta nueva orden... —respondió Alboroto—. ¿De qué se trata?

—¿Queréis llevarme hasta la isla del Caballero Volmer? Los dos muchachos la miraron con la boca abierta de pura sorpresa. Y Alboroto preguntó:

—Pero ¿qué quieres hacer en la isla? ¿Tienes intención de coleccionar hierbas?

—Ya os lo diré cuando estemos allí.

—Okay —respondió Alboroto—. Pero no podemos tomar la barca sin pedirle permiso al director.

—Se lo he pedido a la señora Frank, que es lo mismo. ¡Vamos, vamos pronto!

Diez minutos más tarde, una de las barquichuelas abandonaba el embarcadero. Alboroto y Cavador llevaban los remos, en tanto Puck permanecía sentada en popa muy silenciosa. Los dos chicos eran excelentes remeros y avanzaban velozmente por el quieto espejo del lago. La curiosidad los devoraba. Se preguntaban qué nueva fantasía se le había ocurrido a Puck. En cuanto la embarcación tocó la orilla, Alboroto declaró:

—¡Ahora insistimos en saber de qué se trata!

Y Cavador, lleno de súbita desconfianza, preguntó:

—Oye, pequeña Puck, espero que no se trate de una apuesta...

—¡Nada de eso! —afirmó rotundamente Puck—. ¿Sois ambos diestros en trepar a los árboles?

—¡Muy diestros! —aseguró Alboroto.

Puck hizo un gesto de satisfecho asentimiento y prosiguió:

—Pues bien, subiréis a inspeccionar los seis o siete nidos de urracas que hay en la isla...

—¿Nidos de urracas? —interrumpió Cavador, atónito—. Y ¿qué debemos buscar? Los nidos de urracas sólo contienen urracas, ¿sabes? Y además en cuanto nos vean huirán rápidamente. ¿Acaso

deseas tener una urraca disecada?

Puck rió:

—Desde luego que no, ya que la caza está prohibida en la isla. Pero quiero que observéis bien todos los nidos. ¡Y no digo más por el momento!

—¡De acuerdo! —respondió Alboroto, sacudiendo la cabeza—. Según veo, Cavador, nuestra amiguita Puck tiene un cerebro un tanto excéntrico... Y según dicen, no hay que contrariar a... esa clase de gentes.

Cavador observó a Puck con aire desconfiado.

—¿En verdad no estás tramando algo contra nosotros, Puck?

—¿Qué?

—No sé. Tal vez piensas huir cuando estemos en lo alto de un árbol, llevarte la barca y dejarnos solos...

Puck tendió la mano.

—¡No estoy tramando nada! ¡Palabra de honor!

Aquella garantía fue suficiente para los dos muchachos. Unos minutos después, los dos trepaban a la primera encina, donde había dos nidos de urraca, que inspeccionaron cuidadosamente sin hallar nada. Exploraron también el árbol siguiente mientras Puck permanecía al pie del tronco.

Súbitamente oyó la voz de Alboroto exclamar, incrédulamente:



—¡No! Eso es increíble... Fabuloso...

—¿Qué ocurre? —gritó Puck, casi paralizada por la emoción.

—Espera a que descienda —le gritó Alboroto—. ¡Te desmayarás de sorpresa! Y tú, Cavador, ¿has encontrado algo?

—No —respondió éste.

—Bajemos en seguida.

Un instante más tarde, ambos chicos pusieron pie en tierra. Alboroto mostró lo que había encontrado, con teatral gesto: tres monedas de cinco pesetas, un anillo de oro y... ¡un broche de brillantes!

—¿Habéis visto nunca algo semejante? —gritó—. ¡Todo esto estaba allá arriba, dentro del nido!

¡El broche de diamantes!

Puck lo miraba, sin casi atreverse a creer en sus ojos; estuvo a punto de ponerse a llorar de alegría, pero se contentó con decir:

—¡El broche de brillantes! Era eso exactamente lo que yo había supuesto. ¡Gracias mil veces!

—Bien, ¿no crees que ha llegado el momento de darnos una explicación? —dijo Alboroto—. Ya ha durado bastante tu papel de dama misteriosa. ¿Sabías que el broche estaba en el nido?

—Había esperado que estuviera... —dijo Puck, radiante—. Y voy a explicaros por qué. Como sabéis, la señora Holm está siempre quejándose de las urracas que vienen de esta isla...

—Sí, lo hemos oído decir...

—Y, naturalmente, os acordáis también de que su broche desapareció de una manera bastante misteriosa durante la fiesta de Otoño.

—Sí... ¡Qué historia!

—Esta preciosa joya —prosiguió Puck— se encontraba cerca de una ventana abierta en el momento de su desaparición. La ventana era del primer piso, por lo cual era imposible que lo hubiera robado alguien venido de fuera... ¡Pero una urraca sí podía!

—De acuerdo —dijo Cavador—. Pero ¿cómo lo has descubierto?

—Por pura casualidad —reconoció Puck, honradamente—. Cuando, hace poco, pasé por delante del salón de la señora Frank, ésta estaba tocando al piano una ópera titulada La Urraca ladrona, de Rossini... Pues bien... entonces... ¡la idea me ha venido de repente! Como sabéis las urracas se llevan a sus nidos todo lo que

brilla... y los diamantes brillan extraordinariamente a la luz del sol.

—¡Como deducción, es formidable, Puck! —declaró Alboroto, con admiración ¡Eres extraordinariamente astuta, chica! Me postro humildemente ante ti, arrastrándome por el polvo del suelo...

—Será mejor que lo dejes correr —dijo Puck riendo—. Ya te has ensuciado bastante trepando a los árboles. Lo mejor que podemos hacer los tres es volver al colegio lo antes posible.

Durante el viaje de regreso a través del lago, Puck apenas conseguía dominar su alegría. ¡Ah! ¡Qué maravilloso era saber que Karen y Annelise estaban fuera de la menor sospecha...! ¡Rossini era un compositor adorable!

A su llegada al pensionado, el rumor se propagó como un reguero de pólvora y Puck, naturalmente, se convirtió en la heroína del día, pero eso no pareció conmoverla demasiado. Corrió directamente al despacho del director, donde encontró al matrimonio Frank enzarzados en animada conversación. Puck contó en pocas palabras lo que había ocurrido, y la esposa del director le rindió homenaje, diciendo:

—Yo soy de la opinión de que no hay que prodigar alabanzas a los alumnos, ya que son pocos los que pueden recibirlas sin vanagloriarse. Pero por esta vez voy a hacer una excepción: has sabido emplear tu mente, Bente, y lo has hecho de un modo notable...

—Gracias a usted, señora —respondió modestamente Puck.

—¿A mí? —se extrañó la joven señora, muy asombrada. Puck hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Yo ya sabía que las urracas son ladronas, pero no había pensado en ello hasta que usted me ha dicho el título de la obra que estaba interpretando al piano: La Urraca ladrona... De lo contrario la idea no me habría venido al pensamiento...

El director rió con ganas.

—Rossini fue un hombre muy querido en su tiempo, pero me parece que aquí va a serlo también ahora...

Examinó cuidadosamente el precioso tesoro acumulado en el nido y se sintió particularmente interesado por el anillo de oro. Después de haber leído la inscripción que tenía grabada en su interior, se volvió hacia su mujer y le dijo, sonriendo:

—Conozco a un tal profesor Frederiksen que se sentirá dichoso de recuperar un anillo que perdió hace tiempo... ¿No recuerdas que le desapareció de un modo bastante misterioso el curso pasado?

—Sí. Y Bente será la encargada de devolvérselo —dijo la señora Frank sonriendo—. Será una manera de disculparse por las malas notas que ha tenido últimamente.

—Comprendo lo que estás pensando —dijo el director, poniéndose grave—. Bente conservará las malas notas acumuladas, aun cuando haya encontrado el broche y aun cuando devuelva el anillo al profesor Frederiksen. ¡Una cosa nada tiene que ver con la otra!

—Yo soy también de la misma opinión —aprobó Puck, con las mejillas arreboladas—. He merecido malas notas, pero...

—¿Qué quieres decir, Bente?

Puck dudó un poco:

—Pues que... si hubiera podido encontrar el broche antes...

Puck se turbó de nuevo y los esposos Frank intercambiaron miradas de comprensión. Empezaban a darse cuenta de la verdad. Comprendían que el «robo» de Oestergaard había producido en la muchachita una impresión tan fuerte que había sido la causa de sus malas notas. Pero ninguno de los dos dijo nada al respecto. A Bente Winther y sólo a ella correspondía decidir si abriría más su corazón o si se reservaba en su interior algún detalle.

El director Frank telefoneó a continuación a Oestergaard y contó lo que habían encontrado en el nido de la urraca. La señora Holm se sintió loca de alegría y anunció su inmediata visita en compañía de su marido.

Veinte minutos después llegaron y en un gesto ampuloso la señora Frank señaló a Puck.

—He aquí la muchachita que lo ha encontrado.

La señora Holm estrechó la mano de Puck diciendo:

—Te lo agradezco mucho, amiguita. No puedes imaginarte lo feliz que me siento ya que este broche es un antiguo recuerdo de familia. ¿Qué quieres como recompensa?

—¡Absolutamente nada! —respondió Puck, intimidada.

—¿No quieres nada? —insistió la esposa del rico hacendado, incrédula—. Pero ¿por qué?

Una breve sonrisa se dibujó en los labios de Puck, mientras respondía:

—No... Ya he tenido una recompensa suficiente... ¿Puedo irme, señor director?

El director asintió, amablemente, y Puck se despidió cortesmente. Cuando se hubo marchado, el señor Holm sacudió la cabeza con expresión asombrada y observó:

—¡Una chiquilla curiosa, Frank!

—No tan curiosa como usted supone, Holm, créame —respondió el director con una ligera sonrisa—. Creo adivinar a lo que se refiere cuando habla de que ya ha obtenido su recompensa. Es una muchachita notablemente buena e inteligente... Una de nuestras mejores alumnas.

El propietario sacó su cartera y colocó tres mil quinientas pesetas sobre la mesa:

Comoquiera que sea, yo deseo probar mi agradecimiento de una u otra manera y usted decidirá de qué forma emplear ese dinero. Dé a los alumnos la posibilidad de organizar una fiesta... O cualquier otra cosa...

—Ya se me ocurrirá algo —dijo el señor Frank—. Bente prefiere siempre compartir sus alegrías con los demás.

Mientras tanto, Puck había subido al «Trébol de Cuatro Hojas», donde Karen estaba estudiando sus lecciones. Con gran entusiasmo, Puck le contó lo que habían hallado en la isla. Cuando hubo acabado, Karen le dijo en un tono un tanto asombrado:

—Me siento bastante contenta de que este asunto se haya solucionado... Pero no comprendo cómo tú te sientes tan enormemente feliz por ello...

—¿De veras? —gritó Puck, radiante.

—No...

Bruscamente, Puck comprendió que era natural que Karen se sintiera sorprendida de la alegría que ella sentía. ¡Karen ignoraba que había estado pesando sobre ella una terrible sospecha!

—¿Quieres que demos un paseo por el bosque?

Karen se levantó rápidamente. Cerró su libro y respondió con una amplia sonrisa:

—¡Sí! ¡Claro que quiero, Puck! ¡El bosque está tan hermoso en

esta época!

Unos diez minutos después, las dos muchachitas se paseaban con las manos enlazadas por el senderillo que bordeaba el lago Ege. Puck pensaba que aquél había sido uno de los más bellos días vividos en el colegio.

- IX -

Al día siguiente, unos momentos después de finalizadas las clases, Navío llegó corriendo al Trébol de Cuatro Hojas, donde las demás se hallaban ya reunidas, y gritó:

—¡La señal ha sido izada en La Encina! ¡Hay reunión!



E inmediatamente las cuatro muchachitas se pusieron en camino hacia La Gran Granja. Annelise las aguardaba al pie del árbol. Contra toda previsión, se hallaba de excelente humor.

—¡Vaya! Habéis venido rápidamente. Tenemos muchas cosas que hacer. ¿Queréis té y pasteles de confección casera o preferís trepar en seguida a la madriguera? Yo hubiese querido tener un fogón de alcohol arriba, pero mamá no lo ha permitido. ¡Qué le vamos a hacer! No os apetece el té, ¿verdad? Arriba, en la

madriguera, hay una caja entera de melocotones.

—Perfecto —respondió Puck, trepando por la escalerilla. Era la respuesta más cómoda para cuando Annelise disparaba su andanada sin fin de preguntas.

Una vez en la madriguera, la jovencita Dreyer distribuyó generosamente sabrosos melocotones; después dijo:

—Vuestras vacaciones de otoño comienzan el sábado y tengo una idea formidable. Papá debe ir en coche hasta Jutland y podrá llevarnos a algunas de nosotras...

—¿Algunas? —repitió Puck, que se mantenía alerta—. ¿Todas no?

Annelise sacudió la cabeza.

—Sólo hay sitio para cuatro personas en el coche... Inger, que ya estaba viendo a dónde quería ir a parar Annelise, la interrumpió:

—Es muy amable por parte de tu padre, Annelise... Pero ya tenemos hechos nuestros planes para las vacaciones.

—¡Pues los cambiáis y en paz! —declaró Annelise—. Yo quiero que tú vengas conmigo, lo mismo que Navío y Puck. ¡Nos divertiremos en grande! Y papá correrá con todos los gastos.

Karen había palidecido, sus labios temblaron de manera inquietante. Puck se dio cuenta de ello y, muy enojada, se volvió hacia Annelise.

—¡Somos cinco los miembros de este club, y o bien iremos todas... o nosotras nos quedaremos en el colegio!

—¡Estoy en mi derecho al elegir a quién debe ir en el coche, puesto que es de mi padre! —gritó Annelise, irguiendo la cabeza.

—En tal caso, vete tú con tu padre —le aconsejó Puck. Al menos yo, no pienso ir si no vamos todos los miembros del club.

—¡Y yo tampoco! —dijo Navío.

Inger no dijo nada; miraba gravemente a sus amigas y la expresión de sus ojos era suficientemente elocuente. Karen luchaba valientemente, pero no pudo evitar el derramar algunas lágrimas, que se deslizaron en silencio por sus mejillas.

—¿Por qué lloriqueas? —gruñó Annelise—. Puedes ahorrarte el trabajo de disgustarte, ya que todas se ponen de tu parte. Será mejor que vuelvas al colegio y vayas a lloriquear en la falda de la señora Frank.

Temblando de pies a cabeza, Karen se levantó para abandonar la madriguera, pero Puck la retuvo.

—¡Nada de eso, Karen! Tú eres miembro de este club igual que nosotras y Annelise no tiene ningún derecho a echarte.

—¡Claro que sí! —exclamó Annelise, con énfasis—. Mi padre ha pagado esta madriguera, por lo tanto a mí me corresponde decidir quién debe venir a ella y quién no...

—¡Mi padre ha pagado, mi padre ha pagado...! —gritó Puck, enfadada—. ¡Sólo oímos hablar de lo que tu padre ha pagado! Yo empiezo ya a estar cansada de esa tonadilla...

—En tal caso, no tienes más que irte...

—¡Es lo que voy a hacer! —respondió Puck, levantándose, Ah, cuánta razón tiene mi padre cuando dice que no todo puede comprarse con dinero... ¡Adiós, Annelise!

Puck descendió rápidamente de la madriguera. Karen y Navío la siguieron; en cambio Inger se retrasó un poco. Puck comprendió que la sensata y pacífica Inger estaba tratando hacer entrar en razón a Annelise.

De regreso al pensionado, Karen lloró un poco y Navío la consoló diciendo:

—Francamente, Karen con frecuencia he pensado que tú tenías un carácter bien difícil, pero ahora veo que hay quien te gana y mucho...

—Tiene muchas cosas buenas —dijo Puck, que ya se había tranquilizado y quería ser justa con Annelise—. Es muy generosa y da sin medida...

—Sí... puede hacerlo, puesto que, como ella misma dice, es su padre quien paga —murmuró Navío con desdén.

Karen estrechó las manos de sus compañeras y dijo en un tono indeciso:

—Habéis sido extraordinariamente amables conmigo hoy... y yo... no lo olvidaré jamás.

Las tres amigas aguardaron una hora y media en el «Trébol de Cuatro Hojas» a que Inger regresara. Cuando ésta llegó, parecía muy seria. Se sentó en el borde de su litera y Navío, llena de curiosidad, le preguntó:

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué ha pasado?

Inger sacudió la cabeza descorazonada.

—No he conseguido hacerla entrar en razón. Apenas habías abandonado la madriguera, cuando ella descendió a su vez y se precipitó al encuentro de sus padres, a quienes hizo una terrible escena. Por una vez, el señor Dreyer se enojó y la mandó a la cama... Después yo he hablado un rato con sus padres. Ambos estaban muy disgustados por lo que había ocurrido... El señor Dreyer ha declarado que una conducta semejante no podía tolerarse y que este estado de cosas va a acabar.

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó Navío.

—Él me ha explicado que Annelise era demasiado consentida por el hecho de ser hija única y que estaba decidido a ponerla en un pensionado...

—¡Ah, bien! —gritó Navío, asustada—. Mientras no sea en Egeborg...

Inger inclinó la cabeza.

—Sí... El señor Dreyer vendrá mañana a hablar con el director.

—¡Terrible, terrible! —gimió. Navío, derrumbándose en una silla—. Dentro de quince días estaremos todos locos perdidos, tanto profesores como alumnos. Compadezco a las pobres chicas que tengan que compartir la habitación con ella.

Puck no pudo dejar de intervenir:

—¡No dramatices tanto, Navío! Tengo la impresión de que Annelise cambiará rápidamente cuando se vea obligada someterse a la disciplina de Egeborg y a seguir el reglamento. Te lo repito, Annelise tiene muchas cosas buenas...

—En este caso las tendrá bien ocultas, al menos en los últimos tiempos —observó Navío.

Inger intervino a su vez:

—Le doy la razón a Puck. Annelise tiene muchas cosas excelentes... pero sus padres la han mimado demasiado. Con el tiempo, todo se arreglará.

—¡Hum! —exclamó Navío por toda respuesta.

Al día siguiente, el señor Dreyer visitó al director Frank. La conversación tuvo lugar en el despacho del director a puerta

cerrada; sin embargo, el rumor de que Annelise había sido admitida a Egeborg no tardó en expandirse por todo el colegio.

Los alumnos acogieron la noticia de diferentes modos; las muchachas conocían todas a Annelise y deseaban tenerla por amiga.

Ciertamente, sabían que en ocasiones se mostraba testaruda y caprichosa, pero era también, y casi siempre, generosa y distribuía sus bienes entre sus compañeras y amigas preferidas.

Else, Joan y Lone tenían una cama disponible en su cuarto y rápidamente se supo que Annelise se instalaría allí. Lone, una chiquilla muy sensata, no estaba demasiado entusiasmada por ello, y declaró:

—¡Y pensar que vivíamos tan pacíficamente hasta ahora! Pero..., si nos crea demasiado problemas, la pondremos en cintura. ¡Yo me encargo de ella!

—No cantes victoria antes de tiempo —recomendó Else—. No debe de ser cosa fácil meter en cintura a Annelise. Pero estoy totalmente dispuesta a ayudarte, desde luego.

Joan, en desquite, era de una opinión del todo opuesta. Aquella muchachita frágil y tímida, cuyos padres más bien modestos sólo podían pagar vestidos sencillos y darle el mínimo de dinero para sus gastillos, se alegraba de la próxima llegada de Annelise. Soñaba con ir un día tan bien vestida como sus compañeras, y tal vez lo consiguiera si Annelise, siempre generosa, compartía su dormitorio.

Joan no confió estos pensamientos a Else ni a Lone, quienes no la habrían comprendido. Cuando se tiene cuanto se desea es difícil comprender a una compañera menos afortunada. Joan no era mala, todo lo contrario. Jamás nadie la había visto acusar a otra o mentir... Le gustaban las flores, era buena con los animales... Pero, como casi todas las chicas de su edad, hubiera querido poseer lindos vestidos y se sentía dispuesta a muchas cosas para conseguirlo. Confiaba en ganarse la amistad de Annelise...

Aquella tarde, Puck y Karen dieron un corto paseo y encontraron a la señora Frank cerca del huerto. La joven señora había ido allí a buscar legumbres para la cena, acompañada por una ayudante de cocina. Rogó a ésta que regresara a la cocina con el cesto ya lleno y luego se volvió hacia las dos alumnas.



—Y bien, amiguitas... estáis muy contentas hoy. ¿La vida os parece bella?

Puck se apresuró a responder:

—Karen y yo nos sentimos siempre felices al dar un paseo juntas. ¡Tenemos tantas cosas que decirnos y, además, la naturaleza está tan hermosa en esta ocasión!

—La naturaleza es hermosa siempre —observó la señora Frank—. Si todos los hombres supieran disfrutar de su belleza y su tranquilidad, con seguridad habría más paz en el mundo...

Se calló un instante y luego dijo, como sin dar importancia a su comentario:

—Supongo que estáis enteradas de que Annelise Dreyer va a entrar en el colegio después de las vacaciones de otoño.

—Sí...

Espero que seáis todas muy buenas amigas. No se puede negar que Annelise es demasiado consentida, demasiado mimada, pero, soy una experta en la materia, puedo aseguraros que es una muchachita extraordinariamente amable y buenos sentimientos.

—No opino igual —dijo Karen. Y su voz, bruscamente, había adquirido el tono duro que tenía tiempo atrás—. Ella se considera el centro del mundo y no soporta que los demás no cedan ante sus caprichos...

—No nos erijamos en jueces, Karen —interrumpió la Señora. Reflexionemos más bien acerca de la circunstancia de que Annelise

no es del todo responsable de sus caprichos...

Puck trató de adoptar un tono de broma.

—Señora Frank —preguntó—, ¿verdad que hubo un francés que dijo que jamás se es bastante prudente al elegir a los padres?

La señora Frank rió de buena gana.

—¿Dónde has oído eso, Bente?

—Papá me lo leyó, bromeando, poco antes de irse a América del Sur.

La señora Frank hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—En efecto. Creo que fue el poeta Carlos Baudelaire quien expresó tan ingeniosa broma... Le encantaban las paradojas... Pero, por muy absurda que pueda parecer, en el fondo se comprende lo que quiso decir. Annelise no se ha educado a sí misma. Es hija única y sus padres, que son la bondad personificada, han colmado todos sus deseos. Lo han hecho, claro está, con la mejor intención del mundo, pero esto ha perjudicado un poco a su hija. Aquí trataremos de arreglarlo... Solamente que precisamos de «vuestra» ayuda, hijitas.

—¿Cómo? —preguntó Karen, en tono adusto.

—Nos ayudaréis si hacéis caso omiso de los caprichos de Annelise, pero de una manera gentil, amable. Si ella se pone «imposible», fingid no daros cuenta de ello. Por encima de todo, evitad las discusiones; una palabra provoca otra. ¿Queréis prometerme hacer todo lo que os he pedido?

—Sí —respondió Puck.

—Lo intentaré —murmuró Karen, pensativa.

La señora Frank se separó de ellas sonriente y las dos muchachitas, continuando su camino, caminaron unos instantes en silencio. Había dejado atrás ya la casa del guardabosques Bang cuando Puck gritó:

—Oh, ¡vaya por Dios! ¡Mira, Karen, mira!

Y señaló la copa de un árbol próximo. Karen siguió la dirección de su dedo, pero no consiguió ver nada.

—¿Qué es?

—Mira la marta, allá arriba.

Karen acabó por descubrir al animal que, inmóvil en una rama en forma de horca, les observaba atentamente. Tenía al cuerpo

esbelto, una piel gris oscura con una mancha amarilla bajo el cuello, y una larga cola en forma de plumero.

—¿Es... es un animal de presa? —preguntó Karen un tanto inquieta.

—Sí, pero no ataca al hombre —respondió Puck—. La marta es un animal poco corriente en Dinamarca. Vive de ratas, ardillas, liebres, pájaros... Y según tengo entendido su piel es muy valiosa...

Las dos amiguitas dieron varios pasos en dirección del árbol y entonces la marta desapareció como un rayo. Evidentemente era un animal salvaje.

Puck dijo:

La marta es un animal de presa tan sanguinario como astuto. Incluso en el caso de que no tenga ninguna necesidad de ello, es capaz de matar todo un gallinero. Causa grandes daños y las leyes danesas no la protegen. Será mejor contar al guardabosques que la hemos visto. Si la mata, salvará así la vida de muchos otros animales.

Karen no se mostró demasiado contenta ante la idea de volver a ver al guardabosques. Se acordaba del día en que había roto un cristal de su casa con una pelota y, cobardemente, había dejado que acusaran a Puck del accidente.

Sin embargo, acompañó a su amiga y el buen hombre acogió a las dos chiquillas con una calurosa sonrisa.

—Y bien, hijitas... ¿Qué buen viento os trae a mi casa? —preguntó con su gruesa y ronca voz.

Puck se lo dijo y él se rascó la nuca antes de responder:

—Es un animal muy salvaje y difícil de alcanzar. No la había visto aún... Veremos qué se puede hacer.

—Su piel sería un hermoso adorno para el cuello de un abrigo de su esposa...

Bang rió a carcajadas.

—No, eso no puede ser, amiguita, Aquí estamos en un bosque nacional y todo lo que se captura o mata pertenece al Estado. ¿Dónde has visto ese animal?

Puck se lo contó y Bang dijo:

—La marta acostumbra a vivir en los árboles huecos. Iré a inspeccionar. ¿Queréis una naranja, hijitas?

Las muchachas aceptaron de buen grado y, mientras ellas comían la fruta, el guardabosques les explicó que la familia de las martas, que englobaba también a las nutrias, los visones los tejones, los glotones, los hurones y el más diminuto carnicero de Dinamarca, las comadreas, estaban extendidas por toda la Tierra, excepto Australia, Madagascar y las islas del Pacífico.

Puck y Karen debieron reconocer que sus conocimientos en Historia Natural habían sido ampliados. Poco después, se despidieron amablemente del competente guardabosques.

Prosiguieron su interrumpido paseo por el bosque del Oeste, pasaron delante del pantano y llegaron casi hasta las ruinas idílicas que había en el extremo de la lengua de tierra que se adentraba en el lago. Para Puck la naturaleza constituía siempre una fuente de abundante dicha. Podía dar a Karen detalles sobre diversos árboles, matorrales, pájaros... Karen la escuchaba con los ojos brillantes. Tal vez no fueran tanto las explicaciones de su amiga lo que la hacía feliz como el hecho de encontrarse en su compañía. Se divirtió mucho cuando Puck imitó el canto de los pajaritos, de una manera tan perfecta que apenas se notó la diferencia. Karen intentó hacer lo mismo, pero no lo consiguió. Puck, amablemente, le dio un cachecito consolador:

—No. Karen, no es así. Como bien sabes, cada pájaro tiene su voz.

Ambas se rieron mucho y el resto del paseo fue muy alegre. Divisaban ya el colegio, cuando Puck preguntó:



—¿Cuáles son tus proyectos para las vacaciones de otoño? La sonrisa se apagó en el rostro de Karen quien respondió con voz dura:

—No tengo ninguno... Mi madre está en la Costa Azul con unas amistades... y el resto de mi familia no parece muy dispuesta a llevarme con ella durante las vacaciones.

Puck se sintió entristecida por la amargura de su tono y dijo:

—Tal vez a mí me fuera posible ir a alguna parte, pero a decir verdad no he hecho ningún proyecto. Tal vez podríamos planear algo juntamente con Navío, ya que Inger se va con su familia.

—¡Oh, sería maravilloso! —exclamó Karen, con los ojos de nuevo brillantes—. Pero no debéis hacer eso sólo por mí... Además, ¿qué dirá Annelise?

—No lo sé —respondió Puck sonriendo—. Después de todo, no estoy contratada como dama de compañía de Annelise. Tengo una idea que podremos discutir esta noche en el «Trébol de Cuatro Hojas».

Una vez de regreso en el pensionado, Puck tuvo una conversación secreta con Jaj Schultz, apodado Caoba por tener el pelo, la piel y los ojos de ese color, y aquella misma noche pudo exponer su idea en el «Trébol de Cuatro Hojas».

—Haremos una excursión y dormiremos en tienda de campaña.

Caoba tiene una muy hermosa con capacidad para cuatro personas y consiente en prestárnosla. ¿Qué os parece?

—¡Oh, sí! —gritó Karen alegremente.

—¡De acuerdo! —dijo Navío con más calma.

Inger vaciló un poco antes de responder:

—Pues bien... Yo tenía intención de ir a Jutland, pero, para seros franca, prefiero unirme a vosotras. Si mis padres se encontraran en Copenhague sería distinto, pero no regresan del extranjero hasta Navidad. Por tanto podéis contar conmigo.

—¡Formidable! —exclamó Puck—. Queda acordado. Todas tenemos bicicletas y nos repartiremos el equipaje.

—¡Hum! —comentó Navío—. ¿No olvidas algo, Puck?

—¿Qué?

—¡La autorización del director!

—La conseguiremos fácilmente —afirmó Puck—. ¿Qué inconveniente podría encontrar?

—Bien, pues, que todavía no somos personas mayores... Y, en tanto permanezcamos en el colegio, el director es responsable de nosotras.

—Inger será nuestra «responsable» —dijo Puck.

—¿Por qué yo? —preguntó Inger, sorprendida.

Puck rió.

—Porque el señor Frank tiene en ti una confianza ilimitada. Te considera la alumna más sensata y más razonable de todo el colegio.

—No sé si sentirme halagada o bien todo lo contrario —dijo Inger con una de esas sonrisas suyas que tan poco prodigaba—. Pero no tengo inconveniente en hablar al director. Veremos qué resulta de todo esto.

El día siguiente —inmediatamente después de la oración de la mañana— Inger fue a hablar con el señor Frank de la cuestión. Éste titubeó un poco, pero la jovencita supo ser tan elocuente que acabó por decir:

—Está bien, Inger. Os considero a las cuatro como personas razonables y espero que lo demostréis. Sólo impongo una condición y es que tú, Inger, seas la capitana de la expedición y que las demás te obedezcan incondicionalmente. Tengo también confianza en

Puck, pero en ocasiones es demasiado... ejem... impulsiva, y lo mismo puede decirse de Karen y de Lise.

El asunto estaba, pues, arreglado.

Las muchachitas, entusiasmadas por haber obtenido el permiso del director, esperaron con gran impaciencia el comienzo de las vacaciones.

Oyéndolas hablar de su proyecto, la señora Frank se sintió un tanto preocupada. En aquella estación del año, si bien el tiempo era bueno durante el día, todavía las noches eran frescas..., y dormir en una tienda podría resultar poco saludable para aquellas chiquillas.

Inger lo reconoció, pero prometió que, si el tiempo era demasiado frío, sus compañeras y ella pasarían las noches en las escuelas de los pueblos. Los campesinos eran gentes muy hospitalarias, y, de ser necesario, también podrían dormir en un granero. ¡Aquello sería aún mucho más «palpitante»!

- X -

Al día siguiente, una vez finalizadas las clases, Puck se dirigió hacia La Gran Granja. Después de haber reflexionado largo rato acerca de la conveniencia de obrar de aquel modo, había acabado por decidirse.

No se puso, sin embargo, el traje de amazona, ya que temía hallarse frente a una Annelise ofendida y humillada que la echara fuera.

Pero, cuando Puck llegó, Annelise parecía haber olvidado sus querellas. Estaba incluso de excelente humor y, según su costumbre, empezó a lanzar sus múltiples y atropelladas palabras:



—¡Hola, Puck! ¿Has oído la gran noticia? ¡Estoy inscrita a tu colegio! ¡Qué excelente idea por parte de mi encantador papá!

Compartiré la habitación de Else, Lone y Joan... Y con esto me he librado de él.

—¿Quién es «él»? —preguntó Puck, aturdida.

—¡Mi preceptor, naturalmente! Está un poco loco..., lo que no va bien para mis estudios. Estoy segura de que nos divertiremos locamente en Egeborg. ¿Tenéis muchas clases?

—Sí, algunas...

—¡Qué importa! Con no estudiar las lecciones... ¿quieres café?

—Gracias. Pero prefiero una taza de té.

—Muy bien —concedió Annelise. Después gritó a pleno pulmón —: Petra, Petra bonita..., ¡ven enseguida!

Una criada joven asomó la cabeza por la puerta del salón y preguntó un tanto severamente:

—¿Qué ocurre, Annelise? ¿Por qué gritas así? ¿Crees que soy sorda?

—No... Y sería una lástima que lo fueras, querida Petra... ¿Quieres servirnos un poco de té y pasteles caseros y mermelada? Oh, cielos...

Annelise se levantó de un salto y corrió hacia Petra.

—¿Dónde diantre te has comprado estos zapatos tan «simpáticos»? Los estrenas, ¿verdad?

—Sí —respondió Petra—. Los he comprado en Sundkoebing.

—¿En serio...? —Annelise estaba a punto de perder la respiración—. ¿Acaso se pueden comprar zapatos tan requetesimpáticos en Sundkoebing? Yo habría supuesto que al menos eran de Copenhague. ¿Dónde está mi encantador papaíto?

—El señor vendrá dentro de unos minutos a tomar el té. Perfecto. ¿Cuánto cuestan esos zapatos?

—Trescientas cincuenta pesetas... Pero perdonadme ahora, Voy a preparar el té.

—No olvides la mermelada de naranja... y la nata... y las fresas también. Petra cerró la puerta sin miramientos y Annelise se volvió hacia Puck para decir:

—Petra viste siempre de una manera «simpatiquísima». ¿Cómo son las demás?

—¿Las demás?

—Las chicas con quienes voy a compartir la habitación. ¿Son

amables?

—Sí, lo son. Else y Lone son buenas amigas, pero Lone un poco más silenciosa y reservada.

—¿Por qué es reservada? ¿No crees que nos divertiremos mucho en el pensionado? ¡Estoy impaciente por comenzar! Papá debe de creer que me castiga con eso, pero es todo lo contrario ¿Cómo está Karen? ¡Qué problemas nos creó el otro día!

—¿Karen? —preguntó Puck, asombrada—. A mi parecer, ella se tomó las cosas con mucha calma y sensatez...

—Bien... Tal vez fui yo quien se comportó un tanto alocadamente. El administrador Jensen me dijo el otro día que no tengo la cabeza bien asentada en los hombros. No fue amable por su parte, la verdad, pero no le dije nada a papá. ¡Si se lo hubiera dicho, le hubiera echado a Jensen un buen rapapolvo! ¿Por qué no te has vestido de amazona?

—No sabía si montaríamos hoy.

—Y ¿por qué no? ¡Tengo otro traje arriba! Te lo regalo...

—Muchas gracias, Annelise —respondió Puck, que se sentía un poco cansada—. Pero no es necesario...

En aquel momento, el señor y la señora Dreyer entraron en el salón. Saludaron afectuosamente a Puck, y la señora Dreyer dijo:

—Has hecho bien en venir, Puck. Creo que Annelise te ha añorado mucho en estos últimos días.

—Ahora tendrán ocasión de verse a diario —murmuró el propietario, instalándose junto a la mesa—. Supongo que no ignoras, Puck, que Annelise va a ingresar en Egeborg.

—Sí, lo he oído comentar...

El señor Dreyer tuvo un gesto de impaciencia.

—Ignoro si en el colegio eso os alegra o no, pero nosotros sí nos alegramos.

—¡Herbert! —exclamó su esposa, en tono de reproche. El señor Dreyer tenía una expresión malhumorada.

—Ya sé lo que vas a decirme, querida..., y te doy la razón. Ambos hemos mimado con exceso a nuestra hija. Pero esto se acabó.

Y, volviéndose hacia Annelise:

—Eres la criatura más consentida de la tierra, hija mía, y será

preciso librarte de todas tus malas costumbres. Hasta hoy has tenido cuanto se te ha antojado...

—¡Oh, papaíto! —gritó Annelise, enlazando el cuello de su progenitor con ambos brazos—. ¿Me regalarás algunos vestidos bonitos para entrar en el colegio?

—¿Vestidos bonitos? —gimió el propietario, tratando de mantener el tono severo de su voz—. Tienes más vestidos de los que puedes ponerte. ¡Bastarían para todas las alumnas de ese pensionado de pueblo!

—Egeborg no es un pensionado de pueblo, papaíto —hizo notar Annelise, con voz melosa—. A mi modo de ver, podrías mostrarte un poco generoso en el momento en que vas a perder a tu hija única...

El propietario no pudo evitar el reírse.

—¿Perderte? ¡Dios Santo! Si sólo estarás a quinientos metros de aquí... Es una distancia que nuestros corazones pueden soportar sin desfallecer.

Petra entró con la mesita de ruedas del té, que hizo rodar hasta la mesa grande.

Cuando hubo salido de nuevo, la señora Dreyer dijo a su hijita:

—¿No vas a buscar tu nuevo vestido de fiesta para enseñárselo a Puck, Annelise? Annelise se levantó ágilmente.

—Sí, claro que sí... Es un vestido simpático de veras. ¡Espera un poco!

Salió disparada del salón, a la velocidad de un rayo, y la señora Dreyer se volvió hacia Puck, con grave expresión:

—He hecho salir a Annelise para poder hablar un poco contigo. Ni mi marido ni yo estamos ciegos... Annelise está terriblemente malcriada, y con seguridad va a crear problemas en el colegio... Pero a ti te quiere mucho, Puck, y puedes ayudarla durante los primeros tiempos, que serán los más difíciles. ¿Quieres probar?

—Sí, señora —respondió Puck—. Haré lo que pueda. Por mi parte, también quiero mucho a Annelise...

—Gracias, hijita —dijo la señora Dreyer, dando un golpecito afectuoso en la mano de Puck—. Eres una jovencita muy sensata y estoy muy contenta de que tú y Annelise seáis amigas...

La puerta se abrió de par en par y Annelise irrumpió elevando

tras sí, como una estela, el vaporoso vestido nuevo. Puck dio un grito de entusiasmo a la vista de aquel «sueño» vestido en tafetán y tul blancos. La falda, en forma de campana, tenía un increíble vuelo.



—¡Maravilloso! —murmuró Puck, transportada de admiración.

—Sí, es simpático —aprobó Annelise, usando su habitual y sorprendente calificativo para las prendas de vestir—. Me lo pondré el primer día de fiesta en el colegio. ¿Quieres que te hagan a ti uno igual?

—Tú debes de pensar en que mi padre es millonario —dijo Puck, sonriendo—. No, mi vestido de fiestas me durará varias temporadas todavía.

De regreso a Egeborg, Puck no podía evitar reflexionar sobre el carácter tan singular y complejo de Annelise. La promesa que había hecho a la señora Dreyer la preocupaba. Quería cumplirla por encima de todo..., ¡pero sabía que iba a resultarle difícil!

Reinaba gran animación en el pensionado, cuando Puck llegó. En el «Trébol de Cuatro Hojas» sus compañeras hablaban todas a la vez.

—¡Pasarán cosas palpitantes esta noche, Puck! Svend ha hecho

correr la voz de que debemos reunirnos todos en el comedor.

—¿Por qué?

No tenemos la menor idea. Han puesto papeles negros en los cristales del comedor y los chicos, que están muy ajetreídos, no nos permiten ni echar una ojeada.

—¡Sí, eso promete ser «palpitante», Navío! ¿Debemos ponernos vestidos de fiesta?

—No, los de cada día. A las seis, un silbato nos reunirá en el césped. ¿No te mueres de curiosidad?

—¡Estoy a punto de explotar! —gritó Puck—. ¡Como si estuviéramos en vísperas de Navidad!

A las seis en punto, todo el mundo se reunió en el césped, frente a la fachada principal. Los alumnos, muy intrigados, parecían surgir precipitadamente de todas partes. Únicamente el reducido comité de fiestas estaba al corriente de lo que iba a pasar.

Cuando todos los alumnos estuvieron reunidos, el profesor Stranvold gritó alegremente:

—Como no queremos que os muráis de impaciencia, no os mantendremos más en la ignorancia. Marchad en silencio y orden hacia el comedor... y allí veréis de qué se trata.

Los alumnos hallaron serias dificultades en dirigirse hacia el comedor «en silencio y orden». ¡Banderas y hojas de otoño decoraban el gran comedor, y las largas mesas estaban cubiertas de lo mejor que imaginarse pueda: helados, pasteles de almendras, frutas y limonada! Siguiendo la invitación de las «camareras» de la semana, todos los alumnos se instalaron en sus lugares habituales; a continuación llegó el personal docente y el matrimonio Frank.

Cuando los ánimos se calmaron un tanto, el gordo Svend, presidente del Consejo de Alumnos, avanzó hacia la mitad de la pieza y dijo:

—Señoras y señores... Queridos amigos y compañeros. Si Alboroto no me interrumpe, como tiene por costumbre...

—¡Sí no he abierto la boca!

—¡Ya la has abierto demasiado! —hizo notar dignamente Svend—. Pero por esta vez te perdono y no te condeno a pagar una multa para el Fondo de Reserva... Pues, señoras y señores, amigos y compañeros, nuestro bien amado y respetado director me entregó

hace unos días tres mil quinientas pesetas que debían ser empleadas de modo útil y agradable. Este dinero le fue obsequiado por el señor Holm, porque tres alumnos, uno de los cuales es el más glorioso de nuestro glorioso colegio, habían encontrado un tesoro en el nido de una corneja... Y ya sabéis de qué se trata, ¿no?

—¡Sí! —gritaron todos los alumnos a una.

—¡Bien! —aprobó Svend—. Podemos pues agradecer a Puck, Alboroto y Cavador la fiesta de esta noche... Y lo más raro de todo eso es que debamos dar las gracias a Alboroto por alguna cosa...

—Yo soy quien ha pagado más multas al Fondo de Reserva —observó Alboroto.

—Exactamente, mi querido Alboroto... Y heme aquí forzado a multarte de nuevo con cinco pesetas por interrumpir inútilmente mi discurso de bienvenida.

Hubo un estallido general de risas y transcurrió un buen momento antes de que Svend pudiese continuar:

—Acabaré deseándoos muy cordialmente que lo paséis en grande. Las próximas horas van a proporcionaros muchas sorpresas y nuestro notable coro de alumnos cantará un himno en honor de Puck, Alboroto y Cavador, a quienes debemos esta fiesta. Sé bien que muchos de vosotros se sentirán tristísimos al ver reemplazadas la sopa y las croquetas de carne habituales en la cena por las deliciosas cosas que hay en las mesas...

—¡No, no! —protestó la asistencia.

Claro que sí —dijo Svend—. La sopa y las croquetas son unos alimentos mucho más saludables que los helados y los pasteles de almendra, pero por un día creo que podéis soportarlo... Y esperamos que paséis una muy buena velada... Por favor, ¡tenéis el derecho de aplaudir!

El discurso de Svend se vio acogido con una salva de estruendosos aplausos, tras lo cual los alumnos iniciaron el festín. El director intercambió una mirada complacida con su esposa. Siendo ambos pedagogos competentes y comprensivos sabían que, de vez en cuando, unas horas de camaradería y alegría no hacen sino aumentar después el rendimiento en el trabajo... Cuando los alumnos hubieron satisfecho su apetito, Svend se levantó de nuevo y tomó su aire más solemne:

—Como ya he dicho, todo el mundo sabe cuáles son las personas a quienes debemos esta noche de gala. Uno de los mejores poetas del colegio ha compuesto un poema en honor de los tres héroes. Mi modestia profunda me impide revelar el nombre del poeta...

Se volvió hacia seis muchachos que se mantenían en pie en medio del comedor y alzó los brazos como un director de orquesta.

—Empecemos, amigos...



Dirigido por Svend, el pequeño coro empezó a entonar, con buenos ánimos, y con música conocida, el inédito himno:

*En lo alto de una encina,
tiene la corneja un nido,
Alboroto y Cavador
a la copa se han subido.
Puck, intrépida, les grita:
«¡Más arriba, yo os lo pido!»*

*Con inquebrantable fe,
ambos han obedecido,
viéndose recompensados
con un tesoro escondido.
¡Qué alegría, qué alborozo!
¡Qué idea Puck ha tenido!*

*Por eso en fiesta tan bella
el colegio se ha reunido,
para aclamar a los héroes
que tal gesta han conseguido.*

*¿Conocéis hazaña igual?
¡Otra mejor no la habido!*

Los aplausos cayeron sobre el coro y el director se volvió hacia el profesor Strandvold diciendo, con buen humor:

—Bien, aceptamos la buena intención de este «poema». Puck se levantó y dijo alegremente:

—En nombre de Alboroto, Cavador y mío, os doy las gracias por esta linda canción que nos ha emocionado profundamente. Sin embargo, debo hacer notar a Svend que no se trataba de una corneja, sino de una urraca ladrona. Y, si bien ambas aves pertenecen a la misma familia, existen diferencias entre ellas.

—¡Muy bien, Bente! —aprobó el profesor Frederiksen. Pueden decirse de ti muchas cosas, pero hay que admitir que eres un as reconociendo pájaros.

Unos instantes después, Svend revelaba la segunda gran sorpresa. Palmeando con fuerza, declaró con fuerte voz:

—¡Apartemos las mesas y que empiece la música!

La puerta se abrió y «los cuatro famosos músicos del pueblo» de Oesterby hicieron su entrada tocando alegremente sus instrumentos. Fueron acogidos por una verdadera tempestad de aplausos y pronto todo el mundo estuvo bailando. Lo mismo los muchachos que las muchachas se entregaban al baile con ardor.

La sala resonaba de risas y alegres conversaciones.

A las once hubo llanto y crujir de dientes, ya que los alumnos más jóvenes debían retirarse. En este punto el director no transigía jamás. Los mayores continuaron la fiesta con ánimos no disminuidos, y a cada instante Svend presentaba nuevas sorpresas. ¡Era increíble lo que había podido hacer con tres mil quinientas pesetas!

Karen se divertía enormemente y bailaba casi sin parar. Durante una breve pausa, se acercó a Puck y le dijo, radiante:

—¡Qué fiesta tan hermosa! Y te la debemos a ti...

—No olvides a Alboroto y Cavador —respondió Puck riendo.

—No les olvido. Hasta ahora he bailado seis bailes con cada uno.

—¡Concédeles aún seis más! —dijo Puck—. Ya les conviene a ese par de gandules mover las piernas.

En aquel momento, Karen fue invitada por Flemming, pero antes de alejarse murmuró:

—¡Ah, Puck! En toda mi vida no me había divertido tanto...

—¡Estupendo! —comentó Puck—. ¡Vamos, prosigue!

La señora Frank, que había estado observando a las dos muchachitas, se volvió hacia su marido y comentó:

—Es agradable ver a Bente y a Karen tan buenas amigas. ¡Mientras no se estropee todo con la llegada de Annelise! ¿Qué opinas tú?

El director suspiró, inquieto, pero dijo:

—Esperemos que todo vaya bien.

La fiesta continuó todavía una hora más, pero entonces el director dio señal de acabar. Los alumnos necesitaban una buena noche de sueño, para hallarse bien dispuestos para el estudio al día siguiente. Una fiesta no debía dificultar para la buena marcha de las clases.

Cuando una media hora más tarde, las cuatro muchachitas estuvieron instaladas en sus mullidas literas del «Trébol de Cuatro Hojas» los comentarios surgieron bulliciosamente. Pero de repente la puerta se abrió y escucharon la voz aguda de la señorita Holm, diciendo:

—¡Chist! Ahora a dormir, hijitas...

Y ellas obedecieron... ¡una hora más tarde!

- XI -

Escucha, Alboroto!

—Dime...

—Tengo una idea...

—¡Hum! Eso en ti no significa nada bueno, Cavador, amigo mío. Las buenas ideas germinan, generalmente, en mi cerebro. ¿De qué se trata?

Los dos muchachos estaban sentados justo en la punta de la lengua de tierra que se adentraba en el lago de Ege, cuyas aguas miraban melancólicamente. Ambos estaban de acuerdo en calificar de «mortalmente aburridos» los días que precedían a las vacaciones, pero no sabían cómo darles un poco de animación y colorido. En el curso de aquel mes, habían recolectado tantas malas notas que corrían el riesgo de ser llamados de un momento al otro al despacho del director para un sermón de «campeonato», cosa que no resultaba nunca agradable. El señor Frank era una de las pocas personas que les inspiraba respeto.



—¿De qué se trata? —preguntó de nuevo Alboroto—. De antemano, tengo la mayor de las desconfianzas por tus ideas, Cavador... Pero incluso una gallina ciega puede dar con un grano de maíz alguna vez.

—¿Seguimos teniendo el pacto de no agresión con el «Trébol de Cuatro Hojas»?

—Sí, hasta el fin de mes.

—¡Qué lástima! ¿Y no podemos romperlo?

—¡Bajo ningún pretexto! Eso es algo que no se hace jamás a menos que se disponga de una gran fuerza militar. Y nosotros no la tenemos por el momento.

Cavador murmuró algo incomprensible y echó una nostálgica mirada hacia la isla del Caballero Volmer. ¡La vida no valía ya la pena de ser vivida! Miró de reojo a su amigo y preguntó:

—¿Podemos correr el riesgo de tener más notas malas este mes? Alboroto sacudió la cabeza preocupado.

—No, gracias... Yo no... Ya he sobrepasado el cupo...

El silencio se hizo denso de nuevo entre los dos muchachos. Después, repentinamente, Cavador exclamó:

—¡Tengo una idea!

—¡Hum! ¿Tan mala como la primera?

—¡Mil veces mejor! ¿Es preciso que vayas a tu casa esas vacaciones?

—No, ¿por qué?

—Entonces ¡la cosa está ya en el saco! —dijo Cavador con entusiasmo—. Las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas» van a hacer una excursión y acamparán en una tienda... Con las dos inteligentes cabezas que tú y yo tenemos, ¿no te parece que podríamos tomar el mismo camino? ¡Tengo el presentimiento de que en algún momento hallaremos la ocasión de hacerles alguna broma de las nuestras! El pacto de la paz ya no estará en vigor para entonces.

—¡Cavador, eres genial! —declaró Alboroto, lleno de auténtica admiración ¡Simplemente genial! Y pensar que no se me había ocurrido una cosa tan sencilla... Estoy contento de tenerte por amigo...

—¡Pero me debes aún quince pesetas!

—No mezcles el dinero con la sincera amistad —dijo Alboroto, en tono de reproche—. ¡Ahora que acabas de hacerme tan feliz con tu idea! En el fondo, lo que tú quieres es vengarte de Puck porque consiguió hacerte soltar treinta pesetas...

—No...

—Claro que sí, querido Cavador... Pero, si bien tu motivo está exento de toda nobleza, no por ello es menos genial. Debemos conseguir con astucia que las chicas nos digan el camino que han escogido... y luego ya nos espabilaremos. A decir verdad, yo ya casi había olvidado el asunto del invernadero. ¡Qué vergüenza para dos de los más inteligentes alumnos del colegio!

Alboroto se levantó.

—¡Basta de ocio, Cavador! Empecemos los preparativos de tu genial proyecto.

De excelente humor, los dos jovencitos regresaron a Egeborg. ¡El día estaba a salvo!

Las muchachitas del «Trébol de Cuatro Hojas» habían acabado por comprender que eran necesarios ciertos conocimientos para acampar en una tienda. En todo caso, debían tener algunas nociones de cómo se montaba y desmontaba. Caoba les dio las lecciones elementales en el césped, ante la fachada principal del edificio del pensionado. Los otros muchachos se prestaron a ayudar. La tienda de campaña de Caoba era casi nueva y de primera calidad, con dobles paredes y totalmente desmontable, lo que facilitaba el

transporte.

Una vez levantada en el césped, tuvo un aspecto imponente y las muchachas no tardaron en ser expertas en el arte de montarla y desmontarla.

Caoba había acampado a menudo y conocía todo lo que era preciso tener en cuenta para vivir al aire libre.

Dijo a las cuatro muchachitas:

—No basta con saber levantar una tienda. Hay que pensar en muchas otras cosas. En primer lugar, no la montéis jamás en el fondo de un barranco, ya que esto podría ser fatal en caso de tormenta. Escoged, preferentemente, las cercanías de un bosque, pero no el bosque mismo; estaréis más al abrigo que bajo los árboles donde, en caso de lluvia, gotea mucho tiempo después y el suelo tarda en secarse. Es preciso, además, que tengáis cerca agua potable y leña seca para cocinar. Finalmente os diré que es una buena idea acampar cerca de un río, para poder tomarse un baño refrescante..., si es que se es lo suficientemente «vikingo» como para osar bañarse en las heladas aguas de este tiempo.

—¡Nos bañaremos! —declaró Navío—. ¡Nunca está el agua tan agradable como en esta estación!

—¿Tú crees? —preguntó Caoba estremeciéndose—. ¡Yo prefiero por ahora una ducha tibia!

—Por lo menos eres sincero —observó Puck riendo. Caoba prosiguió:

—Ah, se me olvidaba... Ante todo acordaos de las reglas de oro del camping: no levantéis jamás una tienda sin la autorización del propietario del lugar... No encendáis fuego, si no habéis pedido permiso... y sólo después de haber limpiado el lugar de ramitas secas, hojarasca y turba... Dejad el campo limpio y cuidado cuando os vayáis y, finalmente, una cosa importarte: agradeced amablemente al propietario el que os haya permitido acampar en sus terrenos. Sí, creo que eso es todo...

—¡Ya es bastante! —dijo Inger—. Pero nos acordaremos de todo, Caoba... Y muchas gracias por tu ayuda...

—No hay de qué —respondió Caoba—. Deseo tan sólo que la excursión sea un éxito y que..., ¡ejem!..., mi tienda regrese intacta.

—Te lo prometemos —dijo Inger.

Alboroto se acercó y preguntó, burlón:

—¿Cuatro niñas pequeñas se atreverán a ir de excursión? ¿No es demasiado arriesgado?

—No —respondió Puck—. ¿Qué puede ocurrirnos? Alboroto se encogió de hombros.

—¡No se sabe jamás, pequeña Puck! ¿Hacia dónde iréis? —Iremos primero a Sundkoebing para proseguir luego bordeando la costa...

—¿Hacia el este o el oeste?

—Hacia el oeste.

Alboroto aprobó con un movimiento la cabeza.

—Buena idea, amiguitas. De ese lado, el paisaje es más hermoso. ¿No es cierto, Cavador?

—¡Absolutamente! —corroboró éste—. Sois unas chicas muy valientes para lanzarse así a la aventura...

—¿Quién será el jefe de la expedición? —preguntó Alboroto.

—Inger —respondió Puck—, ya que ella es la más sensata de las cuatro. Y, puesto que ella «asume» la responsabilidad, todo irá bien.

—Desde luego —opinó Alboroto, guiñando un ojo a Cavador—. Ah, cómo os envidio...

—¿Por qué Cavador y tú no os vais también por vuestro lado?

—¡Ay, no! —suspiró Alboroto, con angélica expresión—. Cavador y yo hemos prometido a nuestras familias ir a visitarlas.

Puck rió.

—¡Bah! Vuestras familias estarán más tranquilas si os mantenéis a distancia...

Alboroto no podía responder nada a aquella observación y poco después desapareció, en compañía de Cavador. Se dirigían a engrasar y poner a punto sus bicicletas, ya que iban necesitarlas pronto.

Aquella tarde, Annelise visitó a los miembros del «Trébol de Cuatro Hojas». Dijo alegremente hola a todas, comprendida Karen... Pero Puck tuvo la impresión de que se esforzaba en ser amable. Sus maneras parecían poco naturales.

Annelise miró la tienda con cierto escalofrío.

—¡Bah! No comprendo cómo queréis dormir así, habiendo buenas habitaciones en los hoteles...

—Es menos caro —respondió Puck—. Y mucho más emocionante.

—¡Formidablemente palpitante! —apoyó Navío.

—Atraparéis todas una pulmonía —dijo Annelise—. Mi padre conocía a un hombre que dormía bajo una tienda... y murió... Pero ¡qué le vamos a hacer! Una pulmonía es una cuestión personal. ¿Os llevaréis lindos vestidos?

—¿Qué diantre haríamos con ellos? —respondió Puck—. Nos llevaremos sólo vestidos prácticos para la vida de campo.

—Venden algunos verdaderamente «simpáticos». Vi en Sundkoebing un film que transcurría en la selva y os garantizo que tanto los hombres como las mujeres vestían trajes muy, pero que muy «simpáticos». La heroína calzaba botas negras brillantes, y llevaba un traje tropical, blanco como la nieve..., y un casco colonial. También su maquillaje era «simpatiquísimo», creedme.

—No es seguramente en plena selva donde se viste así —dijo Puck, riendo—. Nosotras, al menos, nos contentamos con lo que tenemos.

—¿Tenéis bastantes jerseys de abrigo?

—Claro que sí...

—Lástima... Yo tengo montones de ellos y podría dártelos. Ven a casa a echar una ojeada a mi guardarropas...

—No, gracias, Annelise. Es muy amable de tu parte, pero tengo cuanto preciso.

—¿Por qué no puedo darte nunca la más pequeña cosa? —preguntó Annelise, cuya voz temblaba ligeramente—. Seguimos siendo amigas, ¿no es eso, Puck?

—¡Claro que sí! Eso espero, al menos —respondió Puck, un tanto molesta, echando una furtiva mirada a las demás muchachitas—. Pero se puede ser buenas amigas sin necesidad de hacerse regalos constantemente...

—Es Karen quien te pone en contra mía, ¿verdad? —exclamó Annelise, en tono furioso—. ¡La detesto!

Asustada, Puck le impuso silencio.

—No digas semejante cosa, Annelise. Karen jamás dice una palabra desagradable de ti.

—Si la pronunciara o no, me da lo mismo...



Dio media vuelta, vivamente, y salió llorando. Un instante más tarde, había desaparecido por el lado de los invernaderos. Inger, siempre sensata, habiendo comprendido la situación, tomó a Karen y a Navío por los brazos y se fue con ellas hacia la entrada del edificio. Puck las seguía un poco atrás. Todo su entusiasmo había desaparecido. Le parecía estar escuchando aún las palabras terribles: «¡La detesto!». Durante largo tiempo, Annelise había intentado dominar sus sentimientos, pero aquellas dos palabras le habían brotado del corazón.

Finalmente llegó el gran día en que se iniciaban las vacaciones de otoño.

Una viva animación reinaba en el pensionado. La mayor parte de los alumnos se disponían a partir y las despedidas parecían no tener fin. Se hubiera dicho que los alumnos no habían de volver a verse en sus vidas... ¡y las vacaciones sólo duraban ocho días!

Una buena parte de los alumnos fueron recogidos en coche por sus padres, en tanto que otros tomaban trenes en Oesterby. El señor Frank les dio buenos consejos para el viaje. Se hallaban en lo alto de la escalinata de entrada, cuando Puck y sus amigas llegaron con sus bicicletas respectivas, y les dijo sonriente:

—Bien, hijitas... Vuestro equipaje abulta lo suyo... ¿Saldréis con bien de todo esto?

—Claro que sí —respondieron ellas.

El director les sonrió amistosamente.

—Os deseo buena suerte para toda la excursión. Seguid los consejos que os han dado. El pensionado de Egeborg quiere sentirse orgulloso de vosotras. Escribidme una postal cuando tengáis tiempo y... ganas.

—Le escribiremos todos los días —prometió Navío—. Estoy segura de que nos ocurrirán muchísimas cosas palpitantes.

—Adiós, señor director. Y hasta pronto.

Las muchachitas del «Trébol de Cuatro Hojas» montaron en sus bicicletas y pedalearon lentamente en dirección a la carretera. Al llegar cerca de los invernaderos, se volvieron y agitaron las manos en honor del señor Frank, quien les respondió del mismo modo y luego entró en su despacho.

Dos cabecitas llenas de picardía asomaron entonces por una de las esquinas del edificio. Pertenecían a Alboroto y Cavador. Sus bicicletas, muy cargadas, les aguardaban al pie de un muro.



—Ya se han marchado —dijo Cavador, encantado.

—Ya lo he visto, querido amigo —respondió Alboroto—. Pero debemos darles un poco de ventaja. Conocemos su itinerario y disponemos de tiempo. Haremos planes por el camino.

—¡Presiento que esas chicas van a tener unas «alegres» vacaciones! —dijo Cavador, frotándose las manos—. Les daremos amablemente las gracias por la historia del invernadero... Y, a propósito...

—No es necesario que continúes, querido amigo —dijo Alboroto,

con gesto indignado—. Toma tus dichosas quince pesetas...

—Gracias —dijo Cavadador, un poco sorprendido—. Es más de lo que había esperado.

—Sí, no sé todavía por qué te las doy —confesó Alboroto—. Bien, en marcha...

Los dos muchachos montaron en bicicletas y rodaron lentamente hacia los invernaderos. Se sentían felices y animosos, no sólo a causa del buen tiempo de otoño, sino sobre todo por el pensamiento de las bromas de que iban a hacer objeto a las muchachas.

—Dime Cavadador...

—¿Qué?

—Somos un par de chicos listos, ¿verdad?

—¡Los más listos del mundo! —respondió Cavadador modestamente.